

JOHN FANTE

Llenos de vida



Lectulandia

Estamos en Los Ángeles a comienzos de los años cincuenta, la década en que se construyó el mito del *american way of life*, en que los norteamericanos identificaron la prosperidad con los valores familiares y religiosos, en que los californianos de clase media querían una casa en un barrio residencial; no ganaban lo suficiente para contratar a Frank Lloyd Wright, pero se conformaban con un rancho en forma de L. En una de estas casas, pero con termitas en la cocina, niebla tóxica en la calle y un tráfico infernal a cincuenta metros, vive un próspero guionista de la Paramount que a los treinta años ha renunciado a la rebeldía juvenil, ha sentado la cabeza y va a ser padre por primera vez. Se llama John Fante y ha escrito tres novelas, pero desde el primer momento sabemos que no es el John Fante que ha escrito *Llenos de vida*; sus padres, sus recuerdos y sus circunstancias lo identifican con el protagonista de *Un año pésimo*, de *La hermandad de la uva* y de «Mi perro idiota» (del volumen *Al oeste de Roma*). También tiene mucho del fracasado Bandini, el salvador literario de la humanidad que nunca llegó a nada.

Aparecida en 1952, *Llenos de vida* señala un punto de inflexión en la trayectoria del autor, que dejaría la literatura durante más de veinte años para dedicarse al cine casi en exclusiva. A diferencia de su restante producción no es una novela escrita en clave de farsa, sino una comedia acerca de la integración y el conformismo, en un registro en que la sátira de los mitos norteamericanos de la época aparece hábilmente combinada con el sentimentalismo y la ternura que suelen acechar en la prosa siempre corrosiva del autor. Los tres temas básicos que articulan la historia son los típicos: los hijos, la casa y la religión. Que parte de la acción se dedique a la conversión de la esposa del protagonista nos recuerda, por un lado, que el «sueño americano» tenía en esa época un fuerte componente religioso y, por otro, que el catolicismo estaba en alza en Estados Unidos. Y Fante no menciona a Chesterton gratuitamente: a falta de un padre Brown, nos presenta a su polo opuesto.

Fante cierra con esta novela un doble ciclo de ilusiones perdidas que culmina con el adiós a la fantasía y la aceptación de los valores que exige el medio. El antiguo y aparatoso antihéroe proletario es por fin un digno y vulgar representante de la clase media, de esa misma clase media contra la que ya se alzaba el protagonista de *El guardián entre el centeno* de Salinger (1951), cuyas trastadas venían a continuar las de Bandini.

Lectulandia

John Fante

Llenos de vida

ePUB v1.0

anbiar 21.05.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Full of life*
John Fante, 1952
Traducción: Antonio-Prometeo Moya (2008)
para editorial Anagrama

Editor original: anbiar (v1.0)

Segundo editor: Editor2 (v2.0 a v.2.x)

<-->

Tercer editor: Editor3 (v3.0 a v3.x)

<-->

Corrección de erratas: EditorA, EditorB y EditorC

<-->

ePub base v2.1

*Dedico este libro a H. L. Mencken,
con la admiración de siempre*

La casa era grande porque nuestros proyectos también lo eran. El primero ya estaba allí, un bulto en el vientre de la futura madre, un bulto de movimiento sinuoso, deslizante y escurridizo, como un nido de serpientes. En las horas tranquilas que preceden a la medianoche, pego la oreja al lugar y oigo un rumor como de arroyo: gorgoteos, succiones, chapoteos.

—La verdad es que se comporta como el macho de la especie —dije.

—No necesariamente.

—Ninguna niña da esos puntapiés.

Pero mi Joyce no discutía. Llevaba aquello dentro y me trataba con distancia, con desdén e irradiando beatitud.

Pero a mí el bulto no me gustaba.

—Es antiestético. —Y le sugerí que se pusiera algo para comprimirlo.

—¿Y matarlo?

—Hacen prendas especiales. Las he visto.

Me miró con frialdad, a mí, al ignorante, al idiota con quien se había cruzado por la noche, ya no persona, maligno, absurdo.

La casa tenía cuatro dormitorios. Era una casa bonita. Tenía una valla de madera alrededor. El tejado era a dos aguas y muy empinado. Entre la puerta de la calle y la puerta de la casa corría un pasillo de rosales. Un amplio arco de terracota cubría la entrada principal. En la puerta había una sólida aldaba de bronce. El número de la vivienda era el 37, mi número de la suerte. A menudo cruzaba la calle y me la quedaba mirando boquiabierto.

¡Mi casa! Cuatro dormitorios. Espacio. Dos ya estábamos instalados y otro venía de camino. Al final serían siete. Era mi sueño. Un hombre de treinta años aún estaba en condiciones de tener siete hijos. Joyce tenía veinticuatro. Un niño cada dos años. Llega uno, faltan seis. ¡Qué bello era el mundo! ¡Qué vasto el firmamento! ¡Qué rico el soñador! Naturalmente, tendríamos que añadir un par de habitaciones.

—¿Tienes antojos? ¿Deseos raros? Tengo entendido que esas cosas suceden. He leído mucho sobre eso.

—No tengo nada.

También ella leía: Gesell, Arnold, *El infante y el niño en la cultura actual*.

—¿Qué tal es?

—Muy informativo.

Miró hacia la calle por la puerta vidriera. Era una calle con mucho movimiento, una travesía de Wilshire, donde los autobuses rugían, donde el tráfico sonaba a mugidos de ganado, un bramido constante rasgado ocasionalmente por alaridos de sirenas, pero todo muy impersonal, lejano, a cincuenta metros de allí.

—¿No podríamos comprar otras cortinas? ¿Hemos de tener cortinas amarillas y galerías verdes?

—¿Galerías? ¿De qué galerías hablas, mamá?

—No me llames así, por el amor de Dios.

—Perdona.

Volvió a la lectura de Gesell, Arnold, *El infante y el niño en la cultura actual*. El embarazo propiciaba la lectura. El bulto era ideal para apoyar el libro, le llegaba casi a la altura de la barbilla y facilitaba la tarea de pasar páginas. Joyce era muy guapa, tenía unos ojos grises que brillaban de un modo increíble. En aquellos ojos había algo que antes no estaba. Osadía. Era impresionante. Tenía que desviar la mirada. Me puse a observar la puerta vidriera y averigüé lo que eran las galerías porque eran lo único verde que había allí: esos bastidores forrados de los que cuelgan las cortinas.

—¿Qué clase de galería prefieres, cielo?

—Haz el favor de no llamarme cielo. No me gusta.

Allí la dejé, con los ojos relampagueando amenazas, la boca apretada alrededor del filtro del cigarrillo, sujetando el libro de Gesell con sus dedos largos y blancos. Salí al jardín y me quedé entre las rosas, satisfecho de mi casa. Eran las ventajas de ser escritor. Yo, John Fante, autor de tres libros. Del primero se vendieron 2.300 ejemplares. Del segundo, 4.800. Del tercero, 2.100. Pero en el cine no hay derechos de autor. Si tienes lo que les interesa en el momento, te lo compran, y a buen precio. En aquel momento tenía lo que les interesaba y todos los jueves recibía un cheque.

Llegó un caballero por el asunto de las galerías. Era marica, tenía las uñas transparentes y llevaba un pañuelo estampado debajo de la chaqueta deportiva de cinturón. Se retorció los afilados dedos y tuvo una charla privada con Joyce en la que no pude intervenir. Rieron y parlotearon mientras tomaban té y pastas, y a ella se la notaba contenta de estar con un gallo sin espolones. Al ver las galerías verdes, el decorador se echó a temblar y dio un chillido de triunfo cuando las quitó de un tirón y las cambió por otras azules. Mandó llamar un camión y se llevaron los muebles para cambiarles el tapizado, para que hiciera juego con las nuevas galerías.

El azul tranquilizaba a Joyce. Ahora estaba la mar de contenta. Limpió cristales. Enceró suelos. No le gustaban las lavadoras y lavaba a mano. Habíamos tenido una asistenta que se encargaba de las tareas más pesadas, acudía dos veces a la semana, pero Joyce la despidió.

—Lo haré yo sola. No necesito ayuda.

Pero había mucho que hacer y se cansó. Vi diez camisas cuidadosamente planchadas, una encima de otra. Vi una mancha roja en su pulgar, una quemadura. Se le había soltado el pelo y tenía un aspecto penoso, estaba realmente agotada. Pero el bulto seguía firme e invicto en su lugar, sin cansarse en absoluto.

—No aguanto más —gruñó—. Esta casa es inmensa.

—¿Y por qué te empeñas? Sabes que no deberías esforzarte.

—¿Te gusta vivir rodeado de desorden?

—Llama a alguien. Podemos permitirnoslo.

Ah, cuánto me odió; apretó los dientes y se recogió los mechones sueltos con ademán valeroso. Cogió el trapo del polvo y se alejó trastabillando hacia el comedor, donde se puso a limpiar la mesa con amplios y desesperados movimientos, muerta de cansancio, apoyada en los codos, jadeando.

—Déjame ayudarte.

—No me toques. ¡No te atrevas!

Se desplomó en un sillón, con el pelo en desorden otra vez, el dedo en carne viva, ya medalla a la nobleza, con un brillo peligroso en sus agotados ojos grises, con el trapo colgando de la mano y una sonrisa de nostalgia en los labios, una expresión de añoranza que indicaba que estaba pensando en tiempos más felices, probablemente en el verano de 1940, cuando era una joven delgada, cuando no tenía que hacer tareas que le destrozaban la espalda, cuando estaba soltera y sin compromiso y subía la cuesta de Telegraph Hill con el caballete y las pinturas, y escribía sonetos de amor trágico mientras contemplaba el Golden Gate.

—Deberías contratar a una criada, de las de jornada completa.

Porque corrían tiempos de vacas gordas para el plumífero y el dinero se amontonaba todos los jueves, cuando se presentaba mi agente con su ingenio, su camaradería y lo que quedaba de los honorarios que me pagaba la Paramount después de pasar por el filtro de la administración pública y por sus manos. A pesar de todo, nos sobraba el dinero.

—Vete por ahí de tiendas, querida. Cómprate algo que te guste.

Que Dios me ayudara. Había olvidado el bulto y traté en vano de tragarme las palabras que acababa de pronunciar. Joyce no las olvidó y yo fingí que no la miraba cuando bajó por las escaleras, barriéndolas, hecha un globo blanco, reprimiendo eructos y paseándose de aquí para allá, como un presidiario.

—Deja de mirarme —dijo.

—Seguro que te pasas el día mirando a las actrices esbeltas —dijo.

—¿En qué piensas? —dijo.

—Nunca más. Es la primera y la última —dijo.

A veces, levantaba los ojos y la veía mirándome y moviendo la cabeza.

—¿Por qué se me ocurriría casarme contigo?

Yo guardaba silencio y sonreía como un bobo, porque tampoco yo lo sabía, pero me sentía contento y orgulloso de que hubiera dado aquel paso.

Se le pasó la manía de hacer las tareas de la casa y volvió a contratar a la asistente. Entonces le dio por la jardinería. Compró libros y herramientas. Un día, al

volver a casa, vi en el garaje diez sacos de estiércol de vaca. Destruyó el pasillo de rosales, doce arbustos, seis a cada lado del sendero; hundía la pala debajo, los arrancaba del suelo y se los llevaba a rastras al patio trasero. Cortaba las raíces con un hacha de mano. Se ponía guantes y se pasaba los días arrodillada al pie de los setos, plantando bulbos, abonándolos con estiércol y musgo compacto, desollándose las rodillas y cubriéndose los brazos de arañazos. Le entró la obsesión de limpiar el jardín. Todos los días hacía recorridos de inspección, incluso en el callejón, cargada con un saco de arpillera y recogiendo desperdicios. Le dio por quemar todo lo que no echaba raíces: ramitas de los setos, hojas, astillas de madera. Hizo un agujero en el patio trasero para preparar abono, echaba las briznas de hierba, lo mezclaba todo con estiércol, lo regaba y lo removía de vez en cuando con una herramienta.

Solía encontrármela allí al atardecer, cuando dejaba el coche en el garaje. Por lo general estaba junto al incinerador, triste figura con un pañuelo blanco en la cabeza, echando cosas a las llamas, envases de cartón amontonados y listos para quemarse, y observaba el fuego con fijeza y de vez en cuando lo removía con un palo. Se obsesionó por tener limpio y en orden el espacio del incinerador, metía las latas pequeñas en otras mayores, tenía cajas especiales para las latas, cajas especiales para las botellas vacías. Envolvía cuidadosamente la basura del día en papeles de periódico y ataba el paquete con una cuerda.

Por la noche la oía merodear por la casa, cerrar la puerta del frigorífico, tirar de la cadena, encender la radio de la planta baja, dar vueltas por el patio trasero. La veía por la ventana pasear al claro de luna, turgente aparición en alboroz, avanzando con el bombo por delante con pausada majestad, por lo general con un libro bajo el brazo, por lo general Gesell, Arnold, *El infante y el niño en la cultura actual*.

—No duermas más conmigo —dijo—. Nunca más.

—¿Después de que nazca el niño tampoco?

—Será chica.

—¿Por qué te empeñas en decir que será chica?

—No me gustan los chicos. Son asquerosos. Ellos tienen la culpa de todo lo que pasa en el mundo.

—Las chicas también dan problemas.

—No esos problemas.

—Ya verás como quieres a nuestro hijo.

—Se llamará Victoria.

—Se llamará Nick.

—Me gusta más Victoria.

—¿Has dicho Víctor?

—He dicho Victoria.

Además, estaba aquella necesidad febril que sentía por ella. La había sentido desde el primer momento en que la vi. Aquella primera vez se me escapó, se fue de la casa de su tía, donde nos habíamos conocido a la hora del té, y me sentí fatal sin ella, un tarado absoluto hasta que la volví a ver. Por ella me habría ganado la vida en otras lides —el periodismo, la albañilería—, donde fuera. Todas las características de mi prosa se debían a ella. Porque yo no hacía más que bregar con el oficio, lo odiaba, me desesperaba, estrujaba cuartillas y las arrojaba al otro extremo de la habitación. Pero ella era capaz de dar utilidad al material desechado, encontraba elementos que había allí y la verdad es que yo nunca sabía cuándo hacía las cosas bien y cuándo no, creía que cuanto había escrito en mi vida estaba dentro de lo normal, ya que no tenía forma de estar seguro. Pero ella sabía revisar las cuartillas, dar con lo bueno y salvarlo, y pedir más, así que acabé acostumbrándome: yo escribía lo mejor que sabía, le entregaba las páginas y ella pulía, cortaba y pegaba, y cuando estaba todo terminado, con un planteamiento, un nudo y un desenlace, yo me quedaba más asombrado que si lo hubiera visto impreso, porque de entrada yo no habría podido hacerlo solo.

Así tres años, cuatro, cinco, y empecé a tener los rudimentos del oficio, pero eran los rudimentos de ella, porque la opinión de cualquier otro lector me importaba poco, escribía sólo para ella, y si ella no hubiera estado allí, puede que yo no hubiera escrito ni una sola línea.

Cuando se quedó embarazada dejó de leerme. Yo le enseñaba escenas del guión en cuestión, pero no le interesaban. Aquel invierno, en su quinto mes, escribí un cuento y ella derramó el café encima, un acontecimiento totalmente insólito, y lo leyó con atención bostezante. Antes del embarazo se habría llevado el manuscrito a la cama y habría pasado horas podándolo, corrigiéndolo y poniendo notas al margen.

El niño se interpuso entre nosotros, como una piedra. Yo estaba preocupado y me preguntaba si alguna vez volvería la normalidad de antes. Añoraba los viejos tiempos en que podía entrar en su dormitorio y tocar algo íntimo suyo, un pañuelo, un vestido, una cinta blanca; el solo contacto con estas prendas me mareaba, me hacía croar como una rana toro por los favores de mi amada. La silla en que se sentaba delante del tocador, el espejo que reflejaba su fascinante rostro, la almohada en que apoyaba la cabeza, el par de medias arrojado sobre la ropa sucia, la desarmante zorrería de sus bragas de seda, sus camisones, su jabón, sus toallas, todavía calientes y húmedas después del baño, necesitaba aquellas cosas, eran parte de mi vida con ella, y las manchas de carmín carecían de importancia, porque procedían de los cálidos labios de mi mujer.

Las cosas habían cambiado. Sus vestidos se habían deformado y habían abierto un boquete en la parte delantera por la que asomaba el bulto, sus combinaciones eran sacos informes, sus zapatillas eran literalmente para pasear por arrozales, y sus blusas parecían tiendas de campaña. ¿Qué hombre frotaría aquellos vestidos contra su cara y

se estremecería con la pasión de antaño? Además, ahora todo olía de otro modo. Antes se ponía un embrujo llamado La Fougeraie au Crépuscule y era como respirar aires de Chopin y Edna Millay, y cuando brotaba esta fragancia de su pelo y de sus hombros, yo sabía que habían levantado la veda y que quería que la acosaran. Había dejado de ponerse La Fougeraie au Crépuscule y ahora se ponía otra cosa, una especie de colonia de Gayelord Hauser, el naturópata de las estrellas, que apestaba a salud, a alcohol puro y a jabón normal. También estaba presente el tufo de las pastillas de vitaminas, de la levadura de cerveza y de la melaza negra, y de un bálsamo blancuzco para suavizar los pezones hinchados.

Cuando estaba acostado, la oía trastear por la casa y me preguntaba qué nos había ocurrido. Fumaba en la oscuridad y gemía, porque me estaba arrojando en brazos de otra mujer. Ya no me quería, me obligaba a cometer adulterio, a tener una amante. Pero ¿qué amante? Había estado ausente durante años de las selvas a las que los solteros iban de safari. ¿Dónde iba a encontrar otra mujer, aunque lo deseara? Me vi merodeando por Santa Monica Boulevard, babeando ante las mujeres solas de los bares raros y con poca luz, echando el bofe para entablar una conversación inteligente, bebiendo como un cosaco para disimular la descarnada sordidez de estos romances. No, no podía ser infiel a Joyce. Ni siquiera quería serlo y esto también me preocupaba. Porque ¿no era como si dijéramos una costumbre masculina echar una cana al aire durante el embarazo? Ocurría todo el tiempo, allá en el club de golf se lo oía decir a todos los socios. Así pues, ¿qué me pasaba? ¿Por qué no estaba en la ciudad, buscando placeres prohibidos? Y me quedaba en la cama, tratando de encender una chispita de aquella pasión por el fruto exótico. Pero no había manera.

No obstante, me alegraba de dormir solo. Había olvidado lo bien que sienta. Noche tras noche, durante cuatro años, habíamos compartido la cama. Había acabado por someterme, por aceptar las coces sin quejarme, por dormir medio destapado más de mil trescientas noches. Joyce había cambiado mucho a causa de su estado. Toda noción de juego limpio había desaparecido. Había vuelto al primitivismo de la selva, donde se lucha por sobrevivir. Ahora me golpeaba fría y deliberadamente. Me despertaba a las tantas de la noche quitándome una almohada de debajo de la cabeza, o masticando manzanas, o sometiéndome al refinado tormento de echar hacia mi lado las migas de las galletas integrales. Comía como una prisionera de guerra recién liberada y se metía en la cama con bocadillos gigantes y una jarra de leche. Daba miedo ver cuánta leche bebía. Se sentaba apoyada en las almohadas —las mías y las suyas—, comía y leía, sobre todo Gesell, Arnold, *El infante y el niño en la cultura actual*; Gesell, Arnold, *Las costumbres alimenticias de los niños: la higiene de la edad temprana desde el punto de vista pediátrico (con ilustr.)*; o Gilbert, Margaret, *Biografía de un feto*.

Diez veces se levantaba corriendo todas las noches, iba al cuarto de baño, tiraba de la cadena con estrépito desafiante, hacía gárgaras, se cepillaba los dientes, se duchaba. Volvía a la cama con salto, patinazo y rebote, y cual una divinidad abotargada envuelta en almohadas, se apoltronaba en un lecho que parecía ya una casa de comidas. Si me movía o murmuraba, no me hacía el menor caso.

Pues sí, estaba muy contento de dormir solo, de estar en una cama que no fuera además una tienda de comestibles, de yacer con brazos y piernas estirados. Era un placer, secreto, un deleite atávico, un regreso a la Madre Tierra. Pero Joyce se dio cuenta; tuvo que percibirlo a través del tabique, porque se puso a pedir cosas. Un vaso de leche, un bocadillo, una cerilla, un libro. Y si no era eso, la luz de mi mesilla de noche se encendía bruscamente y allí estaba ella, gorda, blanca y triste, diciendo con toda tranquilidad: «No puedo dormir». Mi cama era individual y cuando se acostaba en ella no dejaba sitio para nadie más, salvo que se quedara boca, panza y bulto arriba. Yo reulaba. Y era como dormir al borde de una zanja.

—Me odias, ¿verdad? —dijo ella.

—No, no te odio.

—¿Por qué te alejas? ¿Te pasa algo?

—No puedo dormir encima de ti.

—Si quisieras, podrías.

—Lo siento, no me seduce.

—¿Me huele el aliento?

Me lo echó en la cara. La boca antaño cálida y dulce olía ahora a embarazo, y no es que fuera desagradable, pero tampoco era agradable.

—No tira de espaldas.

Durante un rato no movió ni un músculo, la vista fija en el techo, el bulto subiendo y bajando rítmicamente, las manos cruzadas encima. Se echó a llorar y un par de riachuelos cruzó sus mejillas.

—¿Qué te ocurre, cielito?

—Estoy estreñida —dijo sollozando—. Siempre estoy estreñida.

Me acerqué a ella, le aparté el pelo y la besé en la frente.

—Nadie quiere a una mujer embarazada —añadió—. Lo veo en todas partes. En la calle, en las tiendas, en todas partes. Se te quedan mirando. Es espantoso.

—Imaginaciones tuyas.

—El carnicero, ese tan simpático. Antes era amable. Ahora apenas me mira.

—¿Y eso es importante?

—¡Es muy importante!

Lloró mucho aquella noche, hasta que se le hincharon los carrillos y le desapareció la tensión, hasta que la actividad del nido la distrajo. Apartó las mantas.

—Mira.

El niño se removía como un gatito metido dentro de un globo. Coceaba con energía y podía verse el perfil de un pie diminuto estampado contra las paredes de aquella cárcel.

—Las chicas no dan esas patadas.

—Que te crees tú eso.

Pegué el oído al bulto cálido y blando, y escuché. Percibí ruidos de fábrica de cervezas, cañerías que silbaban, cubas de fermentación, lavabotellas que humeaban, y a lo lejos, en el tejado de la fábrica, una voz pidiendo socorro. Me asió la mano.

—Palpa la cabeza.

Encontré el punto; era del tamaño de una pelota de béisbol. Palpé sinuosidades que me parecieron manos y pies. Di un respingo, pero no dije nada para no alarmar a Joyce. Había dos pelotas de béisbol, ¡había dos cabezas!

Le dije que era maravilloso, pero el miedo me atenazaba la garganta, porque eran reales, estaban allí, mi adorable Joyce llevaba el horror en las entrañas. Volví a pasar la mano por el punto. No había ninguna duda. El feto era un monstruo. Apreté los dientes y volví a tumbarme con el corazón lleno de angustia, demasiado aterrorizado para hablar. No era muy digno llorar en una ocasión así, pero no pude contener el dolor, y cuando Joyce vio mis lágrimas me las enjugó con ternura, complacida por mi sensibilidad.

—¡Cariño! Qué sentimental eres.

Al final conseguí dominarme, pero quería estar solo, para reflexionar, para llamar al doctor Stanley y averiguar si podía hacerse algo. Su apetito me dio la excusa. Quería un bocadillo de aguacate. Me levanté para preparárselo. Pero tenía que estar seguro de que no había habido ningún error, y volví.

—Déjame tocarlo otra vez —dije.

—Claro.

Apliqué la palma al punto. Cuando las dos protuberancias punzaron mi mano casi me desmayé. Luego era verdad; habíamos engendrado un monstruo. Fui a la planta baja tambaleándome. En la estrecha recocina donde tenemos el teléfono, en aquel pequeño y oscuro espacio, apoyé la cabeza en la pared y lloré de nuevo.

Aquello aclaraba muchas cosas y el pasado se revelaba ahora como un cubo de basura boca abajo. Porque no era culpa de Joyce. Ella había llevado siempre una vida pura e impoluta. Pero los años de soltero de John Fante habían sido un vendaval de aventuras desenfrenadas. Había habido para ruborizar a cualquiera; había habido pecados, pecados graves, y de un modo u otro, en aquella espiral de corrupción se había sembrado el castigo, y había llegado la hora de recoger la perversa mies.

Preparé el bocadillo y se lo subí. Joyce ya estaba lista, flotando en almohadas, con los brazos abiertos para recibir la comida. No pude más. Bajé, descolgué el teléfono de la recocina, cerré las puertas y marqué el número del doctor Stanley. Estaba en el

hospital, pendiente de un parto.

—Tengo que verle enseguida.

—¿Cómo está Joyce?

—Ella bien. Se trata de mí. Y de la criatura.

—¿De usted?

—Voy para allá. Es muy importante.

Volví arriba. Joyce ya había dado cuenta del bocado. Yacía cuan larga era, contemplando el bulto.

—Es bonito —dijo—. Todo es bonito.

No tardó en dormirse. Me vestí, bajé de puntillas y salí por la puerta lateral que daba al garaje. Eran las tres menos cuarto, las calles estaban vacías, y había algo demencial en el extraño silencio de la vasta metrópoli. Diez minutos más tarde aparcaba delante del Hospital St. James. En recepción me dijeron que el doctor Stanley se encontraba en la planta doce. Traía tantos niños al mundo que el hospital le tenía reservada una habitación en el ala de maternidad, para que pudiera dar cabezadas. La puerta estaba abierta. Lo vi tendido en un sofá cama, en mangas de camisa. Mi suave llamada lo despertó al instante, y se puso en pie. Era bajo y tenía cara de niño y unos grandes ojos que lo miraban todo con asombro. Nos dimos la mano.

—¿También usted está embarazado?

Le dije que no era cosa de broma.

—¿De veras?

—Creo que estoy muy enfermo.

—A mí me parece que está muy bien.

—Espere a que le cuente. No le hará tanta gracia.

—Espero. Siéntese.

Me dejé caer en el sofá cama y busqué el tabaco.

—A la criatura le sucede algo realmente malo.

—Creí que se trataba de usted.

—A eso voy. Mi indisposición está relacionada con la criatura. Mi enfermedad.

—¿Qué enfermedad es?

No podía decírselo. No quería decírselo.

—¿Cuándo se hizo la última prueba de sífilis?

Le dije que hacía alrededor de un año.

—Pero no es un test infalible. Lo leí en una revista.

—¿Ha sido infiel a su esposa?

—Sí, o sea, no. Lo que quiero decir es que antes de casarme hubo una chica. En realidad, varias chicas. Y a lo que voy es a que estoy preocupado.

—¿Por qué cree que a la criatura le pasa algo?

—La he palpado.

—¿Palpado? ¿Cómo?

—Puse la mano en el vientre de Joyce.

—¿Y?

—Y noté algo raro.

—¿Qué notó?

—Lo leí en un artículo publicado en una revista médica. A veces, la reacción de Wassermann se equivoca.

—¿Qué notó?

De pronto se me pasaron las ganas de seguir hablando. De pronto comprendí que había hecho el ridículo, que la criatura estaba bien, que no tenía dos cabezas, que había sido una ocurrencia para castigarme y que estar en aquellos momentos en la planta doce del ala de maternidad del Hospital St. James, hablando con el doctor Stanley a las tres y media de la madrugada, era el colmo de los despropósitos. Deseé estar lejos de allí, en mi coche, camino de casa, para meterme en la cama y taparme la cabeza con mantas, y despertar como nuevo al día siguiente. Pero estaba delante del cansado galeno, contándole insensateces, sin más alternativa que escapar de un modo educado.

—Doctor Stanley, creo que he cometido una grave equivocación.

—Estamos en que usted palpó a la criatura y notó algo raro. Hábleme de esa rareza. Descríbala.

La respuesta era «dos cabezas», pero antes que decirla me tiraba por la ventana.

—Lo siento, doctor. Me confundí. Pensé que había palpado algo. Siento haberle molestado.

Retrocedí para irme, pero me detuvo, pulsó un botón de la pared y apareció una enfermera. Me ordenó que me quitara la chaqueta y me subiera la manga, porque quería tranquilizarme, despejar todas las dudas que tuviese.

—Pero esto es absurdo. A mi sangre no le pasa nada, absolutamente nada.

Me puso un brazalete de caucho, las venas se me hincharon, sentí el pinchazo de la aguja y vi ascender mi sangre aspirada por la jeringuilla.

—Vuelva mañana por la noche —dijo—. A cualquier hora. Estaré aquí con el resultado del análisis.

Me bajé la manga.

—Es una tontería. No me pasa nada.

—Váyase a casa. Duerma un poco.

Volví cruzando las calles silenciosas, pensando en las chicas de antaño, en la dulce Avis, en la querida Monica, y de repente me sentí muy solo sin ellas después de los años transcurridos, porque eran hermosas y tiernas, con un cuerpo soberbio, no hinchado por el estado interesante, chicas por las que suspiraba con un deseo vívido y

multicolor, chicas perdidas para siempre, y casi me eché a llorar al comprender que nunca más volvería a estar con ellas. Aquello era el matrimonio, aquel sepulcro, aquella vil prisión en la que un hombre impulsado por un deseo sobrehumano de ser bueno, decente e íntegro acababa haciendo el ridículo a las tres de la madrugada, sin otra recompensa que la prole, y una prole ingrata por añadidura. Ya veía a mis hijos echándome a patadas al hacerme viejo, echándome de la casa, firmando papeles para conseguirme una pensión de vejez y deshacerse de mí, un viejo chocho que había sacrificado los mejores años de su vida trabajando honradamente para que ellos pudieran saborear la plenitud de la vida. ¡Así me lo pagaban!

La noche siguiente estaba otra vez en el hospital, esperando el resultado del análisis del doctor Stanley. No quería estar allí. El doctor Stanley asistía a un parto y la enfermera me indicó que esperase en la Sala de Paternidad. Había dos padres esperando, uno dormía en un sillón de cuero, el otro leía una revista. Fumé, me paseé. Era absurdo. No estaba en mi sitio; todavía. Pero allí estaba, paseándome en todas las direcciones posibles, y el que leía la revista supuso que compartíamos la misma suerte.

—¿Qué tal su señora? —preguntó.

—Bien. ¿Y la suya?

—Mal.

Sus ojos eran dos ranuras enrojecidas y había mucha preocupación en su cara. Necesitaba un corte de pelo y un afeitado.

—Hace trece horas que está de parto.

—Lo siento.

—Puede que le practiquen una cesárea.

Yo no debía estar allí. Estaba profanando un lugar donde nacía la vida, donde las mujeres sufrían y los hombres se preocupaban. Aquellas personas tenían problemas reales y yo, víctima de mí mismo, sólo estaba haciendo el oso. Entonces apareció la enfermera.

—Señor Fante...

El padre de la cesárea me estrechó la mano. El otro se levantó y me alargó la suya. Me desearon suerte. Les di las gracias y eché a andar por el pasillo, detrás de la enfermera, hasta la habitación del doctor Stanley. Tenía un papel en la mano.

—No le ocurre nada.

—Ya lo sabía.

Sonrió.

—¿Qué cenó anoche?

Se lo dije: espaguetis, albóndigas de carne, ensalada, vino, helado.

—¿Por qué?

—Colesterol. El análisis indica un nivel alto. Pero con esa cena se entiende.

—¡Colesterol! ¡Santo Dios! He leído sobre eso en una revista. Es peligroso. Bloquea las arterias y causa ataques cardíacos. Lo leí en *Hygeia*.^[1]

—¿Ha tenido problemas de corazón?

—Aún no, pero...

—Olvídelo.

—¡Colesterol! ¡Y tenía que pasarme a mí!

Me aconsejó que dejara de leer artículos de medicina y me olvidara de todo el asunto, pero no podía olvidarlo y recorrí el pasillo tambaleándome, pulsé a tientas el botón del ascensor, tenía las palmas sudadas, la cabina del ascensor descendió, sentí burbujas en el estómago, colesterol, ataques cardíacos, literato se desploma víctima de un ataque cardíaco, salí a la calle, trastabillé hasta el coche, me puse al volante, me tomé el pulso, conté mirando el reloj, John Fante fulminado, un porvenir truncado, setenta y dos pulsaciones por minuto, Dios mío, colesterol: tenía que hacer averiguaciones, investigar un poco, informarme mejor sobre aquella nociva sustancia.

Joyce dormía cuando llegué. Era alrededor de medianoche. Me acosté con la luz encendida. De vez en cuando me contaba las pulsaciones. Fue una noche cruel. Recuerdo que vi despuntar el alba y entonces me dormí. A mediodía desperté como nuevo.

Joyce estaba en su habitación, escribiendo cartas.

—¿Qué tal has dormido?

—Fatal —dijo—. He estado en vela toda la noche.

—No comamos más espaguetis. Contienen mucho colesterol.

—¿En serio?

—Comamos lechuga, zanahorias. Verduras frescas recién cogidas, crujientes y para ti muy sanas.

Fui al cuarto de baño y me tomé el pulso. Sesenta y ocho. Cuatro menos. Era mejor tener el pulso lento que tenerlo rápido. Aquí no había vuelta de hoja. Lo había leído en varias publicaciones.

A las 9.27 de la mañana del 18 de marzo, en el séptimo mes de embarazo, Joyce Fante hundió el suelo de la cocina de nuestra casa. Debido a su peso —había engordado más de diez kilos y la aguja de la báscula marcaba setenta y uno— y al estado de la madera, infestada de termitas, cedieron las tablas que cubrían el raído linóleo y la mujer del bulto se hundió hasta el suelo de tierra, un metro más abajo.

Yo estaba entonces arriba, en la bañera, y recuerdo con exactitud los fenómenos que se produjeron antes y después de la catástrofe. Primero tuvimos una mañana tranquila y de ensueño, toda ella barnizada por la dorada caricia del sol; y la placidez

del baño, las misteriosas evocaciones del agua estancada, la remembranza de tiempos ya lejanos, y entonces, surgida de no sabía dónde y de todas partes, se produjo la agitación de la atmósfera, el siniestro prodigio de la reacción en cadena de los materiales fisionables. Segundos después la oí gritar. Fue un grito de cine, Barbara Stanwyck acorralada por un violador, y me tiró de la columna vertebral como la mano de un gigante.

Salí de la bañera de un salto y abrí la puerta. Oía gritar a Joyce en la planta baja. Yo sólo pensaba en la criatura, en el precioso melón blanco.

—Ya voy, cariño. Sé valiente. ¡Ya estoy ahí!

Tenía un arma de fuego en la habitación, pero yo sólo podía pensar en que mi mujer me necesitaba. Sin saber cómo, mientras corría escaleras abajo, desnudo y asustado, comprendí que aquéllos serían mis últimos pasos en la tierra, que íbamos a morir juntos, que tal vez nos habríamos salvado si hubiera cogido el arma.

Al principio no la vi. Entonces la localicé delante de los fogones, tal como había caído, empotrada en el subsuelo, pero reducida, como si fuese una enana, con una loncha de jamón en una mano y una sartén en la otra, y rodeada de huevos rotos y chorreantes. Estaba más furiosa que dolorida, la mantequilla derretida le goteaba por el pelo y se mezclaba con sus lágrimas, y del codo le caían pegajosos regueros de yema.

—Sácame de aquí, ¿quieres?

Tiré de ella. Estaba insólitamente tranquila. Me quedé mirando el suelo.

—¿Qué ha pasado?

Se palpó el bulto, buscando indicios de vida. Se acercó al teléfono y marcó un número.

—Diga al doctor Stanley que venga enseguida. Es una emergencia.

—¿Cómo ha ocurrido?

No respondió. Un momento después estaba en la cama. Estuve ocupado un rato, recogiendo sus cosas. Estaba pálida, pero muy tranquila. Cerró los ojos y me asusté.

La sacudí.

—¿Estás bien?

—Creo que sí.

Volvió a cerrar los ojos. Volví a alarmarme. Bajé corriendo a buscar un poco de brandy. No le apetecía. Le pedí que no cerrara los ojos.

—Quiero descansar.

—Creo que no deberías cerrarlos.

—Quiero descansar hasta que llegue el médico.

El doctor Stanley se presentó al cabo de veinte minutos. Lo conduje al dormitorio y la examinó. La caída no había ocasionado ninguna lesión, ni a ella ni al feto. Guardó el estetoscopio. Lo acompañé a la puerta de la calle. Me pareció que

debíamos tener una breve charla sobre todo aquello, de hombre a hombre.

—¿Puedo hacer algo, doctor?

—No. Nada en absoluto.

Sus ojos brillaron con frialdad. Se estaba hartando de nosotros. Le robábamos demasiado tiempo.

Volví a la cocina y me quedé mirando el agujero del suelo. Los hongos y las termitas habían devorado la madera. Cuando la tocaba con la mano, crujía como pan tierno. Fui al fregadero y golpeé el suelo con el pie. El tacón abrió un boquete. Al parecer, todo el suelo de la cocina estaba podrido. Me acerqué al rincón del desayuno y di un puñetazo al tabique. Mis nudillos se sumergieron en una blanda masa de yeso y madera. Me subí a la mesa del desayuno, para comprobar el estado del techo, pero con mi peso las patas de la mesa se hundieron. Entré en el comedor y me quedé mirando una pared recién pintada de verde claro, immaculada. Levanté el puño para descargarlo, pero sentí una angustia en lo más profundo y tuve miedo de asestar el golpe.

¡Mi casa! ¿Por qué le ocurrían aquellas cosas a John Fante? ¿Qué había hecho yo para alterar el curso de los astros? Volví al agujero de Joyce y me quedé mirándolo. Recogí un trozo de madera podrida. Entonces los vi, vi los bichejos blancos que reptaban por la madera, la madera de mi casa, y así uno con los dedos, patitas blancas agitándose en el aire; era una termita, un animal inhumano, y la maté; yo era incapaz de matar una mosca, pero tuve que segar su existencia por lo que ella y su inmunda raza habían hecho con mi casa. Era la primera termita que mataba en mi vida. Las había visto por allí durante todos aquellos años, y las observaba con curiosidad y admiración. Era un firme partidario de la filosofía del vive y deja vivir, y así me lo agradecían, con aquella vil traición. Bueno, puede que mi razonamiento contuviera algún defecto o que yo tuviera que introducir cambios en mis relaciones con los insectos, pero había que admitir la cruda realidad de los hechos, y en aquel punto y hora me puse a exterminarlas, a partir madera, a machacarlas, a aplastar su nefanda vida, mientras correteaban asustadas entre mis dedos.

La casa nos la había vendido un agente inmobiliario llamado J. W. Randall. Era alto y perspicaz, un vaquero que ha dejado de montar. Vino a casa e inspeccionó los daños. Aplastó la carcomida madera con los dedos y se sacudió las termitas que avanzaban en masa por el peludo dorso de su mano.

—Esto es una estafa, señor Randall. Voy a demandarle.

—No puede.

—Usted gestionó la venta.

—Smith es su hombre. Demande a Smith.

Smith era el inspector de termitas.

—¿Lo has oído, Joyce? Nuestro hombre es Smith. Lo llevaremos a rastras a los tribunales.

—Señor Randall —dijo Joyce—, es usted un sinvergüenza.

Randall se puso tieso.

—Un momento, joven.

Joyce dio media vuelta y se marchó. El señor Randall estaba ofendido y furioso. Salió de la casa dando zancadas.

Fui tras él. Subió al coche, malhumorado y respirando con fuerza por la nariz.

—Trabajo en el ramo desde hace treinta años. ¡El fuego eterno, señor! ¡Yo creé Wilshire Boulevard! Y me ha llamado sinvergüenza.

—Está alterada, señor Randall. Es por su estado.

—Hijo, permítame darle un consejo. Soy abuelo. Tengo cuatro nietos. Es mejor que entre y calme a la joven. Una mujer embarazada debe tener pensamientos puros. No me extraña que haya tanta delincuencia juvenil. Ándese con ojo, muchacho. Sé de lo que hablo.

—¿Y Smith?

—Demándelo.

No localicé a Smith. Fui al garaje donde tenía la oficina, un cobertizo de yeso detrás de una carpintería de Temple Street. Llamaba a su empresa Crimen Organizado. Ya no estaba allí. Nadie sabía nada de él, salvo que le gustaba mucho la angélica confitada. Hablé con un abogado. Me explicó que la vista tardaría dos años en celebrarse y que sin Smith la acusación no se sostenía. Llamamos a un contratista para que nos hiciera un presupuesto de las reparaciones. Dijo cuatro mil.

Joyce:

—Con eso podríamos tener diez criaturas.

¡Cuatro mil! Era una puñalada en todo el corazón. Entré en la cocina tambaleándome, herido, enfermo. Los daños más importantes estaban allí, en la cocina. Me arrodillé bajo el fregadero y palpé y presioné levemente. Oí un ruido. Pegué el oído al suelo. Estaban allí, a unos centímetros, despreciables animales, y se estaban comiendo mi madera. Era el rítmico crujido de miles de mandíbulas diminutas que se alimentaban con la carne y la sangre de John Fante.

De repente supe lo que había que hacer. La idea me inundo como una ola de agua fría. Como cuando el cielo se despeja, la tormenta había pasado y allí estaba él, arrogante como un rayo de sol, el albañil más grande de toda California, el constructor más noble de todos. ¡Mi padre! Sangre de mi sangre, el viejo Nick Fante. Corrí a las escaleras y llamé a Joyce.

—¡Qué ciegos estamos! ¡Qué tontos somos!

—¿Por qué?

—¡Mi padre!

—¡Fabuloso!

Bajó corriendo las escaleras y nos abrazamos. También quería a mi padre, y él a ella.

—Nos lo hará gratis. Ahorraremos miles de dólares.

Joyce se puso nostálgica y seria.

—Prométeme una cosa.

—Claro que sí.

—Que nunca tratarás a nuestro hijo como tu padre te trató a ti.

—Fue un buen padre, bruto pero bueno.

—Una vez te dio una azotaina con una paleta de albañil. Me lo contó tu hermana Stella.

—Me lo merecía. Vendí una hormigonera de su propiedad y me compré una bicicleta.

—Ya no se pega a los niños. Ha quedado descartado. Ahora se les niegan privilegios.

—Él me negó una bicicleta. Además, era la única hormigonera que tenía.

—¿Has leído *El niño lobo y el niño humano*, de Gesell?

No lo había leído.

—Todos los padres deberían leerlo. Es básico.

—Lo leeré durante el viaje.

Mis padres vivían en San Juan, en el valle de Sacramento, a unos veinte kilómetros por carretera del parlamento del estado. Llevaban la más plácida de las existencias, un retiro idílico, gracias a las pensiones de la administración. Vivían en una cabaña de madera de secoya, de cuatro habitaciones, y una higuera descomunal daba sombra al patio trasero. En el corral había una docena de gallinas cloqueando, aves de granero que se atracaban de higos caídos y de las lozanas uvas de la parra que amenazaba con derribar la valla posterior. Aquellas gallinas ponían unos huevos enormes cuyo calor sentía mi madre en la palma de la mano con nostalgia e ironía, porque había habido una época en su vida en que había tenido más hijos que huevos.

Al pie de la higuera había un tonel en el que dormían los cuatro gatos de mi padre, imponentes divinidades egipcias, bien alimentados con corazón de vaca, sesos de ternera y leche. Aquellos gatos habían sustituido a los cuatro hijos que se habían criado en el valle hasta la edad de abandonar el hogar y casarse, con mala vista y peor dentadura, porque en los primeros tiempos había poco trabajo y mi padre nunca ganó lo suficiente para dar a sus hijos habitualmente corazón de vaca, sesos de ternera y leche.

Vivían en tranquila soledad, leían *el Sacramento Bee*^[2] y escuchaban la radio, recogían huevos y rastrillaban el patio, casi setentones ya, pendientes del cartero, que ya no les atemorizaba con recibos y facturas y que sólo se acercaba muy de tarde en tarde con noticias de los hijos que se fueron.

Stella no necesitaba escribir. Vivía con su marido en una granja de las afueras de San Juan y los visitaba dos veces por semana para llevarles cestos de calabacines, tomates, melocotones, naranjas y mantequilla.

Stella llevaba a sus hijas y en las tardes calurosas papá se sentaba con ellas al pie de la higuera, les daba sorbos de vino frío a escondidas, les contaba cuentos y preguntaba por qué no tenía nietos, por la Santísima Virgen del Carmelo. Porque mi padre tenía sesenta y siete años, y aunque admiraba a las mujeres no italianas con que sus hijos nos habíamos casado, sospechaba por otro lado que tenían algo que ver en aquello de la procreación, que no sabían cómo se hacían las cosas.

Una vez a la semana llegaba Joe Muto con el camión Ford para entregar las dos garrafas de cuatro litros de clarete, a cincuenta centavos la garrafa. Le gustaba llevar en el vehículo a sus cuatro nietos, cuatro rapaces de ojos negros y cara de Muto, y mi padre los miraba mal, porque no eran suyos.

La vida sin nietos no era vida. Sentado al pie de la higuera, empinaba la garrafa apoyándola en el hombro, paladeaba el vino frío y meditaba. Al caer la tarde pasaba

el cartero y mi madre ya estaba aguardando junto al buzón, haciendo como que arrancaba hierbajos. Si no había correo, arrancaba otro par de hierbajos, echaba un vistazo a la carretera, hacia Sacramento, y volvía a la casa, estremeciéndose sobre sus pies artríticos. Mi padre observaba aquella operación todos los días. Al final perdía la paciencia.

—¡Trae pluma y tinta!

Mi madre salía obedientemente de la casa con una tabla y recado de escribir, los dejaba en el tonel, al pie de la higuera, y se preparaba para copiar otra carta de su marido a sus tres hijos: el de Seattle, el de Susanville y el que vivía en el sur. Mi madre nunca enviaba aquellas cartas contemporizadoras, porque a mi padre le gustaba mucho dictar, le calmaba los nervios pasearse entre la hierba y detenerse de vez en cuando para bajarse generosos tragos de clarete.

—Mándasela a todos. Escribe con letra clara. Pon las cosas como yo te digo. No cambies ni una palabra.

Mi madre mojaba la pluma, incómodamente sentada en una caja de manzanas, con las rodillas pegadas al tonel.

Queridos hijos:

Vuestra madre está bien y yo también. No nos hacéis ninguna falta. Pasadlo bien, reíd y jugad, y olvidaos de vuestro padre. Pero de vuestra madre no. No os preocupéis por vuestro padre. Se trata de vuestra madre. Vuestro padre trabajó mucho para compraros zapatos y daros una educación. No se arrepiente de nada. No necesita nada. Así pues, pasadlo bien, chicos, reíd y divertíos, pero pensad alguna vez en vuestra madre. Escribidle. No escribáis a vuestro padre porque no lo necesita, pero vuestra madre es ya una anciana, chicos. Ya sabéis cómo se pone la gente cuando envejece. Así que pasadlo bien mientras sois jóvenes. Reíd, divertíos y pensad en vuestra madre alguna vez. A vuestro padre le da lo mismo. Nunca ha necesitado vuestra ayuda. Pero vuestra madre se siente sola. Pasadlo bien. Reíd y divertíos.

Con un cordial saludo,

Nick Fante

Y cuando mi madre terminaba, mi padre daba otro trago a la garrafa, se relamía los labios y añadía:

—Mándala por avión.

Llegué a San Juan a mediodía, tras tomar un avión en Burbank y un autobús en

Sacramento. Vivían en la periferia, donde terminaba el asfalto municipal y la farola más cercana quedaba a treinta metros. Llegué andando por la carretera y al cruzar la vieja cerca vi a mi padre al pie de la higuera. Su caja de dibujo estaba abierta encima del tonel; contenía lápices, reglas y una regla T. Los gatos dormían en el columpio, formando un confuso montón de pelo.

Mi padre se volvió al oír el chirrido de la portillera y entornó los impasibles ojos para ver bien entre las telarañas del calor. Hacía seis meses que no iba por allí. Exceptuando la vista, estaba fenomenal. Tenía manos gruesas de albañil, el cuello quemado por el sol, y era feo como un demonio. No me reconoció hasta que estuve a quince metros de él. Solté la bolsa de viaje y le di la mano.

—Hola, papá.

Tenía las manos de Belcebú, con callos y durezas puntiagudas, con dedos nudosos de albañil, rotos con frecuencia. Miró la bolsa.

—¿Qué llevas ahí?

—Camisas y cosas.

Me examinó con cuidado.

—¿Traje nuevo?

—Recién estrenado.

—¿Cuánto?

Se lo dije.

—Demasiado.

El sentimiento se acumulaba en su interior. Estaba muy contento de verme, pero no quería que se le notase. La barbilla le temblaba.

—¿Hueles los pimientos? Mamá está friendo pimientos.

Llegaba del porche posterior una brisa de celestial aroma, pimientos verdes fritos en dorado aceite de oliva, sazonado con la fragancia del ajo y la delicia del romero, y todo ello en un marco perfumado por las magnolias y coloreado por las variedades verdes de los viñedos que cubrían los campos.

—Huele bien. ¿Cómo te encuentras?

Se estaba achicando. Todos los años encogía un poco, o eso parecía. Los hombres de la familia no éramos altos, pero me daba la sensación de que en los últimos años yo era más alto que él. También el patio era más pequeño y la higuera fue una sorpresa. Era mucho más pequeña de como la veía en el recuerdo.

—El niño, ¿cómo está el bambino?

—Faltan unas seis semanas.

—¿Y la señorita Joyce? —La adoraba. No se atrevía a llamarla simplemente por su nombre de pila.

—Está bien.

—¿Lo tiene hacia arriba? —Se tocó el pecho—. ¿O hacia abajo? —La mano bajó

al vientre.

—Alto, hacia arriba.

—Estupendo. Eso quiere decir que es un niño.

—Pues no sé.

—¿Qué es eso de que no sabes?

—Que nadie puede estar seguro de esas cosas.

—Se puede, si se hacen las cosas bien. —Frunció el ceño y me miró a los ojos—. ¿Has comido huevos, tal como te dije?

—No me gustan los huevos.

Suspiró y movió la cabeza.

—¿Recuerdas lo que te dije? Come muchos huevos. Tres, cuatro cada día. Si no, será chica. —Hizo una mueca y añadió—: ¿Quieres una chica?

—Preferiría un chico, pero habrá que aceptar lo que venga.

Aquello lo dejó preocupado. Se puso a pasear, pisando las hojas caídas de la higuera.

—Ésa no es forma de hablar. No indica nada bueno.

—Pero, papá...

Giró sobre sus talones.

—No me vengas con peros. ¡No me vengas con papás! Os lo dije, os lo dije a todos: a Jim, a Tony, a ti. Os dije: huevos. Muchos huevos. Y míralos. Jim, dos años de casado y nada. Tony, casado hace tres años y nada. Y tú. ¿Qué tienes tú? Nada. —Dio unos pasos hacia mí. Se acercó tanto que me quemó la cara con su aliento vinoso—. ¿Recuerdas lo que te dije de las ostras? Ahora ganas dinero. Puedes permitirte las.

Recordaba una postal con letra de mi madre que recibimos Joyce y yo mientras pasábamos la luna de miel en el lago Tahoe. La postal decía que yo comiera ostras dos veces a la semana, para aumentar la fertilidad y las probabilidades de engendrar un varón. Pero no había seguido el consejo porque no me gustaban las ostras. No sentía ninguna animosidad personal contra ellas, era simplemente que no me gustaba su sabor.

—No me entusiasman las ostras, papá.

Casi le dio un ataque. Se dejó caer en el columpio, con la cabeza abatida y la boca abierta. Se secó la frente. Los gatos despertaron bostezando y enseñando la espigada y sonrosada lengua.

—¡María Santísima! Entonces aquí acaba la estirpe de los Fante.

—Creo que es un chico, papá.

—¡Crees!

Me maldijo con una sarta de sonoros vocablos italianos. Escupió a mis pies, se burló de mi traje de gabardina y de mis zapatos náuticos. Sacó del bolsillo de la camisa una colilla de puro barato y se la incrustó entre los dientes. La encendió y

arrojó la cerilla.

—¡Crees! ¿Quién te manda a ti creer? Te lo dije: ostras. Huevos. Yo ya había pasado por eso. Te hablaba la voz de la experiencia. ¿Qué has estado comiendo? ¿Caramelos, helados? ¡Escritor! ¡Bah! Hueles peor que una alcantarilla.

Era mi padre, no había duda. Al final resultaba que no se había achicado. Y la higuera tenía el tamaño que había tenido siempre.

—Ve a ver a tu madre. —Había sarcasmo en su voz—. Ve y cuéntale qué hijo tan apuesto tiene.

El reencuentro con mi madre era siempre la parte más difícil de mis visitas. Mi madre era de las que se desmayaban, sobre todo si la ausencia había sido superior a tres meses. Cuando no llegaban a tres, la situación estaba controlada hasta cierto punto. En estos casos se limitaba a tambalearse y a hacer amagos de derrumbe, pero dándonos tiempo para sujetarla e impedir la caída. Una ausencia de un mes no acarrearía ninguna consecuencia. Lloraba un poco y lanzaba su habitual andanada de preguntas.

Pero en esta ocasión habían transcurrido seis meses y sabía por experiencia que no debía presentarme ante ella de sopetón. La técnica era entrar de puntillas, abrazarla por detrás, anunciarme tranquilamente y esperar a que se le doblaran las rodillas. De otro modo, se quedaba sin aliento, exclamaba «¡Gracias a Dios!» y se desplomaba. Una vez en el suelo, sabía doblar las articulaciones como una masa de gelatina y no había forma de levantarla. Cuando el hijo visitante se cansaba de tirar de ella y de gruñir, se levantaba por su propio pie y se ponía a preparar una cena especial. A mi madre le gustaban los desmayos. Los ejecutaba con mucho arte. Bastaba con que un apuntador cualquiera le diese una entrada.

También le gustaba morir. Un par de veces al año, sobre todo por Navidad, recibíamos un telegrama avisándonos de que mamá estaba agonizando. No podíamos arriesgarnos a que por una vez fuera cierto. Los hijos, desde distintos puntos del Lejano Oeste, llegábamos a toda prisa a San Juan para cuidarla en su lecho de muerte. Durante un par de horas se moría, hacía ruidos de vajilla rota con la garganta, ponía los ojos en blanco, nos llamaba por nuestro nombre conforme daba los primeros pasos por el valle de sombras. De repente se sentía mucho mejor, abandonaba despacio el lecho de muerte y se ponía a preparar una abundante cena a base de raviolis.

Cuando entré en la cocina la vi delante de los fogones, de espaldas a mí. Me acerqué despacio. A medio camino intuyó mi presencia y se volvió lentamente con una espátula en la mano. Pareció sufrir un mareo, una descorporeización, el ascensor quedó fuera de control y fue el instante de vértigo que precede a la caída desde las alturas. Puso los ojos en blanco, empalideció, los dedos se le aflojaron y la espátula

cayó al suelo.

—¡Johnny! ¡Gracias a Dios!

Corrí y cayó en mis brazos; su pelo, del color de las nubes blancas, me bañó el hombro al rodearme el cuello. Pero no perdió el conocimiento. Por lo visto era un infarto. Lo supe en cuanto vi sus temblores y oí sus ásperos jadeos. La conduje con cuidado a la mesa y la senté en una silla. Echó atrás la cabeza, con la boca abierta, sonriendo con valor, el brazo izquierdo colgando como muerto, y se notaba que quería levantarlo y no tenía fuerzas.

—Agua. Agua..., por favor.

Le llevé un vaso y se lo acerqué a la boca. Sorbió con cansancio, demasiado lejos ya, demasiado seca, apenas a unos segundos de la otra orilla.

—El brazo... no siento nada... el pecho... dolor... mi pequeño... el niño... no viviré para verlo...

Cayó de frente sobre el hule de cuadros rojos y blancos. Yo estaba convencido de que no le ocurría nada, pero cuando le volví la cara con suavidad y vi el morado grisáceo de sus mejillas, me dije que aquella vez me había equivocado, y grité llamando a mi padre:

—¡Llama a un médico! ¡Corre!

Aquello la reanimó. Levantó la cabeza.

—Estoy mejor. Sólo ha sido un pequeño ataque.

Entonces me tocó a mí desplomarme de alivio, repentinamente agotado. Me dejé caer en una silla y procuré poner orden en mis dedos mientras sacaba el tabaco. Entró mi padre.

—¿Qué pasa?

Mi madre lucía una sonrisa espléndida. Estaba muy satisfecha de mi preocupación. Ya no podía dudar de mi cariño. Volvía a sentirse fuerte.

—Nada. Nada en absoluto.

Estaba muy contenta. Canturreaba. Se levantó, se acercó a mí, me abrazó la cabeza y me revolvió el pelo.

—Está cansado del viaje. Ponle un vaso de vino.

Mi padre y yo nos comprendíamos. En su garganta hubo un rumor de improperios, apenas audible, cuando abrió la nevera y sacó una licorera de vino. Acercó un vaso y lo llenó. Mi madre nos miraba sonriendo. Mi padre la miró con enfado.

—Déjalo ya.

Los ojos verdes de mi madre se abrieron como platos.

—¿Yo?

—Que lo dejes ya.

Probé el vino. Era excelente, de la cálida tierra de aquellas mismas llanuras,

delicadamente enfriado con hielo. Mamá estaba contenta de verme en su cocina. Vi que enderezaba la columna y cuadraba los hombros. Me quitó el vaso y lo vació de un trago. Entonces se puso a observarme.

—Qué camisa más bonita. Te la lavaré y plancharé antes de que te vayas.

Comimos pimientos con queso de cabra, manzanas saladas, pan y vino. Mi madre le daba a la lengua sin parar, polilla atrapada que consigue soltarse por fin. Normalmente, mi padre le habría calmado los ánimos, pero el hijo estaba en casa y las normas podían saltarse. La cháchara materna acabaría por exasperarle y la polilla volvería al respetuoso silencio de su capullo. Comimos mientras mi madre hablaba y se movía por la cocina, llenando el espacio de astillas de pensamiento. Encima de la nevera zumbaba un ventilador eléctrico que oscilaba en sentido lateral. Parecía seguir los paseos de mi madre, como una cara que la mirase atónita.

Mi madre dijo que:

El invierno había sido frío y húmedo. Las hijas de Stella estaban muy guapas. Había polillas en el armario de la ropa. Había soñado con su difunta hermana Katie. La comida de los pollos se había puesto muy cara. Mi hermano Jim comió tierra de niño. A veces sentía dolores agudos en las piernas. Lavar pañales a la luz de la luna daba mala suerte. Cuando se pierde un objeto, hay que rezar a San Antonio. Los gatos se habían comido unos mirlos. No hay que poner el tocino en hielo. La asustaban las serpientes. Había goteras en el tejado. Ahora había otro cartero. Su madre había muerto de gangrena. El hielo era malo para el estómago. Las embarazadas no deberían mirar ranas ni lagartos. El amor era más importante que el dinero. Se sentía sola.

Apoyó las manos en mis hombros.

—Si escribieras al menos una vez a la semana...

Durante media hora no había dejado de hablar. Era un zumbido de fondo que reconocíamos, pero no escuchábamos. Terminamos los pimientos y mi padre me sirvió más vino.

—Plantasteis la semilla de vuestro hijo en esta casa —dijo mi madre—. En esta misma casa. Fue la noche del ocho de noviembre del año pasado.

Era el primer comentario que se refería a mí. Dejé de comer y la miré. Entonces me acordé. Joyce y yo, es cierto, habíamos estado en San Juan en noviembre. Habíamos dormido en el sofá cama del saloncito. Recordaba muy bien aquella noche. El sofá cama crujía mucho y decidimos no hacer nada. No había habido ninguna concepción aquella noche. Mi madre se equivocaba de medio a medio.

—No, no se equivoca —dijo mi padre.

—¿Por qué estáis tan seguros?

Mi madre sonrió.

—Porque eché sal en la cama.

Mi padre sonrió con picardía.

—Así fue. Sal en la cama. Yo di la orden.

Aquello empezaba a fastidiarme. Los muy engreídos estaban metiéndose en todo. Les dije que no recordaba que hubiera sal. La observación hizo gracia a mi madre.

—Claro que no. La puse debajo de las sábanas.

Mi padre rió por lo bajo.

—Por eso vais a tener un niño.

—¡Sal, y un cuerno! —exclamé.

—De cuernos nada —dijo mi padre—. ¿Cómo crees que naciste tú?

—Por el método habitual.

—Has vuelto a fallar. Sal en la cama. Yo mismo la puse.

Le acerqué mi vaso para que lo llenara otra vez.

—Superstición. Ignorancia.

No quiso llenármelo.

—A mí no me llames ignorancia. Soy tu padre.

—No he dicho que fueras ignorante.

—Exijo un respeto para tu padre. Estás en la casa de tu padre. Y aquí mando yo.

Tenía la cara roja de cólera, me llenó el vaso con mano trémula y derramó algunas gotas. Daba mala suerte derramar el vino. El mal augurio podía neutralizarse haciendo la señal de la cruz con el vino derramado. Es lo que hizo mi madre.

—Tu padre tiene razón —dijo con voz conciliadora—. Aquella noche no teníamos ajo en la casa y utilizó sal. Fue idea suya.

—¿Ajo? —Miré a mi madre a los ojos, ojos grandes y verdes—. ¿Por qué ajo?

—Para ponerlo en el ojo de la cerradura.

—¿Y eso hace que vengan niños?

—No niños en general: chicos.

Me quedé de piedra. Mi padre me miró sonriendo con desprecio.

—¡Mirad ahora al que llamaba ignorancia a su padre! No sabe ni palote.

Me bebí el vino en silencio.

—Con Tony y con Jim hicimos lo mismo —dijo mi madre.

—¿Ajo en la cerradura cuando fueron engendrados?

—Las dos veces —dijo mi padre.

—¿Y con Stella?

Supe la respuesta antes de oírla.

—Nada de ajo, nada de sal, nada de nada.

Siguió hablando y, lógicamente, guardé silencio. Volvió a llenarme el vaso.

—Sólo estudié hasta tercer año —dijo meditabundo—. Pero tú has tenido una buena educación, instituto, dos años de universidad, y todavía eres un crío. Te falta

mucho por aprender.

Yo no era tan ignorante como se figuraba. Había aprendido mucho de mi familia, desde la infancia, un inapreciable acervo de sabiduría que nuestros antepasados de los Abruzos habían transmitido de generación en generación. Pero gran parte de aquel conocimiento me resultaba inútil. Por ejemplo, sabía desde hacía muchos años que la mejor manera de burlar a las brujas era llevar un pañuelo de flecos, porque cuando la bruja te atacaba se distraía contando los flecos y no acababa de pasar a la acción. Y también sabía que la orina de vaca era mano de santo para que a los calvos les saliera el pelo, pero hasta el momento no había tenido ocasión de comprobarlo. Sabía, como es lógico, que el sarampión se curaba con un pañuelo rojo y que con un pañuelo negro se curaba el dolor de garganta. Cuando era pequeño y tenía fiebre, mi abuela me ataba una rodaja de limón a la muñeca; todas las veces me bajaba la temperatura. Sabía igualmente que el mal de ojo producía dolor de cabeza y, cuando llovía, mi abuela me mandaba que saliese y clavara un cuchillo en tierra, para alejar los rayos. Sabía que si dormía con la ventana abierta, todas las brujas de la comunidad entraban en la casa, y que si era obligatorio dormir al fresco, un poco de pimienta negra, espolvoreada en el alféizar de la ventana, hacía estornudar a las brujas y las ahuyentaba. Sabía asimismo que para evitar el contagio cuando se visitaba a un amigo enfermo había que escupir en su puerta. Hacía muchos años que sabía estas y otras cosas, y no las había olvidado. Pero las personas viven y aprenden, y el método del ajo y la sal en el lecho conyugal era algo fuera de lo común. Seguramente mi padre tenía razón: yo no era tan listo después de todo. Pero aún tenía dudas acerca de que el embarazo de Joyce hubiera empezado aquella noche de noviembre, en el sofá cama de mi madre.

La comida había terminado. Mi padre echó atrás la silla.

—Ponte el sombrero.

Yo nunca llevaba sombrero. Era su forma de decir que le siguiera. Salimos al porche y bajamos a la calle. Hurgó en el buzón, sacó una colilla de puro seca y la encendió. El aire estaba tan inmóvil que la nube de humo se quedó a su alrededor y tuvo que aventarla con la mano. El calor condensaba el imponente cielo, azul, vasto e infinito. Hacia el este, Sierra Nevada levantaba sus orgullosas crestas, aún coronadas con la nieve del pasado invierno.

La calle estaba vacía. Diez años antes, San Juan había sido una población activa, con envasadoras, y un centro vinícola importante. La autopista estatal doblaba en ángulo recto en el centro comercial, pero al acabar la guerra se modificó el trazado viario y la autopista bordeó el pueblo y el pueblo se moría lentamente. La autopista discurría ahora por detrás de los melocotonares y los campos de lúpulo, y los turistas pasaban de largo sin enterarse de que al otro lado de los huertos y sembrados había

una comunidad de seis mil habitantes.

—¿Adónde vamos?

Sin responder, echó a andar calle arriba. Dejamos atrás tres pequeñas casas, las últimas edificaciones; después, sólo el asfalto irregular entre cuyas grietas asomaban las malas hierbas y viñedos a ambos lados de la carretera, extendiéndose hacia el norte y hacia el sur, miles de acres de moscatel y Tokay, un mar de verde silencio.

—¿Adónde vamos?

Apretamos el paso hasta que la carretera giró y fue cuesta abajo. Estábamos en las tierras de Joe Muto. Lo supe por la pintura blanca que remataba los postes de su valla. Era la linde del viñedo de Muto, un terreno inculto en el que crecían en desorden las carrascas, los acerolos y los últimos especímenes que quedaban de un pequeño limonar. Todo era silvestre allí, un campo de unas dos hectáreas en el que, por la razón que fuese, Joe Muto no había plantado cepas. Mi padre se detuvo ante aquel despliegue de confusión verde y parda y lo abarcó con el cigarro.

—Ahí está.

Echó a andar entre los matojos y fui tras él. Se detuvo en el centro del campo, en una elevación desde la que se veía bien todo el terreno, y abrió los brazos.

—Aquí lo tienes. Con esto es con lo que sueño.

Se inclinó para arrancar un puñado de amapolas silvestres. Salieron con raíces y todo, y con negros y tenaces grumos de tierra adheridos. Estrujó las raíces y la tierra cálida y húmeda formó una bola dentro de su puño.

—Aquí crece todo. Plantas el palo de una escoba y crece.

Vi por dónde iba su pensamiento.

—¿Te gustaría que fuera tuyo? ¿Quieres comprarlo?

—No para mí. —Sonrió y dio una patada en el suelo—. Será para el niño. Aquí es donde vivirá. Exactamente aquí. —Dio otra patada—. Con esto es con lo que sueño. Tú, la señorita Joyce y la criatura. Tu madre y yo en la misma carretera, pero más abajo. Un sitio espacioso. Dos hectáreas. Para vosotros. Para vuestros hijos.

—Pero, papá...

—No hay peros que valgan. Soy tu padre. Esa basura que escribes, ¿te da dinero?

—Tengo un poco.

—¿Tienes dos mil dólares?

—Sí.

—Cómpralo. He hablado con Joe Muto. Somos paisanos. Sólo me lo venderá a mí.

¿Qué podía decirle a aquel hombre, mi padre? ¿Qué podía replicarle a aquel rostro agrietado por el trabajo, endurecido por los años, dulcificado ahora por sus proyectos fantásticos y que se comportaba como si viviera dentro de ellos? Yo veía el cielo azul y los viejos limoneros, y los hierbajos que gemían a sus pies como un

antiguo amor; él ya veía a sus nietos respirando aquel aire a pleno pulmón, revolcándose en la hierba, alimentados por la tierra con la que soñaba.

¿Qué podía decirle a aquel hombre? ¿Que ya había comprado una casa en aquel crisol de perversiones que llamaban Los Ángeles, en una travesía de Wilshire Boulevard, una parcela de quince metros por cuarenta y cinco, infestada de termitas? Si se lo hubiera dicho, la tierra me habría tragado y el mundo se me habría caído encima.

—Deja que lo piense, papá. Veré lo que puedo hacer.

—Voy a enseñarte otra cosa.

Volvimos a la carretera, yo detrás de él, preguntándome cómo darle la noticia... Porque habría que hablarle de la casa de Los Ángeles. Habría tenido que decírselo hacía mucho. No se lo había ocultado deliberadamente. Sencillamente, había olvidado decírselo, sólo eso.

Volvimos a la casa y percibí su alegría. Encendió un puro entero y me condujo al pie de la higuera, donde estaba el tonel y encima de éste la caja de dibujo. Allí estaban los planos de la casa que pensaba construir en aquel terreno.

Los planos eran soberbios. Iba a ser una casa de piedra, había piedra de sobra en un campo no muy lejano. Tendría tres chimeneas, una en la cocina, otra en la sala y otra en el exterior. Iba a ser un rancho en forma de L, una casa de una sola planta y con tejado de tejas.

—Durará mil años —dijo—. Mira, paredes de treinta centímetros, rellenas de barras de acero.

—Estupendo.

—Os la construiré gratis. Tú me ayudarás. Yo ya cobro una pensión. No necesito más.

—Sí. Estupendo, papá.

Sí, sí y sí. Hasta que me detalló la función de la última piedra y la última viga, hasta que desbordó de felicidad, chupando puro y bebiendo vino. Entonces, la brisa que venía de los verdes mares de cepas refrescó la tarde. Mi padre, con tanto hablar, había acabado por tomar asiento. Recogió los proyectos, apagó el puro, dejó la colilla en la horcadura de la higuera y se estiró en el columpio. Su rostro irradiaba una gran paz. Era el hombre más feliz del mundo. Cerró los ojos y se durmió. Si hubiera muerto en aquel momento, habría ido derecho al paraíso.

Un rasgo propio de mi madre era que nada de cuanto yo hiciera la alteraba. Si hubiera ido a la cocina para decirle que acababa de rebanarle el pescuezo a mi padre, habría respondido: «Lástima..., ¿dónde está?».

La vi sentada a la mesa, pelando guisantes. Era muy fácil hablar con ella; se esforzaba por comprender incluso lo que no entendía. Me senté con ella y le expuse

todo el asunto de la casa de Los Ángeles. No oí reproches; no emitió ni un suspiro, no chascó la lengua, no me sermoneó con lo que debería haber hecho. Peló guisantes y escuchó en silencio mientras le contaba por qué estaba en San Juan y que, dadas las circunstancias, tenía miedo de decirle a mi padre que ya era propietario de una casa.

—Yo se lo diré. No te preocupes por eso.

Pero yo no quería estar cerca cuando se lo dijera.

—Me voy a dar un paseo por el pueblo.

—No te preocupes.

Me levanté para irme. Me detuvo. Algo la inquietaba.

—Tú y Joyce, ¿dormís a la americana? —Quería decir en camas separadas.

—Ahora que está embarazada, dormimos a la americana.

—Qué vergüenza. El niño no te conocerá.

—Nos haremos amigos cuando nazca.

—Dormid a la italiana. No comprendéis a los niños. Están muy solos en la matriz.

Ahí no tienen a nadie. Necesitan a su padre.

No quise discutir con ella aquel tema.

—Volveré a las siete. Cuéntaselo todo a papá en cuanto se despierte.

Estaba a cinco manzanas del centro. Recorrí las conocidas calles sombreadas por los olmos y los solares que ya cruzaba cuando tenía catorce años. Fue cuando llegamos a San Juan, huyendo de las nieves de Colorado y de los tiempos difíciles. Vi a muchos antiguos conocidos y todos estaban al tanto de lo del niño. Mi padre había estado en todas partes las últimas semanas, difundiendo la noticia. Me gritaban felicitaciones y expresiones de buenos deseos desde los porches delanteros, y me preguntaban por Joyce, que era de San Juan; sus padres yacían en el cementerio local. La gente me detenía en la calle, me daba fuertes apretones de mano, me gastaba bromas sensibleras y se alejaba riendo. La paternidad impresionaba mucho en San Juan. Me sentí importante. Allá en Los Ángeles también había muestras de interés y preocupación, pero no por la esposa y el niño, sino por mi solvencia para pagar las facturas del hospital. Cuando nuestros amigos supieron que Joyce estaba embarazada, más que alegrarse, se quedaron consternados.

Vagabundeé durante dos horas, tomé una cerveza en el Tuscany Club y jugué al billar con Reed Walker en el Sylvan Oaks. Reed era el jefe de correos; había sido pretendiente de Joyce en el instituto. Todas las personas que vi aquella tarde sabían lo del niño, incluso Lou Sing, que vivía en los descoloridos edificios de ladrillo que formaban el barrio chino de San Juan. Nos sentamos a la puerta de su herboristería y jugamos al ajedrez mientras sus muchos hijos gritaban y jugaban en la calle. A las siete aún era de día.

Se encendieron las luces de la marquesina del Cine San Juan.

De repente me sentí poseído por el espíritu de Joyce y la eché de menos. La culpa

la tenía el pueblo, saber que había jugado de pequeña en aquellas calles, y dentro de mí creció un imperioso y oscuro deseo. Localicé un teléfono público y la llamé. Le dije que mi misión había fracasado y que volvería lo antes posible. Me preguntó por el pueblo, por su aspecto.

—¿Recuerdas el pimentero del patio de mi madre? ¿Sabes si sigue allí? ¿Lo han talado?

Le dije que pasaría a verlo.

—Al pie de aquel árbol está enterrada mi primera muñeca. La mataron a cuchilladas, los indios le arrancaron la cabellera.

—Una muerte horrible.

—Le habían aplastado la cabeza. Fue el perro. No sabes cuánto lloré.

Colgué y bajé por Lincoln Street hasta la casa donde Joyce había vivido de niña. La habían demolido hacía años y el ayuntamiento reservaba el solar para estacionar excavadoras, palas mecánicas y equipo de reparación de vías públicas. El pimentero seguía allí. Me acerqué a él y toqué el tronco. Añoraba mucho a mi mujer. Las hormigas correteaban por la corteza. Así dos variedades rojas, me las metí en la boca, las mastiqué y me las tragué. Volví andando a casa de mi madre.

Mi padre se había ido. La mesa de la cocina estaba puesta, con cubiertos para tres. Mi madre rezaba el rosario junto a la ventana. El ocaso oscurecía la habitación. Me sonrió sin palabras, dándome a entender que había hablado con mi padre. Esperé a que terminara de pasar todas las cuentas. La cena se calentaba en el horno: hígado con tocino, guisantes fritos con cebolla, espinacas y queso. Lo probé todo, bebí un vaso de vino y aguardé. Pasó la última cuenta, besó la cruz y se guardó el rosario en el bolsillo del delantal.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Ni una palabra. Y se ha ido.

—¿Dónde está?

Elevó los ojos al techo y meció la cabeza. Mi padre estaba en el pueblo, bebiendo para olvidar sus congojas.

—No se lo reprocho, mamá.

—Se ha llevado diez dólares.

—¿Y eso qué importa?

—Tomará brandy. Se lo gastará todo.

—Perfecto. Él se lo ha buscado.

—Pero si no estoy preocupada. He rezado el rosario. Estará bien. Pero se gastará los diez dólares.

Saqué la billetera y le di cinco billetes nuevos de veinte dólares.

—No puedo aceptarlo —dijo—. Lo necesitarás para el niño. —Cogió el dinero y

se lo guardó en la blusa—. No debería aceptarlo. No sé cómo se me ha ocurrido.

Yo conocía perfectamente la suerte que esperaba a los cien dólares. En cuanto me fuera del pueblo se los mandaría por correo aéreo a mi hermano Jim, que lo estaba pasando mal en Susanville.

Me sirvió la cena. Me dejó comer tranquilo, totalmente callada, y como las vi venir, me preparé. Como si me hubiera leído el pensamiento, se puso a hacerme cucamonas, esas cucamonas que saben hacer las madres y nos dejan indefensos. Se ponía detrás de mí y me revolvía el pelo. Me acariciaba las orejas. Se apoyaba en mis hombros y me frotaba el pecho. Yo siempre respondía buscando algún objeto, para liberarme de cada nueva presa. Por último, me asió la mano izquierda y me exploró los dedos. Quise apartar la mano con suavidad, pero no la soltó y me besó las falanges. Sentí una profunda piedad por ella, por todas las mujeres con aquella devoradora pasión maternal. Vio entonces en mi cuello la cicatriz del arañazo que me había hecho un gato cuando era niño y aquello precipitó una nueva faceta de su añoranza, porque corrió al baúl de su dormitorio, y supe lo que se avecinaba, una foto mía de cuando tenía seis meses, con los ojos saltones, desnudo y sentado en un pedestal cubierto de terciopelo. Me levanté de un salto.

—Por favor, mamá. Por el amor de Dios, eso no.

Puso la foto a buen recaudo y recogió la mesa. Bebí vino, miré el reloj del horno y leí el *Sacramento Bee*. Mi madre se dirigió al gallinero con un colador grande en la mano y volvió con tres huevos. Apartó uno en concreto y me lo llevó a la mesa.

—Tócalo. Está caliente, es el calor de la gallina madre.

No quise tocarlo. Caliente o frío, no quería tener ninguna relación con él.

—Tócalo y verás qué agradable es y qué caliente está.

No pensaba hacerlo y me limité a mirarlo. El huevo me devolvió la mirada como un ojo blanco, melancólico, estúpido.

—Te vendrán bien. Tienes que comer muchos huevos.

—Llévatelo. Ponlo en otro sitio.

Los minutos pasaban. Miré el reloj, aguce el oído por si se oían pasos en el patio. Era estupendo volver a ver a la familia, pero yo quería irme ya. Aunque el vuelo que había reservado era para el día siguiente, y había comprado un pasaje para mi padre, tenía intención de irme aquella misma noche. Era responsable de la desdicha de mi padre. Lo mejor era irse y esperar que el tiempo y la distancia arreglasen las cosas.

Mi madre había deshecho mi equipaje por la tarde. Se puso a inspeccionar otra vez el contenido. Quiso saber el precio de todo. Sacó del armario el pantalón de repuesto y lo dejó en la mesa. Examinó los dobladillos, los fondillos, la cremallera. En la parte delantera había una mancha de comida. La descubrió lanzando una exclamación.

—Pero ¿qué espanto es éste?

—No te preocupes, mamá. Mételo en la bolsa.

Extendió el pantalón y empezó el revuelo. Fue por un paño, jabón y agua y se puso a frotar la tela.

—No sé qué podrá ser.

—Por favor, mamá. Déjalo.

—No se va.

Siguió investigando. Me levanté y le quité el pantalón.

—Lo llevaré a la lavandería.

—Eso cuesta dinero.

—No importa.

—¿No cuida Joyce de tu ropa?

—Claro.

—Llevarlo a la lavandería. Eso es vivir a la americana.

Salí al porche y me senté a la luz de la luna. Las estrellas flotaban a baja altura y estaban frías. Hacia el este, a unos cincuenta kilómetros, brillaban las blancas cumbres de Sierra Nevada, materia estelar, lejana y solitaria. Un avión de pasajeros rasgó el cielo zumbando, con luces destellantes verdes y rojas. Echaba de menos a mi mujer y estaba preocupado por mi padre. Eran las diez. A medianoche salía de Sacramento un avión para el sur. Me decidí: buscaría a mi padre, lo traería a casa y tomaría el avión.

Entonces apareció un vehículo de faros titubeantes traqueteando por la carretera. Era el viejo Ford de Joe Muto, con él al volante. Se detuvo delante de la casa. Bajé de la valla y me acerqué a saludarlo.

—¿Buscas a tu padre? —dijo.

—¿Lo ha visto?

—En mi terreno. Ahora mismo. Creo que ha bebido demasiado.

Subí al camión, dio la vuelta y fuimos dando tumbos por la accidentada carretera que había recorrido con mi padre horas antes.

—Lo oí por ahí —dijo Joe—. Creo que está muy mal.

Bajamos la pequeña cuesta donde el camino doblaba a la izquierda y llegamos al campo sin cultivar. Frenó y descendí. Todo era claro y distinto a la luz de la luna. Las ranas y los grillos llenaban el aire con llamadas de apareamiento. Entonces lo vi. Estaba sentado al pie de un viejo limonero, con una botella en la mano. Si me vio, no me hizo caso. Joe Muto se quedó en el camión y avancé entre los silbantes hierbajos.

Mi padre hablaba consigo mismo.

—No te preocupes por tu abuelo. No es tan viejo como piensan. Tendrás tu casa, pequeño. Tu abuelo no ha muerto todavía. Todos quieren matar a este viejo, pero tu abuelo aún no está acabado.

Apreté los dientes para contener el dolor.

—Papá.

Me vio delante de él y lanzó la botella a los matorros. Volvió la cabeza hacia el árbol y lloró a mares, derramando lágrimas amargas. No podía acercarme. Joe preguntó desde el camión si todo iba bien. Volví a la carretera, pisando entre las matas.

—Está perfectamente. Ya me lo llevaré yo.

—¿Te has peleado con tu viejo?

—Siga su camino. Nada de peleas. Gracias.

Se alejó. Me senté en la cuneta a esperar y encendí un cigarrillo. Me sentía impotente. Unos veinte minutos más tarde apareció andando con pesadez entre los matorros. Sabía que me había quedado. No se sorprendió al verme.

—Vamos a casa —dijo.

Estaba sobrio y pisó la calzada dando un profundo suspiro. Anduvimos juntos y en silencio. La noche era cálida y suave. Hacia el norte se veía brillar la gran cúpula dorada del parlamento del estado. Estaba enmarcada por una neblina roja que manaba de las luces de la capital.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Yo? Estoy acostumbrado. Algún día serás viejo, y tendrás hijos, dentro de treinta y cinco o cuarenta años. Puede que te acuerdes de lo que tu padre te dijo esta noche: te matan todos los días.

—Qué pena.

No dijo nada más durante un rato. Ya estábamos cerca de casa. La luz estaba encendida e iluminaba el porche delantero. Vimos a mi madre, con un chal sobre los hombros, buscándonos.

—¿Qué hacen esas termitas en tu casa? —dijo mi padre.

—Lo que suelen hacer las termitas.

—¿No mandaste inspeccionarla antes de comprarla?

Se lo conté.

—¿Por qué no vienes, papá? Podrías ayudarnos. Te he comprado un pasaje de avión.

—No pienso subir a un avión. No, señor.

—¿Vendrás? Iremos en tren.

—Tren sí, avión no.

—Estupendo, papá. Maravilloso.

Así pues, vendría a mi casa para arreglarla. También quise que viniera mi madre, pero ella decretó que se quedaría para cuidar de los gatos y los pollos. Los trenes le daban pánico y se sentía muy a gusto en su casa. Sólo había montado en tren una vez en toda su vida. Fue en el verano de 1912, un viaje de novios de cincuenta

kilómetros, de Denver a Colorado Springs. Mi familia no llegó a California en tren. Cargamos en el camión de mi padre todo lo que cupo en él y fuimos por la Autopista 40 hasta llegar a San Juan.

Mi padre, en cambio, era todo un veterano de los viajes en tren. Ya había viajado en tren en 1910, cuando fue de Colorado a Nueva York y recorrió todo el trayecto en un vagón de ferrocarril. No fue su último viaje en tren. Tres años más tarde, él solo, subió al cercanías de Denver a Boulder, cincuenta kilómetros. A continuación hizo el viaje de novios con mi madre a Colorado Springs. Con estos antecedentes, hacía gala de una elegante arrogancia en cuestiones ferroviarias. En los últimos tiempos (dos o tres veces al año) subía a los trenes de cercanías para ir a Sacramento y volver. Los trenes no le daban ningún miedo a aquel hombre.

El tren de Los Ángeles (el Expreso de la Costa Oeste) salía de Sacramento todos los días a las seis. Mientras desayunábamos resolvimos tomar el de aquella tarde. Le pedí el coche a mi cuñado y fui a Sacramento para hacer los preparativos. Cancelé las reservas aéreas y conseguí un hueco en el expreso. Casi todas las plazas estaban ocupadas, pero al final me hice con un par en el coche cama. Quería que el viejo estuviera cómodo y le cedí la litera inferior.

Una hora antes de la salida del tren ya estaba otra vez en San Juan. Stella había llegado con sus hijas y su marido, Steve. Mi padre estaba acicalado y listo para partir. Se había puesto lo más variopinto que había encontrado: camisa negra, corbata blanca, un peto azul y encima una chaqueta cruzada marrón. La chaqueta era parte de un traje que le había regalado yo el año anterior. En realidad, tenía el armario lleno de trajes y abrigos que le regalábamos sus hijos, porque teníamos la misma talla que él. Tenía, pues, cuatro o cinco trajes de vestir, cualquiera de los cuales habría sido ideal para el viaje.

—¿Y el peto? —pregunté.

Se miró.

—¿Qué le pasa?

—¿No tienes el pantalón del traje?

—No me gusta.

Se sentó a la mesa de la cocina, afeitado y empolvado, y con la raya del pelo limpiamente trazada. El recio cuello que sobresalía de la camisa parecía hinchado a causa de la opresión de la corbata. Pese a todo, tenía ese aspecto inconfundible del hombre a punto de emprender un largo viaje.

—Es un terco —dijo Stella—. No quiere parecer aseado y elegante.

—Soy aseado. Lo que llevo puesto está limpio y recién lavado.

—¡Pero un peto para viajar en tren!

—Ya viajaba en trenes antes de que tú nacieras. No tienes nada que enseñar a tu padre en cuestión de trenes.

—Es absurdo ir por ahí como un viejo albañil.

—¿Qué tiene de malo ser albañil?

—¿Y el traje gris? —dije—. Para el tren sería más fresco.

Se puso en pie con la cara roja de ira.

—¿Quieres que vaya? ¿Quieres que te ayude en la casa?

Claro que quería.

—Entonces no me digas cómo he de vestir. No eres tan listo, no lo olvides.

¡Comprar una casa con termitas!

Aquello puso fin a la discusión. No quería que se me escapara.

Su equipaje estaba en la puerta, dos maletas de cuero de imitación, con manchas de pintura y atadas con cuerdas, más el petate de las herramientas. Mientras nosotros discutíamos, mi madre había preparado una caja de cartón que en otro tiempo había contenido latas de leche condensada. Me acerqué a ver qué hacía. El paquete era para mí, para que me lo llevara a Los Ángeles. Contenía cuatro tarros de tomate y otros cuatro de mermelada de higos, todo envasado en casa. Además vi un queso de cabra y un pastel de chocolate recién hecho.

—Los pasteles de Los Ángeles no son buenos —dijo.

Ignoraba de dónde había sacado aquella información, pero no repliqué. Me enseñó un manojo de albahaca recién cortada del jardín, atado con una cinta de cuyos extremos colgaban sendas medallas de plomo de la Virgen María.

—Es para que el niño nazca vivo. Cuélgalo todas las noches a los pies de vuestra cama.

Le dije que no lo olvidaría.

Mi padre llegó con un rollo de cuerda y ató el paquete. Mi madre me condujo al fregadero para hablarme confidencialmente. Abrió un cajón lleno de especias, sacó un diente de ajo y lo peló con la uña. Lo besó y me lo introdujo en el bolsillo superior de la chaqueta.

—Llévalo ahí todo el tiempo, de día y de noche. Nunca vayas sin él.

—Ya lo sé. Hace que sean chicos.

Sonrió con condescendencia y se frotó las manos.

—A mí me da igual. Chico o chica, será mi nieto o mi nieta y recibirá de mí el mismo afecto. Pero tu padre quiere un chico. El ajo es para complacerle a él.

El penetrante tufo del ajo me perforaba las fosas nasales y estaba claro que me impregnaría toda la ropa si no me desprendía de aquel bulbo enseguida. Ya era hora de irse.

Steve y mi padre cargaron el equipaje. Oí claramente en una maleta el gorgoteo de vino envasado. Mi madre me acompañó al coche, pero no me vio sacar el ajo del bolsillo ni tirarlo entre los sarmientos. Ni ella ni Stella nos acompañarían a la estación, por las niñas.

Mi padre se despidió de las dos pequeñas y luego lloró un poco con mi madre, a la que dijo que no olvidara echar perejil a la comida de los gatos cuando apretara el calor. Mi madre hacía de tripas corazón y luchó como una leona para no desplomarse cuando nos abrazamos y nos dimos el beso de despedida. Steve dio la vuelta al coche, tocó el claxon, saludamos con la mano y mi madre se vino abajo. Cayó limpiamente en la carretera, con la espalda contra la valla, cuando el coche se alejaba ya. Stella estaba junto a ella, totalmente impertérrita, despidiéndonos con la mano, y mi madre parecía no ser consciente de nada, con la cabeza caída sobre el pecho y agitando la mano, hasta que se sumergió en el polvo. Nos habríamos detenido para resucitarla, pero andábamos escasos de tiempo y mi padre estaba deseoso de establecer contacto con el tren.

—No le pasa nada. Sigamos.

Doblamos la esquina y los neumáticos pasaron del estrépito a la monotonía cuando pisaron el magnífico firme de la autopista de Sacramento. Suspiré de alivio y busqué el tabaco. Toqué algo caliente y pegajoso. Saqué un diente de ajo. Estaba en mi palma, pelado, blanco y feroz. Lo habría tirado, pero mi padre también lo miraba.

—Muy bien —dijo—. Ahora nos entendemos. Yo llevo otro.

Sacó un monedero de compartimientos múltiples. En uno había un diente de ajo. Mi cuñado también lo vio.

—No funciona —dijo—. Stella y yo lo hemos probado ya; dos veces.

Era la primera vez que viajaba en tren con mi padre y fue una pesadilla. Desde el momento en que nos despedimos de Steve y entramos en la estación, comenzaron los problemas. Llevábamos cinco bultos: el petate de mi padre, sus dos miserables maletas, la caja de cartón con las conservas caseras y mi bolsa de viaje. Sólo el petate pesaba casi veinticinco kilos, pues contenía cinceles, martillos y otros útiles de acero. Tres mozos de estación que nos vieron forcejear corrieron a ayudarnos. Saqué los billetes y uno se puso a rellenar los correspondientes recibos. Mi padre estaba atónito.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieren?

—Este caballero llevará los bultos a nuestro vagón.

—¿Tendremos que pagar? ¿Cuánto?

Cincuenta centavos me parecía razonable.

—¿Estás loco? Ya lo hago yo, y gratis.

—Escucha, papá. Las cosas se hacen así. Faltan kilómetros para llegar al tren.

No cedió. Indicó al mozo que se apartara.

—Llevo dos garrafas de vino en la negra. Me las rompería.

—Tendré cuidado, señor —dijo el mozo.

—Que no.

—Por favor, papá. Deja que lleve por lo menos las herramientas.

—Ahí dentro hay una llana que tiene cuarenta años. Esas herramientas me costaron doscientos dólares.

—Lo que usted diga, señor —dijo el mozo sonriendo.

Le di las gracias.

—Nos arreglaremos —dije—. Tenga.

Le lancé una moneda de veinticinco centavos. La atrapó en el aire, me sonrió y se fue. Mi padre no daba crédito a sus ojos.

—¿Le has dado dinero? ¿Por qué?

—Porque también tiene que comer.

Eché a correr detrás del mozo, gritándole vuelva, vuelva aquí, oiga. El mozo volvió, sorprendido y sonriente. Mi padre le señaló los bultos.

—Llévelos; todos menos éste.

Sacudió una maleta, oyó la alegría gorgoteante del vino embotellado y pareció satisfecho. El mozo rellenó recibos por los bultos restantes y los cargó en la vagoneta de los equipajes. Mi padre supervisó la operación.

—No pierda las herramientas. El nivel me costó veinte dólares.

—Tendré cuidado, señor.

Pero mi padre seguía con la mosca detrás de la oreja.

—Ya tuve problemas con esta gente cuando vine de Nueva York.

Bajamos por el paso subterráneo y nos unimos al torrente de viajeros que fluía hacia los andenes. Fue un paseo sin prisas, pues aún faltaban diez minutos para la salida del Expreso de la Costa Oeste. De repente llegaron alborotando por el pasillo unos seis marineros que corrían como desesperados para subir al San Francisco Limited. Su prisa resultó contagiosa y muchos de los que iban andando echaron a correr también. Entre ellos, mi padre. Trotó por el pasillo zarandeando la maleta y diciéndome que me diera prisa. Aceleré el paso, pero no tanto como él. Lo vi a lo lejos delante de nuestro tren, tratando de subir por la primera puerta abierta. Un guardafrenos se lo impidió. Discutían a grito pelado cuando llegué, el guardafrenos repitiendo que no era nuestro coche y mi padre replicando que daba lo mismo. Nuestro coche era el 21, que estaba en la cola. No dejó de murmurar por el camino sobre la insensatez de los procedimientos ferroviarios, sobre lo mucho que habían cambiado las cosas desde el viaje de Nueva York, sobre lo mucho que habían empeorado.

—Coche 21. Coche 81. ¿Qué más da? El tren es el mismo y todo él va a Los Ángeles.

Quise explicárselo, pero me interrumpió.

—Hijo, he viajado en trenes desde antes de que tú nacieras. Incluso desde antes de conocer a tu madre. ¿Qué vas a enseñarme tú de trenes?

Subimos al coche 21. El mozo llegó al mismo tiempo; la oscura piel se le cubrió de sudor cuando bregó con el petate de las herramientas. Mi padre se sentó y encendió un puro. El encargado del coche 21 llegó en el acto e informó a mi padre de que sólo se podía fumar en el servicio de caballeros. Mi padre frunció el ceño y apagó el puro.

—Pero ¿qué clase de tren es éste?

—El servicio de caballeros está al final del vagón —dijo el encargado. Era sesentón, tenía el pelo blanco y muchas arrugas alrededor de los ojos. El mozo de estación volvió con el resto del equipaje. Se limpió la frente y sacó la lengua.

—Necesita un trago —dijo mi padre.

—Nunca rechaces un trago —dijo el mozo riendo.

Mi padre desató las cuerdas de la maleta negra y la abrió. Contenía dos garrafas de cuatro litros de clarete, envueltas en toallas. Había otro envoltorio en la maleta, un talego. Miré dentro. Había dos panes redondos hechos en casa y un queso de cabra del tamaño de un balón de fútbol. En el fondo vi un salami de treinta centímetros, manzanas y naranjas.

—¿Para qué es todo esto?

—Hay que comer, ¿no? —dijo con sequedad.

El mozo estalló en carcajadas.

—Tiene razón. El hombre debe comer en el tren.

Aquello gustó a mi padre. El mozo no era tan mal tipo, después de todo. Le sonrió con simpatía y la cara se le amorató mientras trataba de desenroscar el tapón de la garrafa.

—Yo lo he visto a usted antes —dijo—. ¿No cargaba capazos en Denver, Colorado, en el 22 o el 23?

El mozo estaba contentísimo.

—No, señor, no era yo. Yo sólo sirvo para cargar equipajes.

Mi padre abrió la garrafa. Al alargársela al mozo, la toalla se desprendió y la garrafa quedó totalmente a la vista, rojo sangre, escandalosa, como una bomba. El mozo dio un respingo.

—Será mejor ir al salón de fumadores.

Mi padre fue tras él con la garrafa en brazos, como si fuera una criatura, y al llegar al final del vagón entraron como flechas en el servicio de caballeros. El coche 21 se llenó enseguida. Los viajeros que cruzaban el pasillo torcían el gesto al ver la maleta abierta, la caja atada con cuerdas, el petate con manchas de mortero. Era comprensible: aquellos bultos restaban glamour al coche 21 y justificaban las censuras de los demás. Distinguí las carcajadas del mozo de estación en el servicio de caballeros. Cerré la maleta y decidí unirme a ellos.

El mozo estaba entre mi padre y el encargado del coche, haciendo las presentaciones.

—Caballeros, van a verse mucho en este viaje. Señor Randolph, permítame presentarle a mi buen amigo el señor Fante.

Mi padre le estrechó la mano.

—¿Randolph? —dijo—. ¿Randolph? ¿Ha cargado usted capazos, señor Randolph? ¿Allá en Boulder, Colorado, en 1916, 1917?

—¿En 1916? No, señor. Pero tenía un primo. Y ese cargaba capazos. En Montgomery, Alabama. Hace mucho.

—Ése es —dijo mi padre—. Me parece.

El mozo volvió a reír. El señor Randolph bebió larga y expertamente, apoyando la garrafa en el codo. Se relamió al pasársela a mi padre, que la empinó con cariño y se la alargó al mozo.

—Señor Randolph —dijo mi padre—, el problema de los blancos de este país...

No le dejé continuar. De pronto me dije que ya estaba harto de payasadas. Tomar un trago con otra persona no tenía nada de malo, pero cada cosa a su hora, y me parecía que el espectáculo que representaba aquel viejo correteando por un vagón de tren con una garrafa de vino y agasajando a los empleados era llevar las cosas demasiado lejos. Además, vestía un peto que no tenía que haberse puesto.

Lo llevé a nuestros asientos mientras el tren salía de la estación. Se sentía humillado y guardaba silencio. Metió una garrafa en la maleta y dejó la otra a mano,

debajo del asiento. Los restantes pasajeros del vagón, hombres y mujeres bien vestidos, ya estaban enterados de la existencia de la garrafa roja, que quedaba a la vista de todos cada vez que mi padre daba un trago.

—Hijos..., bah —murmuraba.

—Oodian a su padre...

—Se avergüenzan de su propia sangre...

—Más vale estar muerto. Enterrado. Olvidado...

—He trabajado como un burro toda la vida. Mi propia sangre me maltrata...

—Siempre preparado para acudir, para cumplir con mi deber...

—Te haces viejo y te echan...

Se le oía perfectamente. Tenía la voz lo bastante aguda para que la oyera la mayoría. Me sentía fulminado por las miradas de los demás viajeros, que habían vuelto la cabeza y a mí me observaban con horror y a mi padre con piedad. El señor Randolph no mejoró la situación. Con solicitud conmovedora, buscó un cojín para mi padre, le sonrió con ternura, le preguntó cómo se sentía.

—Tómeselo con calma, señor Fante. Que tenga un buen viaje. Cualquier cosa que le apetezca, no tiene más que llamar al timbre. Tiene usted amigos en este tren. Muchos amigos.

Los ojos de mi padre se humedecieron.

—Procuraré soportarlo, señor Randolph. No quiero causar molestias a nadie. Hay muchas personas simpáticas en el tren. Señoras y caballeros elegantes. Hago lo que puedo.

Me mordí las uñas y guardé silencio. Un camarero recorrió el vagón anunciando la cena con una campanilla. Más oportuno, imposible. Puse la mano en el hombro de mi padre.

—Anda, papá. Vamos a cenar.

—Estoy bien, hijo. Ve tú. No quiero causarte más problemas. Yo tengo la cena aquí. Para que no gastes dinero, hijo.

Una cosa estaba clara: yo no quería cenar salami, queso de cabra, pan y vino. Mi idea inicial había sido un par de martinis secos y un filete con una buena ensalada. Ahora únicamente me apetecía un café solo y una oportunidad para alejarme un rato. Una docena de ojos fríos me vio trotar por el pasillo, hacia el restaurante, que estaba cuatro vagones más allá.

La distancia fue mágica. Recuperé el hambre. Tomé dos Manhattan y un filete pequeño. Cuando el tren salió de Stockton me sentía otra vez de primera y me quedé a tomar otro café. Había caído la noche. Los pueblos del valle de San Joaquín pasaban uno tras otro, como ráfagas engalanadas con las luces de la ciudad. El camarero me entregó la cuenta. Metí la mano en el bolsillo y saqué un objeto blando y blanco entre las monedas. Era otro diente de ajo. Despedía un olor salvaje y

penetrante, limpio y corrosivo. Lo dejé caer en un vaso de agua.

Al levantarme para irme llegó el jefe de tren pidiendo billetes. Inspeccionó el mío.

—Ah —dijo—. Es usted el hijo del viejo.

—No ha querido cenar —barboté—. Quiero decir que se había traído comida.

Me miraba con los labios apretados, sin tomar partido. Cortó el billete y me devolvió la matriz. Tenía los ojos fríos como ostras.

—Honrarás a tu padre y a tu madre —dijo.

—No me gusta el queso de cabra.

Torció la boca. Me detestaba.

Mientras tanto, en el coche 21, mi padre rompía el corazón de los viajeros. Lo vi invitando a compartir su sencilla cena de pan, queso y salami, regada con ocasionales sorbos de vino. Comía con formalidad afectada, como un caballero a la mesa. Tenía la navaja abierta en el muslo y la comida repartida en el asiento delantero. El señor Randolph le había llevado una servilleta y estaba encorvado en el pasillo, escuchando a mi padre con ojos tiernos. Mi padre contaba lo mal que lo había pasado de joven allá en los Abruzos; que había tenido que ponerse a trabajar a los diez años y fue aprendiz de un albañil cruel que le pagaba tres centavos al día y encima se los robaba; que su propia madre acudía a la finca del duque de los Abruzos y le ayudaba a subir pedruscos por una escalera, hasta el andamio. Era una historia trágica y real como la vida misma, pues la había oído muchas veces en otra época; en realidad, había crecido oyéndola; un cuento de miseria campesina que hacía derramar lágrimas de sangre; y los que se sentaban cerca de él en el coche 21 estaban profundamente conmovidos por las palabras de aquel sencillito anciano que se contentaba con morder pan, queso y salami, mientras el hijo se atracaba de manjares exquisitos.

Me senté junto a él, abatí los hombros y deseé tener un sombrero para taparme la cara. Mi padre, con voz humilde y rebotante de agradecimiento, se dirigió al señor Randolph y a todos los que escuchaban.

—Pero Dios Todopoderoso ha sido bueno conmigo. Soy ciudadano americano. Lo soy desde hace veinticinco años. Tengo cuatro hijos estupendos. Los eduqué y los repartí por todo este gran país que es nuestro. América es un lugar maravilloso. Bueno con todos nosotros. Dios bendiga a los Estados Unidos de América.

Un hombre corpulento con traje de mezclilla se acercó por el pasillo y le ofreció un puro. Era un puro caro, con funda en forma de tubo. Mi padre lo aceptó con dignidad sencilla, doblándose por la cintura.

—Gracias, señor. Lo guardaré para cuando nazca mi nieto. Es demasiado bueno para fumarlo ahora.

Era conmovedor. El hombre del traje de mezclilla miró a su corpulenta y rubia esposa, cuyo pecho subía y bajaba, cuyo rostro irradiaba ternura. Murmuró algo y el

hombre del traje de mezclilla sacó otro cigarro. Mi padre se quejó alegando que era demasiado, demasiado pero dejó que lo obligaran a aceptarlo. El señor Randolph lo invitó a volver al servicio de caballeros para consumir el regalo, y mi padre accedió. Apartó pulcramente el pan, envolvió el salami en un trapo de cocina y metió el queso de cabra en el talego. No tiró ni una miga. Cerró la maleta. Estaba como una cuba, pero hacía falta el ojo experimentado de un hijo para notarlo. El señor Randolph lo acompañó por el pasillo. Las cabezas se volvían para mirarlo. Dejaba una estela de amor a su paso.

Me apoyé contra la ventanilla y me quedé mirando al frente. Me sentía muy solo, sin amigos. La ausencia de mi padre originó una pausa imposible de pasar por alto. El tren corría traqueteando. El hombre del traje de mezclilla y su señora se levantaron para ir a cenar. Él ni siquiera se dignó mirarme, pero ella bajó los ojos hacia mí con la nariz muy alta. Volvió el señor Randolph.

—El anciano caballero desea su maleta negra.

Alargué al señor Randolph dos dólares que apestaban a ajo.

—Que le den todo lo que pida.

—No se preocupe por eso.

Olisqueó el ajo y me miró con suspicacia.

Al cabo de unos minutos estaba de vuelta para hacer las literas. Fui al servicio de caballeros. Mi padre estaba junto a la ventana, con los ojos enrojecidos, murmurando solo. El lugar estaba lleno de humo de tabaco caro.

—Están haciendo las literas, papá. Será mejor que vayas a acostarte.

—Ve tú, hijo. Pásatelo bien. Ríe y diviértete, no te preocupes por tu padre.

—Deberías acostarte.

—Yo no. Las camas de los trenes no son para Nick Fante. Me quedaré aquí.

Y allí se quedó. Volví al restaurante y pedí un brandy. Cuando regresé al coche 21 el señor Randolph había hecho todas las literas. El servicio de caballeros estaba de bote en bote de viajeros que se lavaban la cara, se cepillaban los dientes, se preparaban para retirarse. Todos llamaban «papá» a mi padre y le deseaban buenas noches. Nadie me dirigió la palabra. Apreté los dientes y fumé haciendo de tripas corazón y deseando que llegara el día siguiente y acabara aquel aciago viaje.

A las once, todos los viajeros del coche 21 estaban acostados, menos mi padre y yo. Él dormía y roncaba junto a la ventanilla. Lo desperté.

—Vamos a la cama.

—No, señor.

—No puedes dormir aquí. Te he conseguido una buena litera.

—No, señor.

Llegó el señor Randolph.

—Pobre anciano. Está muy cansado.

—No quiere dormir en una litera.

—Qué anciano tan noble y delicado.

—Ayúdeme a llevarlo.

Quisimos levantarlo, pero coceó con tanta furia y llevaba unas botas de trabajo tan recias que desistimos. Le rogué, discutí.

—No, señor.

Me sentí derrotado. Volví al compartimiento y me instalé en la litera inferior. Puesto que mi padre no la quería, no vi razón para encaramarme a la de arriba. No pude conciliar el sueño. Allí dentro hacía un calor asfixiante. Tres veces me levanté, me puse los pantalones y fui al servicio de caballeros. Estaba acostado en el asiento. Cada vez que lo zarandeaba, gruñía y daba coces. Volví a la litera. Me asfixiaba de calor. Pulsé el timbre para llamar al señor Randolph. Dormía en un camastro cerca del servicio de caballeros. Fue poco comprensivo conmigo.

—Hace mucho calor aquí —dije—. Cierre la litera de arriba, para que corra más el aire.

Lo hizo. Ya con la parte superior despejada, me sentí mucho mejor cuando me acosté. Me dormí enseguida.

Cuando desperté ya había amanecido. El tren salía de Castaic, entre las montañas, y estábamos a poco más de una hora de Los Ángeles. Me vestí disfrutando de aquella maravillosa libertad, pues con la litera de arriba plegada, podía erguirme totalmente. Entonces salí al pasillo. Todos los demás pasajeros estaban en pie y vestidos. Se habían plegado todas las literas menos la mía. El señor Randolph estaba ocupado dándole a la escoba. Todos los ojos estaban clavados en mí. Si les había caído antipático la noche anterior, en aquellos momentos parecían dispuestos a lincharme. Su animosidad era como un viento tórrido que embotara los sentidos, inconfundible, aterrador. Entonces averigüé lo que les irritaba. La litera de arriba estaba plegada; no se había usado en toda la noche. Sólo se había usado la de abajo, la mía. Sabían que mi padre estaba en el servicio de caballeros. La deducción era retorcidamente obvia: mientras yo dormía lujosamente y en paz, ocupando un espacio concebido para dos personas, mi pobre y anciano padre se había visto obligado a pasar la noche en los lavabos.

Recorrí el pasillo con los dientes apretados, quince kilómetros por territorio indio infestado de enemigos.

Mi padre seguía en el servicio de caballeros. Tenía la maleta negra abierta encima de las rodillas y desayunaba queso de cabra y manzanas. El hombre del traje de mezclilla estaba de pie junto a él.

—¿Ha dormido bien, papá?

La sonrisa de mi padre le dio a entender que no del todo bien, pero que podía pasar, dadas las circunstancias. Me entraron ganas de arrancarle el corazón con un

cuchillo; al hombre del traje de mezclilla le entraron ganas de arrancarme a mí el mío.

Pero no pude vengarme hasta que llegamos a Los Ángeles, hasta que estuvimos lejos de los leales compañeros del tren, hasta que se despidió de todos con cordiales apretones de mano y cálidos abrazos. Nos habían llevado el equipaje hasta la parada de taxis que quedaba delante de Union Station. Recorrimos el paso subterráneo guardando un tenso silencio, luego cruzamos el vestíbulo y salimos a la parada de taxis. Le di los resguardos a un mozo y bajó nuestros bultos de una vagoneta de mano. Mi padre había abierto el monedero para darle al mozo una propina. Oprimía diez centavos con el índice y el pulgar.

—No lo tome —dije al mozo.

Se alegró de oír aquello al ver la moneda. Entonces supe cuál iba a ser mi venganza. Saqué la cartera y puse cinco billetes de un dólar, uno por uno, en la palma del sonriente mozo. Mi padre, con la lengua fuera, no podía creérselo.

—¿Qué ocurre?

El mozo estaba radiante.

—¡Gracias!

Hice una seña a un taxista. Mi padre estaba atónito y miraba a todas partes, tal vez esperando que a cambio de cinco dólares sucediera algo inusual. El mozo se alejaba contando el dinero. El taxi frenó junto a nosotros. El taxista amontonó el equipaje en el asiento delantero. Mi padre seguía inmóvil en la acera, esperando que se produjera algún acontecimiento. El mozo se perdió en el interior del vestíbulo.

—¿Qué ha pasado? ¿Adónde ha ido?

—Vamos, papá.

—Tienen que traerte el cambio.

—Se lo he dado todo.

—¿Estás loco?

Antes de que yo pudiera impedirlo, echó a correr en persecución del mozo, empujando a los demás, abriéndose paso entre el gentío, gritando: «¡Señor! ¡Eh, señor! Vuelva».

Pero el mozo había desaparecido, tragado por el torbellino de gente que iba y venía a toda prisa. Mi padre volvió alicaído, a punto de llorar, mirando con ojos vivos a todas partes.

—Se ha ido. Se ha quedado con tu dinero.

—Yo quería que se lo quedara.

Se volvió como el rayo, exhortándome con las manos y la cara roja de ira.

—No sabes lo que haces. El dinero cuesta de ganar. Lo necesitas, necesitas hasta el último centavo para comprar zapatos, para comprar leche y pan. Para tu mujer, para el niño.

Sí, mi padre tenía razón. La mía había sido la venganza de los tontos. Con qué facilidad había olvidado los años de vacas flacas de otros tiempos, años que probablemente volverían. Nos acercamos al taxi. Yo subí, pero mi padre titubeó ante la portezuela.

—¿Cuánto cuesta?

—No mucho. Unos centavos.

Subió al vehículo y le expliqué que el importe dependía del taxímetro. Di mi dirección al taxista y éste subió la bandera que ponía el taxímetro en marcha. Nos alejamos de la estación. El taxímetro indicaba la tarifa mínima.

—Sólo veinte centavos —dijo mi padre sonriendo. Se retrepó con aire de satisfacción. Subimos por Aliso hasta el cruce con Los Ángeles Street, el primer semáforo. Se oyó un leve chasquido y el taxímetro marcó treinta centavos.

—¿Qué pasa?

—Tómalo con calma, papá. Nos faltan más de diez kilómetros para llegar. No subiré mucho.

Se inclinó hacia delante. Las calles llenas de gente no le interesaban. Lo único que atraía su atención era el taxímetro. Llegamos a Main Street. Le señalé el imponente edificio del ayuntamiento. El taxímetro dio otro chasquido.

—Ya son cuarenta centavos —dijo.

Entramos en Spring Street, a poca distancia de la zona histórica que llaman «la Plaza» y del barrio chino. No hacía muchos años había vagabundado por aquellas calles, solo y sin un centavo. Dormía en la Sunshine Mission y fumaba las colillas que encontraba en los ceniceros de arena que hay a la puerta de los ascensores. Fue una época en que no tenía ni calcetines. De joven había sido ayudante de camarero en Simons, en Hill Street, sacaba los cubos de la basura y limpiaba las barandillas y apoyapiés de bronce. Hacía mucho que aquella época había perdido su encanto. Me alegraba de estar lejos de los hoteles baratos de Temple Street, del café de dos centavos, de asearme en lavabos públicos, con agua fría y hojas de afeitar viejas. Había habido días, mientras circulaba por aquellas calles, en que un solo dólar en el bolsillo significaba aflojar temporalmente el ansia de vivir, relajar el paso, tomárselo con calma durante veinticuatro horas. Cruzamos Pershing Square. El taxímetro dio otro chasquido. Mi padre se enjugó la cara con un amplio pañuelo azul.

—Ya marca setenta centavos. Bajemos.

Al otro lado de Pershing Square estaba el cine abierto toda la noche donde, por los diez centavos de la entrada, dormía hasta las cinco. A esa hora nos echaban a puntapiés. Yo siempre buscaba las salidas de incendios; los paletos salían con ojos soñolientos por la puerta principal y caían en manos de la poli, que los despachaba a la cárcel de Lincoln Heights, acusados de vagancia. También a mí me había ocurrido en cierta ocasión, y podía volver a ocurrirme si no trabajaba duro, si no seguía el

consejo de mi padre sobre el ahorro. El taxi subió por Seventh Street, el taxímetro emitía chasquidos de vez en cuando y, conforme aumentaba el importe, crecía el pánico de mi padre.

Acabó contagiándome y también yo empecé a fijarme en el taxímetro, asustado y hechizado. Cuando doblamos por Wilshire Boulevard marcaba cerca de dos dólares y yo estaba ya tan sudoroso como mi padre. Tenía cien dólares en la billetera, pero estaba pensando en los viejos tiempos, en la apremiante necesidad de economizar ahora que el niño estaba al caer, en la irreparable pérdida de los centavos mal empleados. Cuando el taxímetro marcó dos dólares, mi padre lanzó un gemido de dolor y movió la cabeza.

—¿Falta mucho?

—Dos o tres kilómetros.

Faltaba mucho más. Yo había recorrido en taxi aquel trayecto y el viaje costaba cinco dólares, aproximadamente, y en aquellos momentos me pareció una cantidad astronómica, demasiado elevada para un sujeto como yo. Recorrimos unas cuantas manzanas y ya no pude más. Golpeé el vidrio de separación.

—Detenga el taxi. Ahora mismo.

Frenó junto a la acera al instante.

—Aún no hemos llegado, oiga.

—Hemos llegado hasta aquí.

—Usted manda.

Sacó el tique del taxímetro. Marcaba 3,20 dólares. Pagué hasta el último centavo, ni más ni menos. El taxista amontonó el equipaje en la acera y se fue. ¡Que se riera! Centavo ahorrado, centavo ganado. Estaba de moda burlarse de la sabiduría casera de un Carnegie o un Rockefeller. Ahora sabía que aquellos grandes hombres tenían razón.

—Vamos, papá. Sólo faltan tres kilómetros.

Se escupió en las manos.

—Ahora nos entendemos, hijo.

Era la hora de cumplir. A mi padre le daba igual que yo me desplomara por el camino, que me quedara allí, en un arroyo caliente y fétido, y no viera a mi Joyce nunca más. Pero es que la excursión podía terminar para él en una desmoralización total, con los pesados tarros de tomate y mermelada, y el intacto pastel de chocolate abandonados por el camino.

Parecía tener la fuerza de diez hombres mientras avanzábamos medio a rastras, con aquel calor de locura que me trastornaba la razón y las nubes de monóxido me quemaban los resacos labios. Llevaba el petate de las herramientas en una mano, una maleta en la otra, y la otra maleta bajo el brazo. Veinte pasos detrás iba yo jadeando y cargado con la caja de cartón y mi bolsa de viaje. Mi padre sobrellevaba estoicamente

los inconvenientes del osado periplo y dirigía palabras de ánimo al joven que deseaba tirar la toalla cada vez que pasaba por delante de un drugstore que olía a cola helada y a gaseosa con sabor a chocolate.

Pero centavo ahorrado, centavo ganado. Estaba embarcado en aquello hasta el amargo desenlace. Era un maldito imbécil y lo sabía.

Por fin llegamos a la casa. Mi padre estaba fresco como una rosa. Yo me dejé caer en el césped. Joyce nos vio por la ventana y salió corriendo. A mi padre le bastó mirarla, le bastó ver el hinchado promontorio del vientre; dejó caer el equipaje y se echó a llorar. Abrió los brazos.

—¡Ah, señorita Joyce! El niño, qué hermosura.

—¡Papá Fante!

Corrió a su encuentro y le echó los brazos al cuello, oprimiéndole suavemente la cintura con el bulto. Mi padre retrocedió discretamente, pero Joyce se aferraba a él, y él se sentía patoso y pasmado por el magnífico globo.

—Qué alegría verlo aquí —dijo Joyce sonriendo—. Nos hace mucha falta.

Mi padre se echó a reír y dio a Joyce unas palmadas suaves y torpes, lleno de adoración por ella y por la voluptuosa redondez que contenía también una parte de sí. Lo vi temblar de alegría delante de aquella prolongación de su identidad, de aquella proyección de su propia vida que desbordaba el límite de tiempo que se le había concedido en la tierra. Sentado en la hierba y mirándolo, me di cuenta de que ni siquiera el nacimiento de sus hijos le había emocionado tanto como la llegada de aquel nieto. Joyce me miró por encima del hombro de mi padre, con cara de sorpresa. Yo seguía sentado, contento de estar en casa, demasiado cansado para hablar.

—John..., ¿qué ha sucedido?

—Hemos venido andando.

Me levanté y nos besamos.

—¿Por qué no parasteis un taxi?

—Lo paramos.

No me apetecía hablar del asunto. Quería un baño, ropa limpia y una oportunidad para seguir viviendo, para olvidar el oscuro episodio. Mi padre daba patadas al césped con la recia puntera del zapato.

—Hierbajos, sólo hierbajos. Este país no es bueno.

Siguió con la mirada los dos pasillos de palmeras que flanqueaban la avenida, la gran altura de sus delgados troncos, sus copas, que parecían plumeros con mango extralargo.

—Esos árboles no son buenos. No dan sombra, no dan fruto, no dan nada.

Recogimos el equipaje, lo metimos en la casa y lo dejamos en el vestíbulo, delante de la escalera. A la izquierda del vestíbulo, y un peldaño más abajo, se encontraba la sala de estar, con grandes puertas vidrieras y paredes verdes y frescas,

una habitación grande y agradable, con moqueta beis y maderas de roble albar, cuidadosamente seleccionadas. Estando allí volví a pensar que era una buena casa, a pesar del agujero de la cocina; sí, una casa estupenda, una casa feliz, y me sentía orgulloso de ser el propietario, y pasé el brazo por los hombros de Joyce.

—Aquí la tienes, papá. Mi casa.

Miró en todas direcciones mientras cortaba un puro con los dientes, se frotaba un fósforo contra el muslo y lo encendía.

—El suelo no está a nivel.

—Suelo de roble, papá. Suelo muy bueno.

—No está a nivel.

Nos quedamos mirando el suelo. A mí me parecía impecable.

—Petate —añadió.

El petate de las herramientas estaba con el resto del equipaje.

—Petate —repitió.

—Está ahí mismo.

—Petate —insistió.

Tardé unos segundos en comprender qué quería: quería que fuera yo a buscar el petate. Y mientras asimilaba esto comprendí también que el viejo se había hecho el amo, que nuestra relación había cambiado espontáneamente, que él era el jefe. Recordaba que cuando vivíamos bajo el mismo techo, mis hermanos y yo íbamos con él a las obras, de ayudantes. Era lo peor de trabajar para él y a ninguno de los hermanos nos gustaba. En aquella época decía: «Lápiz», y aquello significaba «dame el lápiz». O decía: «Cinco por diez, de un metro de larga». Trabajar con él comportaba aquel misterio, que nunca explicaba para qué quería lo que pedía. Nunca explicaba nada y salíamos del trabajo contrariados y enfurecidos, porque nos trataba como si fuéramos esclavos. Y allí estaba otra vez, después de dieciséis años; el buen señor se plantaba en mi casa y decía: «Petate».

Abrí el petate.

—Tubo de un centímetro. Treinta de largo.

Rebusqué y encontré varios tubos. Él no paraba de moverse, enfocando el suelo desde distintos ángulos. Le di el tubo. Lo miró, pero no lo tocó.

—No es ése.

—Es el que has pedido.

—Tubo de un centímetro. Treinta de largo.

Rebusqué de nuevo y saqué otro tubo. Me pareció que aquél servía. Se lo alargué.

—No es ése.

Volví al petate, saqué todos los tubos pequeños que vi y se los alargué. Seleccionó uno inmediatamente.

—Nivel.

Le alargué el nivel.

Lo puso en el suelo, se arrodilló y observó la burbuja de aire de la ventanilla del instrumento.

—Cinta métrica.

Se la di y midió desde la puerta hasta el primer peldaño de la escalera.

—Cuatro metros.

Puso el tubo en el suelo, junto a la puerta, y lo sujetó con el pie.

—El suelo se hunde cinco centímetros. El tubo irá rodando sin problemas hasta la escalera. Toda la casa se hunde por el centro.

Levantó el pie y el tubo se puso en movimiento, despacio al principio, adquiriendo velocidad poco a poco. Sí: cuando el tubo se estrelló contra el peldaño supe que mi padre era el menos indicado para aquella labor; me di cuenta de que odiaba la casa, de que tenía prejuicios contra ella, y de que no tendría piedad. Vimos rebotar el tubo, volver a la carga y detenerse. Joyce estaba estupefacta.

—Por el amor de Dios.

Mi padre recogió el tubo y me lo dio.

—Petate.

Guardé el tubo.

—Cierra.

Cerré el petate.

—Correa.

La trabé en la hebilla.

—Termitas —dijo.

Joyce le indicó que pasara a la cocina. Yo me fui a la escalera.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Baño.

Subí y me di un baño. Permanecí una hora sumergido en agua caliente y relajante, amodorrado pero sin dormirme. Para mí, la finalidad de un baño no era tanto limpiar el cuerpo como descansar la mente. El pensamiento se me volvía como un cielo de verano, habitado por imágenes placenteras que pasaban como nubes blancas: los veleros de Newport Beach, la inquietante belleza de Alida Valli, la tercera calle del campo de golf del Fox Hills Club, la prosa de Willa Cather. Todas las cosas hermosas, cosas encantadoras, magníficas y gratas, se me ocurrían tomando un baño.

Pero ahora había algo añadido, una imaginería extraña y alarmante, una charca de agua estancada, musgosa y fría. Intensas sombras selváticas amortajaban la charca, y había criaturas bajo la superficie que asomaban y escondían la cabeza, y cada vez que se sumergían dejaban una estela blanca y terrible. Identifiqué a las criaturas poco a poco. Eran mi padre, Joe Muto, el señor Randolph, el hombre del traje de mezclilla. La estela blanca que dejaban tras de sí era un cordón umbilical. Eran unas criaturas

tan espeluznantes que salí inmediatamente de la bañera y me vestí.

Joyce estaba en el salón, rodeada de libros y leyendo. Vi a mi padre en el patio de atrás, cómodamente sentado bajo una sombrilla de playa, con una jarra de vino en la mesa metálica que tenía al lado, un puro en la boca y las piernas estiradas, observando la casa.

—¿Qué ha dicho del agujero?

—Quiere meditarlo —dijo Joyce.

—No hay nada que meditar —dije—. Sólo hay que arreglarlo.

Cerró el libro.

—Deja que le dé vueltas al asunto. Tiene muchas ideas.

—Da igual lo que piense, hay que reparar el agujero. Ha sido una equivocación traerlo. Es viejo y de costumbres fijas. Vaticino problemas.

—No puedes hablar de ese modo de tu padre.

—No puedo evitarlo. Se ha vuelto un excéntrico.

—Deberías haber pensado en eso antes de invitarlo. Por lo del cuarto mandamiento.

—¿Qué cuarto mandamiento?

—Honrarás a tu padre y a tu madre.

La miré. Era el vivo retrato de la placidez, con el montículo apoyado orgullosamente en sus muslos, como si fuera otra entidad. Y era como si uno hablara con dos personas. Sus bonitos ojos grises parecían despejados tras las gafas de leer. Tenía una docena de libros alrededor, unos en la mesilla del café, otros en el sofá, amontonados junto a ella. Leía a Chesterton y a Belloc, a Thomas Merton y a François Mauriac. Había libros de Karl Adam, Fulton Sheen y Evelyn Waugh. Miré algunos títulos: *La esencia del catolicismo*, *La fe de nuestros padres*, *Idea de una universidad*. Unos cuantos eran míos, de una caja llena de polvo que había en el garaje, pero todos los demás eran nuevos, comprados en una librería. Me asombraba verla con aquella literatura, ya que era una mujer fría y materialista; pertenecía a un grupo semántico; más aún, era prácticamente atea, con una paciencia científica e inflexible para los hechos.

—¿Qué haces?

—Estoy pensando en cambiar. —Se quitó las gafas—. Si Dios es infinitamente bueno, ¿por qué permite que nazcan niños deformes?

Me quedé helado.

—¿Le pasa algo al niño?

—Claro que no. Te he hecho una pregunta.

—No conozco la respuesta.

Sonrió con satisfacción.

—Yo sí.

—Eso es maravilloso.

—¿No quieres oírla?

Joyce no podía hablar en serio. Para mí era otro antojo del embarazo. Era la misma chica a la que le gustaba la ensalada de aguacate con salsa de guindillas. Se le pasaría en cuanto recuperase la línea. Era un antojo. Tenía que serlo. Me gustaba que mi mujer fuera atea. Su postura me facilitaba las cosas. Simplificaba la planificación familiar. No teníamos escrúpulos a la hora de usar anticonceptivos. Nuestra boda había sido civil. No estábamos encadenados por principios religiosos. El divorcio estaba a mano, cuando nos apeteciera. Si se hacía católica, habría toda clase de complicaciones. Costaba ser un buen católico, costaba mucho, y por eso yo había abandonado la Iglesia. Para ser un buen católico tenías que abrirte paso entre el gentío para ayudarle a Él a cargar con la cruz. Yo posponía el gran salto adelante para otro momento. Si ella lo daba, tendría que seguirla, porque era mi mujer. No; era un antojo suyo, una fantasía pasajera. Tenía que serlo.

—Lo superarás —dije—. ¿Alguna llamada?

—Nada importante.

Llamé a mi secretaria de los estudios. Todos los mensajes eran rutinarios. Uno quería que jugara al golf con él y otro quería que jugara al póquer. Mi productor se encontraba en Nueva York y la oficina principal estaba muy tranquila. Era un buen momento para hacer los preparativos de la reparación de la cocina. Había que comprar madera y mi padre seguramente necesitaría un ayudante. Salí al patio trasero y llevé una silla bajo la ancha sombrilla. Mi padre guardaba silencio, con los pies en la mesa. La jarra estaba casi vacía. Observaba el humo del cigarro, que se perdía entre las ramas de un naranjo artificial que había en el centro del patio.

—¿Qué crees, papá? ¿Costará mucho?

—Me escuecen los ojos. Este país no es bueno.

—Niebla tóxica. Tendrás que reemplazar algunas juntas.

—¿Te he hablado alguna vez de mi tío Mingo y los bandoleros?

—Sí, muchas veces. ¿Necesitarás ayudante?

—Un hombre valiente, mi tío Mingo. Era un Andrilli, hermano de tu abuela. Lo ahorcaron allá en los Abruzos. Los *carabinieri*, dos balazos por la espalda. De todos modos lo colgaron. Su mujer estaba delante, llorando. Hace sesenta y un años. Lo vi con mis propios ojos. Coletta Andrilli, guapa mujer.

Dio un trago, sujetando la jarra con ambas manos, y su nuez de Adán subió y bajó. Dejó la jarra y reanudó sus agradables meditaciones. Le dije que había un almacén de maderas no muy lejos de allí. Si me detallaba lo que le hacía falta, podíamos acercarnos al almacén aquel mismo día.

—Estoy deseando empezar, papá.

Mi padre dijo al cigarro:

—Está deseando empezar. Llevo aquí dos horas. Estoy cansado. No dormí bien en el tren, pero él quiere empezar.

Le pedí perdón. Tenía razón, es verdad. Había sido muy desconsiderado.

—Claro, papá. No quisiera darte prisa. Tómalo con calma durante unos días. Descansa bien. La cocina puede esperar.

—Me encargaré de la cocina, muchacho. Tú encárgate de escribir.

Había agotamiento en su cara y cerdas grises en su barbilla, tenía las comisuras de la boca torcidas hacia abajo, los ojos entornados e inyectados en sangre, a causa de la contaminación del aire.

—Disfruta, papá. Descansa. Cualquier cosa que quieras... no tienes más que pedirla. ¿Te apetece mas vino?

—No te preocupes por el vino, muchacho. Yo me encargaré de él.

—Te conseguiré Chianti. Chianti auténtico. ¿Algo más?

—Máquina de escribir.

—Tengo una portátil arriba. Pero tú no sabes escribir a máquina, papá.

Observó el cigarro.

—Tú escribes. Yo hablo.

Aquello me conmovió. No hacía ni veinticuatro horas que se había separado de mi madre y ya quería escribirle.

—Eso está bien. Se pondrá muy contenta.

—Está muerta.

—¿Quién?

—Coletta Andrilli.

—Creí que querías escribir una carta a mamá.

—¿Para qué? La vi ayer. Qué cabeza tienes, muchacho.

—¿Para qué la máquina de escribir?

—Mi tío Mingo y los bandoleros. Escribimos la historia. Para el niño, para que conozca al tío Mingo. Para que se sienta orgulloso.

—Hoy no, papá. La escribiremos, pero en otro momento.

—Hoy. Ahora.

—¿Por qué hoy?

Respondió con vehemencia, respondió con temor:

—Porque puedo morir cualquier día. En cualquier instante.

—En otro momento.

El dolor se grabó en su rostro. Sin decir palabra, se levantó y entró a paso vivo en la casa. Lo vi cruzar la sala sin hablar con Joyce. Se lanzó escaleras arriba. Cuando llegué a la sala oí que se cerraba de golpe la puerta de la habitación de invitados. Joyce me miró por encima de las gafas.

—¿Qué le has hecho a ese pobre viejo?

—Nada. Quiere que escriba una historia sobre su tío Mingo.

—Y tú te has negado, naturalmente.

—Le dije que en otro momento.

—¿Después de Dorothy Lamour y los gitanos?^[3]

—No te hagas la lista.

—No está bien que trates a tu padre de ese modo. Es un pecado. Sabes muy bien que deberías respetar a los ancianos, sobre todo si son tus progenitores. Es un sagrado deber que tienes para con Dios.

Hinchada y tranquila, así estaba. Una gran roca blanca que no se inmutaba cuando las olas rompían contra ella. Era una torre de marfil, una estrella matutina, una colina ondulante, una presa de Boulder.

—¿Qué te corroe por dentro?

—Es que no puedo consentir que maltrates a tu padre.

Busqué una respuesta, pero no encontré ninguna. Lo que más me aturdió fue que hablaba con mucha seguridad en sí misma. Era una mujer de un tacto delicadísimo y pocas veces arremetía contra nadie. Pensé en pedirle perdón a mi padre, pero si lo hacía sería víctima de una sesión con el tío Mingo. No es que odiara al tío Mingo. No odiaba al tío Mingo. Volví a jurar que escribiría su historia, pero lo que ocurría era que no tenía ganas de escribirla en aquel momento.

—Me voy a los estudios.

Se había puesto a leer. Levantó la vista.

—¿Qué dices?

—Me voy a los estudios.

—Si Dios es infinitamente bueno e infinitamente sabio, ¿por qué crea almas que sabe que sufrirán el castigo eterno?

—No lo sé.

—Pues yo sí —dijo sonriendo.

—¿Verdad que es sensacional?

Fui al garaje y subí al coche. Los estudios estaban a veinte minutos y tenía que cruzar el denso tráfico urbano, pero me sentí rejuvenecer al oír el alboroto automovilístico y los bocinazos de los autobuses. Aquél era el carácter de nuestra época. Cuando naciera el niño, Joyce volvería a sentir la paz de la confusión, la absorbente necesidad de seguir vivos a toda costa. Mujer encerrada, malos ratos para el hombre. La creación le dio una fuerza colosal y sabe apañárselas sin él. Pero se le pasaría. Volvería a verla delgada, con encaje negro, sedienta de mis abrazos. El primer niño mejora la línea, la madura. Desbordaba de felicidad cuando llegué a los estudios, el amor me aflojaba las piernas, ya saboreaba las alegrías futuras.

Mi secretaria me esperaba de pie.

—Ha llamado su mujer. Es urgente.

Mientras marcaba el número la imaginé tendida en el asiento posterior de un taxi, con mucho revuelo, el niño a medio nacer, Joyce quejándose, el taxista aterrorizado, los motoristas abriendo el paso con la sirena puesta, entre el tráfico de Wilshire, el taxi como una flecha hacia el hospital.

Se puso Joyce.

—Tu padre se ha ido.

—¿Adónde?

—A San Juan.

—Pero no puede. No tiene dinero.

—Se ha ido andando. Va por Wilshire. No he podido impedirlo.

—Iré a buscarlo.

Colgué, cogí el coche y me dirigí a toda prisa a Wilshire. Lo encontré a kilómetro y medio al este de mi casa. Al verlo me eché a llorar. Estaba sentado en un banco del bulevar, en una parada de autobús, entre el petate y las dos maletas atadas con cuerdas. Allí estaba, sentado en el rincón, un anciano con sus mugrientos enseres. Sin esperanza, hartó, en una gran ciudad, a orillas de un río de vehículos cuyas olas de monóxido bañaban su cansado rostro. Sí, me eché a llorar. Quise darme golpes de pecho y decir *mea culpa, mea culpa*, porque vi el patetismo de la vejez, la soledad de los últimos años, mi padre, mi anciano padre que había llegado de los Abruzos, campesino hasta la muerte, sentado en el banco, solo en el mundo. Pues claro que escribiría su historia. Pues claro que daríamos testimonio del tío Mingo, ¡para que lo leyera el niño! Era lo más importante que podía escribir nadie. Estacioné el coche, me enjuagué los ojos y me acerqué al banco.

—Papá. ¿Qué haces aquí?

—Hola, muchacho.

Le puse la mano en el hombro.

—¿Cómo era tío Mingo? Cuéntamelo todo desde el principio.

—Era pelirrojo, muchacho. Pies grandes. Un hombretón fuerte.

Pero no pudo continuar. Lloró a moco tendido y yo también, y entonces nos abrazamos y seguimos llorando, porque conocíamos la importancia del tío Mingo, y lo queríamos pese a los años transcurridos.

—Vamos, papá. Volvamos a casa. Lo escribiremos. Hoy estoy inspirado. Voy a escribir todo el maldito asunto.

Quise ayudarlo a levantarse, pero me apartó.

—Yo no vuelvo, muchacho. Nadie me quiere.

—Vamos, papá. Tomaremos un poco de vino, volveremos a casa y lo escribiremos.

—Una botella pequeña tal vez.

Sacó un pañuelo azul con lunares, se secó los ojos y se sonó la nariz con estruendo. Luego sacó el monedero, el de compartimientos múltiples, y volví a ver el ajo, semejante a una llamita burlona y parda, mi padre introdujo los dedos y sacó unas monedas, sesenta o setenta centavos, que me alargó.

—Una botella pequeña, para tu padre.

—Quita, papá. Te voy a invitar al mejor vino del mundo. Guarda el dinero. Yo también tengo.

Metimos el equipaje en el coche y tomó asiento a mi lado. Así pues, me había perdonado, era bueno ser perdonado y quería expresarle mi gratitud. Fuimos a una licorería con productos de todas partes, y cuando se puso a mirar el fastuoso despliegue de botellas le desapareció la tristeza. Un poco nada más, repetía, para catarlo, una botellita de medio litro de vino californiano, aunque en aquellas estanterías estaban todos los frutos de este ancho mundo, y a disposición de mi padre. Un cabernet de Chile, y se dejó convencer y encargamos varias botellas; y Château Lyonnat; y una caja de dorado burdeos, y mi padre sonrió y yo pensé que era una insensatez demasiado cara si sólo quería un par de sorbos del clarete de California. Sí, Joyce tenía razón, debía honrar a los ancianos, rendir tributo a mi padre, y casi sollozó cuando vio la botella de Chianti envuelta en paja, de modo que encargamos una caja de aquél también.

—Es demasiado —dijo retorciéndose las manos, pero estaba en vena, encendió un puro y, adoptando una actitud de astuto príncipe mercader, recorrió el magnífico establecimiento, sacando botellas, leyendo etiquetas, dejando botellas. Tenía un gusto soberbio, conocía los brandis portugueses y no se olvidó del Martell. Pero su carácter tenía también un lado exótico, pues le gustaban los anisetes que preparaban los monjes florentinos, y cuando vimos una alta y dorada botella de Galliano, supe que debíamos llevárnosla, un anciano no debe andar sin Galliano, y la botella era delicadamente alta y el licor tan amarillo como el sol de Italia.

El empleado nos prometió que nos llevarían la mercancía enseguida, pero en lo referente al Galliano, mi padre sólo se fiaba de sí mismo, y pensó que de paso también podía llevarse el Martell. Volvimos a casa y entramos en el garaje. Bajó con cuidado, midiendo cada movimiento.

Joyce se alegró al vernos llegar juntos y nos besó, y los labios que sentí en las mejillas eran labios de monja.

—Bendito seas, amadísimo mío —dijo.

Era la primera vez en la vida que me decía una cosa así. Mi padre abrió el Galliano y el Martell y nos acomodamos en el salón. Semejante a un alquimista escondido en un antiguo sótano de Venecia, escanció seis centilitros de Martell y sonrió con placer celestial cuando echó encima tres centilitros de Galliano. Dio un sorbo y cayó en un éxtasis tan beatífico que habría podido levitar hasta el techo.

—Mi tío Mingo era pelirrojo —dijo—. Vivía en una casa de piedra de paredes de un metro de grosor...

Joyce llegó con una bandeja de quesos y salami.

—Una vez le pregunté: «Tío Mingo, ¿por qué eres tan fuerte?». El tío Mingo me sujetó con una mano, me levantó en el aire y dijo: «Por el aceite de oliva».

Joyce y yo probamos el Galliano.

—El hermano del tío Mingo era el alcalde de Torcelli. Las carreteras eran malas entonces. Cinco mil almas. Mi primo Aldo murió a los cuatro años. Todos acudieron a la celebración. Queso. Antonio no tragaba al cura. Algo de trigo, pero sobre todo avena. Fui allí y le dije: «Vico, ¿qué pasa aquí?». Eso fue antes de que tuviéramos luz eléctrica...

Cayó la noche. El teléfono sonó varias veces y Joyce fue a responder de puntillas. No me dejaba moverme. Tenía que quedarme allí y escuchar, recoger datos. Mi padre apartó el Galliano y se tomó el brandy a palo seco. Sonó el timbre. Unas amigas de Joyce. Las hizo pasar al estudio en silencio.

—Della, la hermana del tío Mingo, se casó con Giuseppe Marcosa. Un día vi a D'Annunzio en el pueblo, paseando en bicicleta. Mucho calor en verano, mucho frío en invierno. Un coloso, el tío Mingo. Chocolate a veces, pero nunca café. Las paredes, de un metro de grosor. Alrededor de una hectárea. Mucha piedra. De unos dos metros por dos. Un buen hombre. Fuerte. Tejado de tejas. Cuando murió Italo, se presentó todo el pueblo. Yo me dije: ya podrían traer el pescado de Bari, pero aquel Luigi no era bueno. ¿Cómo puede un hombre robarle la dote a su hija? Yo sabía que habría problemas...

Joyce abandonó a sus invitadas para servirme la cena en una bandeja. Mi padre no tenía hambre. Apreté los dientes y seguí escuchando. Joyce volvió al estudio, con sus amigas. Sus risas cruzaban la puerta. Mi padre estaba a punto de terminar el brandy.

—Aquel año no llovió. Mi primo se fue a Nápoles. Bueno, sacamos algunos racimos, pero la cosecha fue mala. Tierra de olivos, piedra en el suelo. No hay peluquerías en Torcelli, te cortas el pelo solo. No nevó hasta el 19 de enero. El tío Mingo se acercó a la casa y estaba furioso...

Volvió a sonar el timbre de la puerta. Era el repartidor de la licorería. Amontonó bolsas y cajas en el vestíbulo. Mi padre fue a la cocina tambaleándose y volvió con un sacacorchos. Abrió una botella de Chianti. Durante unos segundos pensé que la prueba había terminado. Mi padre apenas se tenía en pie, con la botella en alto, pero volvió al salón y se sentó.

—Veamos..., ¿por dónde iba?

Me lo contaría todo, hasta el último detalle, y yo iba a morirme en aquella habitación, encadenado a aquel asiento. Pero lo escucharía todo.

—Tu tío Mingo fue a la casa y estaba furioso. ¡Naturalmente que lo estaba!

¿Hasta dónde puede soportar un hombre? No lo sabes. Tú aquí, instalado en Los Ángeles, rodeado de comida, pero ¿qué sabes tú de los problemas de un hombre? Todas aquellas piedras que caían en sus tierras. El pequeño estaba enfermo. Mi madre fue a ver. El viento soplaba sin parar. La cabra murió y Dino se fue a Roma, para hacerse cura. Pagábamos muchos impuestos. Tenía diecisiete años cuando fui a Nápoles. No veía bien. El tío Mingo se quitó el zapato y le sangraba el pie. Teníamos aceite de oliva, pero la helada estropeó la uva. No había luz, no había gas. Elena, mi cuñada, tuvo un niño. El tío Mingo lo atenazó por el pescuezo y le dijo: «Alfredo, voy a romperte todos los huesos». Eso fue la noche que llovió. Todos temían al tío Mingo...

No llegó a lo de los bandoleros. Las amigas de Joyce se marcharon en respetuoso silencio; mi padre dio cuenta de dos botellas de Chianti y habló de muchas cosas, pero en ningún momento oí detalles relacionados con el tío Mingo y los bandoleros. Cerca ya de medianoche, Joyce subió de puntillas. Nosotros nos quedamos al amor de la lámpara de mesa. Con mucha lentitud y parsimonia, mi padre se quedó dormido. Lo levanté y, dormido y todo, subió las escaleras apoyado en mi hombro. Lo introduje en su cuarto, lo desnudé y lo arropé a conciencia, con calzoncillos largos y todo.

Mi labor no había concluido todavía. Por la mañana querría ver la historia. Fui a mi cuarto y abrí el estuche de la máquina portátil. Puse la fecha y escribí, como si fuera una carta:

Querido hijo que vas a nacer:

Esta noche tu abuelo me ha contado la historia del tío Mingo y los bandoleros. El tío Mingo fue tu tío bisabuelo. Y escribo esta historia porque tu abuelo quiere que se guarde para el día en que sepas leer y tal vez apreciarla...

Supuse que en veinte minutos estaría lista. De aquel caos de anécdotas disparatadas tenía que salir algo coherente. Y salió, al menos el clima. A las cuatro de la mañana, con la lengua ardiendo de tanto tabaco, aún le daba vueltas. Al diablo con el crío; iba a colocar aquello en el *Saturday Evening Post*. Había oído roncar a mi padre toda la noche. Lo oía levantarse, gruñir y dirigirse al cuarto de baño. Se producía una conmoción en el pasillo, rumor de muchos pies. Si no era mi padre quien acaparaba el baño en ese instante, era Joyce. Los susodichos se habían paseado toda la noche entre el respectivo dormitorio y el cuarto de baño. En cierto momento oí un correteo en el pasillo. Era Joyce, que esperaba su turno. Mi padre salía con sus calzoncillos largos. Se miraban, se sonreían con complicidad de sonámbulos y seguían su camino.

Bajé a las doce del día siguiente. Lo llevaba bajo el brazo, veinte excelentes páginas sobre un bandolero italiano, un héroe de pelo rojo. Vi a mi padre en el comedor. Había extendido un papel de dibujo en la mesa y trabajaba con mucha atención con un lápiz y una regla.

—Aquí está, papá. La historia del tío Mingo.

La puse encima del papel de dibujo. Recogió las cuartillas y me las devolvió.

—Guárdala para el chico.

—¿No quieres leerla?

—¿Para qué quiero leerla? Por Dios, muchacho. La he vivido.

Había pensado que era un antojo, una fantasía pasajera, pero Joyce ya no veía razón para ocultarlo. Desde el comienzo del embarazo había sentido la llamada de la religión, la necesidad de cambiar. Había ido creciendo con el niño. Al principio lo había ocultado, incluso se lo había ocultado a sí misma, pero el engaño la hacía desdichada, y se puso a leer, a investigar el misterioso y creciente apremio. No me había dicho nada hasta entonces, pero durante mi viaje a San Juan tomó la decisión: quería ser católica.

Estaba ya muy madura, muy jugosa, muy grande. Sus ojos grises me devoraban con el niño que llevaba dentro y cuando la miraba fijamente me ahogaba en aquellas hipnóticas profundidades en las que palpitaba la pasión de la fe. A menudo la sorprendía con la mirada perdida, absorta en alguna musaraña espiritual. A mediodía se oía el toque del ángelus en el campanario de San Bonifacio, la iglesia de la parroquia. Al instante dejaba lo que estuviera haciendo, el libro, el peine, el trapo del polvo, y rezaba las oraciones de rigor. Yo estaba inquieto.

—¿Por qué te avergüenzas? —preguntó—. ¿No eres tan liberal? Demuéstralo, aquí, en tu propia casa.

Anunció que en las comidas se bendeciría la mesa, yo miré a mi padre y él me devolvió la mirada encogiéndose de hombros; y nos quedábamos mirando los cubiertos como tontos hasta que terminaba la bendición. Joyce se lo estaba tomando muy en serio. Pasaba horas en su cuarto, fumando, recostada en la cama, meditando sobre la brevedad de la vida. No alcanzaba a comprenderlo. A veces pensaba que la proximidad del parto le inspiraba temor a la muerte. Una noche regresó la pasión de siempre y me metí en la cama, junto a ella, y la rodeé con los brazos. Dormía a pierna suelta. Pero despertó, encendió la lámpara, se apoyó en el codo y me miró con ojos nublados de tibia devoción.

—Deberías practicar el sacrificio —dijo sonriendo—. Te hará más fuerte.

—¿Y quién quiere ser más fuerte?

—Hoy he leído un poema. Decía así:

Junta todos los goces de este mundo
y multiplícalos por el infinito:
así es cada minuto celestial.

Hice mutis por el foro lo más dignamente que pude, dadas las circunstancias, y volví a mi cama, preguntándome en qué pararía aquello.

Dos veces por semana iba a la rectoría de San Bonifacio para recibir instrucción religiosa. Leía el catecismo y unos folletos elementales que le había dado el cura.

Pero no tuvo bastante con aquello. Era una lectora rápida y voraz, engullía todo lo que encontraba sobre el tema. Leyó derecho canónico, a Tomás de Aquino, el Kempis, a San Agustín, las encíclicas papales y la *Enciclopedia Católica*.

Una tarde que holgazaneaba yo en la bañera, llamó a la puerta y entró.

—¿Crees en el libre albedrío?

A eso podía responderle; yo también había leído el catecismo de pequeño.

—Sí, creo en el libre albedrío.

—¿Los retrasados tienen libre albedrío? ¿Y los locos?

Aquello no estaba en el catecismo.

—No sé nada de retrasados.

Sonrió con radiante serenidad.

—Pues yo sí.

—¡Hurra por ti!

Quería que la bautizaran al cabo de cuatro semanas, unos días antes de ingresar en la maternidad. Había pasado las de Caín para elegir un santo. Los investigó todos, varios centenares que quedaron reducidos a dos santas: Isabel y Ana. Yo no quería interferir en el particular, pero no paraba de hablar de él. Al final dije:

—¿Qué tienes contra Santa Teresa? Tiene una gran reputación en todo el mundo.

—Demasiado popular —dijo Joyce—. No es suficientemente oscura y misteriosa. Además, fue una mujer muy fea. Personalmente, prefiero a Santa Isabel. Era rica y guapa. Y escribía bien. Me siento muy identificada con Santa Isabel. Creo que es quien mejor me entiende en el mundo.

—Sencillamente maravilloso.

Me sonrió con dulce tolerancia.

—No me hacen mella tus burlas. Me he preparado.

—No me burlo. Es que no quiero complicarme. Ya tengo muchos problemas propios.

—Te tengo presente en todas mis oraciones —dijo—. Ya sé que vives muy atribulado. También yo vivía así, antes.

—Para ya.

—Pero rezo por ti. Y por la criatura. Y por la paz del mundo.

De pronto me pareció irresistible y quise abrazarla, pero el globo blanco se me incrustó en el estómago y no conseguí más que un besito en la mejilla.

Le dio por comprar rosarios, una estatuilla de Santa Isabel y crucifijos. Adquirió frascos de agua bendita, instaló una pequeña pila de bronce junto a la puerta de su cuarto, por dentro, a la altura de la mano, para santiguarse con agua bendita cada vez que entraba en la habitación. La estatuilla de Santa Isabel fue a parar a una barroca estantería del rincón, llena de curiosidades. Le puso flores, le encendió velas y leyó las obras de la santa.

Hablé con mi padre.

—¿Qué te parece la conversión de Joyce al catolicismo?

—Bien. Estupendo.

—¿Qué tiene de bueno?

—¿Es malo?

—Me gusta planificar mi familia.

—Planifícala. Ponte a ello. Niños.

—Niños, claro. Muchos niños. Pero cuando yo quiera, papá. La Iglesia no admite el control de natalidad.

—¿Control de natalidad?

—No puedes impedir que vengan. Vienen y vienen.

—¿Y eso es malo? Eso es bueno.

—Ya no somos campesinos. Hay que parar en algún momento.

Entornó los ojos.

—No me gusta eso que dices.

—Un hombre debe estar en condiciones de decidir cuándo quiere un hijo.

—No me gusta eso, muchacho. Te lo digo claramente.

—Imagínate que vienen y no tenemos dinero.

—Lo ganas.

—No es fácil, papá.

Vi subir su puño, abrirse los dedos, asirme la pechera de la camisa.

—Con mis nietos no, ¿entendido? Déjalos en paz. Deja que vengan. Tienen tanto derecho a estar aquí como tú.

Le aparté la mano.

—No tiene nada que ver con los derechos. Es cuestión de economía.

—No leas tantos libros.

—¿Libros? ¿Qué libros? Es que no podría mantenerlos a todos.

—Tampoco tu madre y yo podíamos permitirnoslo. Ni uno solo. Pero tuvimos cuatro. Los tuvimos sin dinero, con unos cuantos dólares, nunca suficientes. ¿Habrías preferido que usáramos esas cosas de las farmacias y que no hubieras nacido, ni tú ni tus hermanos, y que hubiéramos estado solos en el mundo, tu madre y yo? ¿Para qué?

Enfocado de aquel modo, parecía irrefutable.

—Papá, creo que en el fondo eres un hombre religioso. Eres un verdadero creyente.

—Nietos. En eso es en lo que creo. Y deja en paz los libros.

Sí, Joyce se lo estaba tomando muy en serio, con la pasión del converso. Rezaba el rosario paseándose delante de la imagen de Santa Isabel. La veía por la puerta entreabierta, a ella y al niño, moviéndose, recitando en voz baja la oración de cada cuenta, mirándose fugazmente al espejo mientras encogía y levantaba el bulto.

Una mañana me abordó en el garaje.

—Seguramente sabes que deberíamos casarnos lo antes posible.

—Ya estamos casados. El juez de paz nos casó en Reno.

—Fue una ceremonia civil. Para mí no cuenta.

—Para mí sí.

—Quiero que bendigan mi matrimonio.

—¿Quieres decir que hemos vivido en adulterio todos estos años?

—Nos casaremos después de bautizarme. Será una ceremonia encantadora. Estaremos casados hasta el final de nuestra existencia. —Sonrió—. No podrás divorciarte nunca.

Nadie discute con la madre de su futuro hijo. Se hace lo que se puede y se procura tenerla contenta. Uno ha perdido categoría a sus ojos y simplemente se le tolera, el papel que ha representado es mínimo, la estrella del espectáculo es ella y se espera que uno pase por el aro, porque así se escriben los guiones. Si no, la puedes molestar, puedes angustiarla y de rebote molestar al niño.

—¿Qué quieres que haga, querida? Dime con palabras exactas qué quieres que haga en concreto.

—El padre Gondalfo va a venir a verte. Es mi catequista. Quiero que le escuches.

El padre John Gondalfo se presentó dos días después. Al llegar aquella tarde lo vi sentado en la sala, con mi padre y con Joyce. Su aspecto era el del típico hombre duro. Había sido capellán de marines en el Pacífico sur. Llevaba esperándome una hora. A causa del calor se había quitado la chaqueta, debajo de la cual llevaba una camiseta blanca. El negro vello de su musculoso pecho se colaba por la trama del tejido. Tenía brazos de luchador y se mantenía en forma jugando solo a frontón en el garaje de la parroquia. Era joven, no tendría más de treinta y dos años, con un aceitunado rostro siciliano, nariz rota y pelo cortado al rape. Parecía un medio o un delantero centro de Santa Clara. En cuanto lo vi me di cuenta de que era de ascendencia italiana y el paisanaje no tardó en crear una cruda confianza. Me estrujó los nudillos al darme la mano.

—Son las cinco y media, Fante. ¿Dónde estaba?

Le dije que trabajando.

—¿A qué hora sale?

Le dije que poco después de las cuatro.

—¿Las cuatro? ¿Dónde ha estado esta hora y media?

Le dije que en Lucey's, tomando un whisky.

—¿No sabe que su mujer está embarazada?

Joyce estaba en un sillón, con el montículo apoyado con indolencia en su vientre y con las piernas algo separadas para sujetarlo. Adoraba al padre John. También

percibí la admiración de mi padre, así como una ligera hostilidad hacia mí.

—¿Qué tiene de malo beber aquí, en su propia casa? —dijo el padre John—. ¿Con su mujer y este gran hombre que es su padre? ¿Se le ha ocurrido alguna vez?

Sus hombros me impresionaban, y la intensa negrura de sus ojos.

—Claro, padre. También bebo en casa, y mucho.

—Ya es hora de que se enfrente a sí mismo, Fante.

—Sin duda, padre, pero...

—No discuta conmigo, joven. ¿Cree que acabo de llegar en el ferry de Hoboken?

Yo no quería discutir con nadie. Al mirar a Joyce, me di cuenta de que el espíritu de la admonición del padre John la había contagiado. En aquel momento me descalificaba totalmente. También mi padre, que estaba sentado delante de una botella de vino, humedeciéndose los labios y confirmando sabiamente con la cabeza las palabras del sacerdote.

El padre John dio una palmada, se frotó las manazas con fuerza y dijo:

—Bueno, vayamos al asunto. Fante, su mujer quiere entrar en la Santa Madre Iglesia Católica. ¿Alguna objeción?

—Ninguna, padre.

Y era la pura verdad. No podía haber objeciones. Sí, se me daba la posibilidad de desear otra cosa, la esperanza de que pospusiera temporalmente su decisión, pero era otra historia.

—¿Y usted? Aquí su padre, este hombre grande y extraordinario, me ha contado que trabajó como un esclavo para proporcionarle una esmerada educación católica. Pero ahora lee libros y, si me lo permite, escribe libros. ¿Qué tiene contra nosotros, Fante? Debe de ser usted muy inteligente. Cuéntemelo todo. Escucho.

—No tengo nada contra la Iglesia, padre. Es sólo que quiero pensar...

—Ah, ¿conque es eso? La infalibilidad del Santo Padre. Así que quiere saber si el obispo de Roma es realmente infalible en cuestiones de fe y moralidad. Fante, se lo aclararé de una vez para siempre: lo es. ¿Qué más le preocupa?

Me acerqué a mi padre, me hice con la botella y bebí un trago. El repentino ataque del padre John me había dejado aturdido y necesitaba tener tranquilas las ideas.

—Verá, padre. La Santísima Virgen...

—Yo le explicaré lo de la Santísima Virgen, Fante. Permítame exponérselo con claridad y sin ambigüedades. María, madre de Dios, fue concebida sin pecado y al morir ascendió a los cielos. Un hombre de su inteligencia tiene que comprenderlo.

—Sí, padre. Lo aceptaré por el momento. Pero en la misa, en la eucaristía...

—La eucaristía es la transformación del pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo. ¿Qué más le inquieta?

—Verá, padre. Cuando un hombre se confiesa...

—Cristo dio a sus sacerdotes el poder de perdonar pecados cuando dijo: «Recibid el Espíritu Santo. Los pecados que perdonéis serán perdonados; y los pecados que no borréis no serán borrados». Lo dice el Nuevo Testamento. Léalo.

—Entiendo las palabras, padre. Pero en el dogma del pecado original...

—¡Ja! ¡De modo que es eso! Por pecado original entendemos que como descendientes de nuestros primeros padres somos concebidos en pecado y así permanecemos hasta que recibimos el glorioso sacramento del bautismo.

—Sí, padre, eso ya lo sé. Pero la resurrección...

—¿La resurrección? Por el amor del cielo, Fante, si es muy sencillo. Cristo Nuestro Señor fue crucificado, resucitó de entre los muertos y ahí tenemos la inmortalidad prometida a todos sus hijos. ¿O prefiere morir como un perro, condenado eternamente al olvido?

Di un suspiro y tomé asiento. Era imposible decir nada más. Mi padre carraspeó y esbozó una ligera sonrisa mientras empinaba la botella. Había en sus ojos una cordialidad curiosa. La ceniza que se le desprendió del cigarro aterrizó de cualquier manera en sus muslos.

—El muchacho lee demasiado, padre. Hace años que se lo digo.

Ahora era «el muchacho».

—Me gusta leer, papá. Es parte de mi profesión.

—Y esos libros, padre. Control de natalidad, me lo dijo él mismo.

—¿Control de natalidad? —El padre John sonrió con tristeza mientras cabeceaba—. Yo le diré lo que es el control de natalidad en la Iglesia católica. No existe.

—Ya se lo dije yo, padre. Le dije: «No me gusta eso». La culpa no es de la chica. Ella es protestante. No se da cuenta.

Pero él..., él me lo dijo. «Me gusta controlar a mi familia», así me lo dijo, hace un par de días. A mí, a su propio padre.

—Algo así le dije —admití—. Pero a lo que me refería, padre, era a que mis ingresos...

—¿Lo ve usted? —intervino mi padre—. Llevan casados casi cuatro años. Tiempo de sobra para dos hijos, un niño y una niña. Nietos. Pero ¿están aquí, padre? Suba esas escaleras. Mire en todas las habitaciones, debajo de las camas, en los armarios. No los encontrará. Nicky y Philomena. Nicky tendría ahora tres años y hablaría con su abuelo. La niña daría ahora sus primeros pasos. ¿Los ve en esta casa, padre? Salga al patio trasero; mire en el garaje. No, no los encontrará, porque no están aquí. ¡Y la culpa es de él! —Me señaló con el dedo, el de la uña rota.

—Para ya, papá.

—No pienso parar. Quiero saberlo, porque soy su abuelo. ¿Dónde está Nicky? ¿Dónde está Philomena?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Joyce se acercó a mi padre y se sentó junto a él. Le asió la rojiza zarpa y le habló con dulzura.

—No ha habido otros, papá Fante. Se lo digo con el corazón en la mano.

No había que tratarlo así, porque podía tomarle gusto al sentimentalismo. Dicho y hecho: puso cara de compunción, le tembló la barbilla, se le humedecieron los ojos. Quise advertir a Joyce con la mirada. Era cierto que me había opuesto al embarazo hasta que pudiéramos permitirnoslo. También era verdad que ella había aceptado arriesgarse sin dinero. Pero nunca se me había ocurrido pensar que aquellas ocasiones fueran entidades humanas concretas, ni dar nombre a los niños no concebidos, y en aquellos instantes veía el duelo y la melancolía en el rostro de Joyce, arrastrada por el estado de ánimo de mi padre.

—Hablo de mi sangre —prosiguió mi padre—. Hay dos a los que no veré nunca, pero están aquí, en alguna parte, y su abuelo no se siente bien, porque no puede comprarles helados.

Se echó a llorar, hundiéndose los recios nudillos en las cuencas y limpiándose las lágrimas. Dio otro trago a la botella y se puso en pie con una mezcla de actitudes: se limpió la boca, chupó el cigarro, lloró, saboreó el vino, complacido con su papel de abuelo afligido, pero desconsolado porque los niños no estaban allí. El padre John le pasó el brazo por los hombros y lo estrechó con rudo afecto. Farfullaron una despedida en italiano y mi padre subió tambaleándose para dormir la mona, la barbilla alta, el pecho fuera, peldaños arriba con valor, peldaños arriba triunfante.

Guardamos silencio unos instantes. Joyce se limpiaba los ojos y la nariz con un pañuelo.

—Es el vino —dije—. El vino lo pone muy sentimental.

—¿Y usted? —preguntó el sacerdote.

Me encogí de hombros.

—Hago lo que puedo.

—Me pregunto...

Tenía que irse. Mi padre lo había puesto triste. Le ayudé a ponerse la negra chaqueta de sarga y los tres salimos al jardín y fuimos hasta su coche. Nos dimos la mano.

—Vigile su lenguaje cuando hable con su padre —me advirtió—. Es muy sensible.

—Ya lo sé.

—Quiero que vuelva usted a la iglesia.

—Lo intentaré.

Lo vimos alejarse, hasta que dobló por Wilshire Boulevard, donde el tráfico del atardecer rugía como un río caudaloso en primavera. Volvimos a la casa sin decir palabra. Joyce entró en la cocina detrás de mí y yo saqué unos cubitos de hielo de la

nevera. Me miró mientras yo preparaba unos martinis.

—¿Te es útil? —pregunté.

—Sí.

—Nunca llegaré a obispo. Ni siquiera a prelado.

—Pero es un santo auténtico. Sencillo, sincero, nunca tiene dudas.

—Verdaderamente sencillo.

—Tiene fe.

—Me pregunto en qué seminario estudiaría.

Dio un suspiro.

—Lo admito. La teología no es su fuerte. No sabe explicar el Cuerpo Místico de Cristo. Y no se da cuenta, pero en el fondo es calvinista y cree en la predestinación. Llevo toda la semana tratando de que rectifique, pero no consigo que me entienda.

¡Bendito sea el vientre que lleva a mi hijo!

La besé y nos tomamos un martini. Bebió despacio, como si algo la incomodara. Casi había anochecido ya. Se fue a la sala con la bebida. Poco después fui yo y la busqué en las sombras. Estaba junto a la ventana. Me llevé una sorpresa al comprobar que estaba llorando.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Tu padre tiene razón con el niño y la niña. Ay, ¿por qué no los tuvimos?

Mi padre empezó el trabajo dos semanas después. Nos alegramos mucho de aquella decisión. Estábamos hartos de las tablas que tapaban el agujero de la cocina. Por las ranuras ascendían olores húmedos, fríos y macabros, y todos tropezábamos en los bordes. La señora de la limpieza se lastimó la mano y se negó a fregar el suelo hasta que se reparase. Del hoyo empezaron a brotar seres malignos. Cada mañana, el primero que entraba en la cocina se encontraba con una agitada tertulia de bichos oscuros y torpes. Joyce llamó al Departamento de Sanidad y le indicaron un remedio. Pero el DDT se limitó a aturdirlos y se quedaban panza arriba, agitando alegremente las patas. Casi se los oía por la noche, desperdigándose con bestial desenfreno.

Mi padre solía ser el primero en levantarse todas las mañanas, se hacía su propio desayuno y preparaba café para todos. Para romper el ayuno empezaba con un vaso de clarete con un huevo crudo que parecía un ojo en escabeche. Joyce lo vio tragarse aquel manjar en cierta ocasión y fue la primera y única vez que tuvo náuseas matutinas. Mi padre guardaba las cáscaras para el café. Por lo visto mejoraban el sabor. A Joyce y a mí nos gustaba experimentar con el café. Con los años lo habíamos probado todo, pero el método que más nos gustaba era el del colador. Todas las mañanas practicábamos el mismo ritual, molíamos un puñado de café, le añadíamos una pizca de sal y le echábamos encima agua muy caliente, pero no hirviendo. Era un método infalible. Siempre salía lo que querías: buen café.

La fórmula de mi padre era echar varias cucharadas de café molido en un cazo y calentarlo; echaba al brebaje las cáscaras de huevo y lo dejaba hervir, hasta que se formaba una especie de sopa. Era un café volcánico, le ponías leche y apenas cambiaba de color. Cuando lo removías, la cucharilla tropezaba con grava y en la superficie aparecían motas sospechosas que volvían a sumergirse. Había hilachas de clara cocida y, cuando lo bebías, estabas todo el tiempo escupiendo trozos de cáscara. En pocas palabras, una bazofia. Nos lo tomábamos, como es lógico, por no quedar mal, y luego, cuando llegaba a la oficina, me tomaba un café del bueno. Quien peor lo pasaba era Joyce. Le encantaba el café, y para hacérselo como a ella le gustaba tenía que bajar corriendo para llegar a la cocina antes que mi padre.

Aquella mañana mi padre se había puesto la ropa de faena, es decir, la misma ropa que la víspera, pero sin la corbata. Era evidente que se había preparado para entrar en acción. Había abierto el petate de las herramientas en el porche trasero, llevaba un lápiz detrás de la oreja y estaba delante del agujero con un metro plegable en la mano. Parecía sumido en profundas meditaciones y miraba el agujero con los ojos entornados, a causa del humo del cigarro. Joyce y yo nos miramos sonriendo con alivio. Por fin iban a arreglarnos la casa.

Pero no podíamos perder el tiempo hablando, pues todos éramos conscientes de la

trascendencia del momento.

Mi padre había hecho el café, su requemado aroma impregnaba el aire. Joyce lavó las tazas y los platos, y los puso en su sitio sin hacer el menor ruido. Mi padre desplegó el metro e hizo mediciones un tanto misteriosas. Se quitó el cigarro de la boca, le arrancó con los dientes un fragmento suelto y dijo en voz alta, para sí:

—Yo diría que cinco por veinticinco. —Plegó el metro—. Tienen que ser de cinco por veinticinco.

—¿Te refieres a las junturas? —pregunté.

Aquello alteró la pureza de su meditación. Se volvió lentamente.

—¿Te he dicho yo alguna vez cómo se escribe una novela?

—No, papá.

—Pues métete en tus asuntos.

Se acercó al petate y volvió con un martillo y una palanqueta. Se oyó un chirrido de clavos cuando arrancó las dos tablas que habíamos puesto provisionalmente. Se tumbó en el suelo boca abajo y su cabeza desapareció en el agujero. La vista no le gustó. Arrancó otras dos tablas. Esta vez se metió entero en el subsuelo de la casa. Dejé de verlo durante tres o cuatro minutos.

—Sabe lo que hace —murmuré—. Parece muy profesional.

Reapareció con telarañas en el sombrero y el cigarro, resoplando y pasándose la mano por la cara.

—Cinco por treinta —dijo—. Pero ¿por qué?

—¿Te refieres a las junturas, papá?

Me miró fijamente.

—Si quieres, te quedas aquí a arreglar el suelo y yo me pongo a escribir tus novelas.

—Era sólo una pregunta.

Me dio la espalda, arrastrando la mirada.

—De cinco por veinticinco habrían servido igualmente. Bastaba subir un poco los pilares. Pero ¿por qué lo haría?

—¿El qué, papá?

Se acercó a la ventana y se quedó mirando el camino del garaje.

—¿Cinco por treinta? Maldita sea, ¿qué tienen contra los de diez por diez?

Fue al porche de atrás y volvió con un martillo. Tapó el agujero con las tablas y las clavó. Recogió las herramientas y las guardó en el petate. Luego desapareció en el patio trasero. Cuando me dirigía al garaje, listo para enfrentarme al trabajo, me lo encontré sentado bajo la sombrilla. Se rascaba la barbilla y parecía muy afectado.

—¿Todo bien, papá?

Escupió una brizna de tabaco.

—Vete a escribir tus novelas, muchacho.

A primera hora de la tarde me llamó Joyce.

—Tenemos una sorpresa para ti.

Pero no podía ser una sorpresa porque sabía cómo trabajaba aquel hombre. De repente, de un modo espectacular, te arreglaba las cosas.

—Tiene las mejores manos de toda California —dije.

—Es un genio.

No, no era un genio, pero tenía cualidades geniales, una dinámica brillantez que rendía sus frutos después de concienzudos razonamientos. Tras pasar cincuenta años en la construcción era el mejor profesional del ramo. Mientras volvía a casa, recordé su actitud en la cocina, absorto en meditaciones, intolerante ante mis preguntas. Me había dejado muy preocupado. ¿Habían causado las termitas más daños de los que imaginábamos? Saltaba a la vista que yo había exagerado los desperfectos. Él había hecho el trabajo con rapidez y destreza, en un arranque de energía, y la calidez que había percibido en la voz de Joyce me decía que ella estaba muy satisfecha. Volvía a sentirme a gusto con mi padre y con mi casa. ¡Gracias a Dios que aún vivía! Que Dios le concediera muchos años más, y a mí salud para expresarle mi agradecimiento y mi admiración. Así me sentía cuando llegué a casa, cerré el garaje y entré en la cocina por la puerta de atrás.

El suelo no se había reparado. El agujero seguía allí, cubierto por las mismas tablas de pino sin desbastar. Nada había cambiado. Pero oía un ruido batiente en la parte delantera de la casa, los golpes sordos del acero al chocar contra el yeso. Vi a Joyce y a mi padre en el salón. Estaban echando abajo la chimenea. Una nube de polvo envolvía el ladrillo y el yeso machacados. Parecían haberse vuelto locos. Joyce empuñaba un martillo, mi padre un pie de cabra y entre los dos atacaban el tabique de ladrillo. Joyce se había puesto un pañuelo en el pelo y tenía la cara manchada de polvo y tierra. Llevaba unos pantalones premamá, de seda verde, y una blusa amarilla, y el esfuerzo le había encendido la cara. Mi padre trabajaba metódicamente, con el cigarro entre las mandíbulas, aflojando los ladrillos con el pie de cabra y tirándolos al suelo. Los muebles estaban tapados y arrinconados. Habían extendido una lona para proteger el suelo.

Joyce me vio en aquel instante.

—Hola —dijo.

—¿Qué está pasando aquí?

—Vamos a hacer otra chimenea.

—¿Para qué?

Me quedé mirando aquel desbarajuste. La antigua chimenea, pese a toda su simplicidad, era la indicada. La había probado en una ocasión y tiraba bien, no hacía humo. No era una obra de arte, pero cumplía su papel en la sala.

—No le pasa nada a la chimenea.

Joyce se sacudió el polvo de la ropa.

—Siempre la he odiado. Desde el primer día que la vi.

—Pero deberías haberme consultado antes.

—¿Por qué? Había que hacerlo.

—No había que hacerlo.

—Iba a caerse —dijo mi padre.

—¿Qué tiene de malo?

Señaló con la cabeza el bulto de Joyce, ahora cubierto por una película de polvo.

—Pregúntaselo a mi nieto. No quiere una chimenea de Los Ángeles. Quiere una chimenea construida por su abuelo.

Parloteando con nerviosismo, Joyce me enseñó los planos que mi padre había trazado en un largo pliego de papel. Iba a ser un hogar macizo, de un metro ochenta de altura y tres de anchura, construido con losas de Arizona. Cerraría los bordes con argamasa negra. La repisa de la campana sería una sola losa de grosor considerable. Según las indicaciones, era el doble de grande que la que estaban demoliendo. Era realmente impresionante, de chalet suizo, de pabellón de caza, de Club de los Alces.

—Pero tendrás que tirar también parte de la pared —dije.

—Ya me encargo yo de eso —dijo mi padre.

Joyce no paraba de mover los brazos.

—Será estupenda. Grande y bonita. Lo calentitos y a gusto que estaremos aquí.

—De fábula —dije—. Sobre todo cuando estemos a veinticinco bajo cero y cinco metros de nieve paralicen el tráfico en Wilshire Boulevard.

—Para mi nieto —dijo mi padre con expresión soñadora—. Durará mil años. Nada en el mundo derribará esta chimenea. Durará más que el resto de Los Ángeles.

Me imaginé la escena, no después de mil años, sino de diez o quince, cuando demolieran nuestra casa para construir un aparcamiento, coches entrando, coches saliendo, siempre alrededor de la indestructible chimenea de mi padre, que había resistido todos los esfuerzos para derribarla.

—Papá —dije—. ¿Cuándo arreglarás el agujero de la cocina?

—Yo ahí no puedo hacer nada. Llama a un carpintero.

Yo era contrario a aquella iniciativa. Había en ella algo morboso. Transcurrieron días de inquietud. Llegaron los materiales. Los dejaron en el césped delantero, cuatro toneladas de losas, una montaña de arena, una torre de ladrillos, sacos de cemento y maderos. Días de tribulaciones, agujeros en mi casa, una esposa embarazada que se creía peón de albañil y un anciano al que le daba por construir.

Lo que fascinaba a Joyce era la argamasa. Mi padre construyó un recipiente para la mezcla: cal, cemento, arena y colorante negro. Joyce ponía el alma en aquello.

Llevaba guantes de jardín y un sombrero mexicano. Se pasaba el día removiendo el mortero con la azada, amasándolo, acariciándolo, echándole agua. Era como una niña que hace pasteles de barro. Tenía salpicaduras en los zapatos y en los pantalones. Una mujer embarazada no debería hacer mortero. No se encontrará ningún libro que lo recomiende. Le dije que no se excediera. Se burló. Negó la evidencia. Pero la pasta le dejaba negras manchas delatoras en el calzado, en los codos, en el pelo. Incluso con los guantes puestos, le salió una ampolla en el pulgar.

—Me quemé en el horno —mintió.

Mi padre hacía el trabajo pesado. Mezclaba la pasta, la transportaba en cubos a la chimenea, la vaciaba en la artesa. Desbastaba las piedras, las amontonaba en la carretilla y las llevaba a la chimenea. Manejaba los ladrillos. Pero ella siempre estaba a su alrededor. Algunas piedras le gustaban; fueran grandes o pequeñas, las llevaba al tajo. Eran piedras muy bonitas, decía, y quería que se vieran. Pero pesaban mucho y ella tiraba, gruñía y se esforzaba por levantarlas. Luego volvía al mortero.

—Eche un poco de agua, señorita Joyce.

Joyce echaba un poco de agua, removía, igualaba. O se sentaba a verle trabajar y él le pedía cosas.

—Martillo.

—Nivel.

—Llana.

Cierto mediodía la sorprendí con las manos en la masa, en el jardín delantero, echando arena en el recipiente de la mezcla. No estaba ni a tres metros de mí, con la pala en las manos, las sienes perladas de sudor; no podía negarlo. Le quité la pala.

—Deja de hacer tonterías.

Levantó la barbilla y entró en la casa. Fui tras ella. Estaba junto a la chimenea, con los brazos cruzados, con culpa en los ojos, rehuyendo mirarme.

—A este paso vas a abortar.

—¿Quién aborta? —dijo mi padre.

—No quiero que ande levantando y removiendo cosas.

—No le hará daño.

—No quiero correr riesgos.

—No le hará daño. Allá en los Abruzos, la mujer trabaja hasta el último día, lava la ropa, limpia la casa, abona la tierra. Es bueno para la madre. Conserva los músculos fuertes.

Joyce se volvió hacia él.

—Sólo necesitaba arena, papá. Un par de palas.

—Un par de palas no hace daño a nadie. —Miró a Joyce con ojos húmedos y complacidos—. Un chico estupendo. El chico del abuelo.

—Oye, papá. Es mi mujer. El trabajo le está deteriorando la salud. Esto no es

Italia. No está acostumbrada.

—Y es mi nieto. Y será estupendo.

Se habían aliado contra mí, se había levantado un muro entre nosotros, una chimenea. Fui a verla en la quietud de la noche, pasando de puntillas ante el cuarto en el que mi padre roncaba como un obús que cae. Levantó unos ojos desenfocados del libro de derecho canónico, sorprendida de verme allí, y volvió a la lectura.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Ya falta poco.

Silencio.

—Ya me da igual —dije—. Chico o chica, será igual de magnífico.

Silencio.

—Tienes que ir con mucho cuidado a partir de ahora.

Apartó el libro, se quitó las gafas y me miró de un modo extraño.

—Si me muriera, no te atrevas a casarte con mi hermana.

—No quiero casarme con tu hermana.

—Es muy atractiva. Pero no te atrevas a poseerla. Nunca. Es la ley de la Iglesia.

—No me interesa tu hermana.

—Aunque te interesara, sería nefasto para ti.

—Pero no me interesa.

—Es una ley muy buena. Una ley muy sabia.

—¿Por qué crees que vas a morirte?

—No voy a morirme. He dicho si me muriera.

Terribles palabras. ¿Reflejaban quizá alguna trágica premonición de las profundidades de su alma? ¿Qué oscuros movimientos producidos en los rincones secretos de su psique la impulsaban a dejarse embriagar con aquella fase del derecho eclesiástico? Medité cuidadosamente la situación. Pensé en el doctor Stanley. Si no lo hubiéramos molestado tanto anteriormente, lo habría llamado. Demasiadas veces, ay, habíamos gritado que venía el lobo. Si al menos hubiera tenido alguna amiga que fuera madre, capaz de decirle a aquella casquivana criatura lo insensato que era levantar cosas pesadas. Pero no conocía a ninguna madre. Conocía a muchas esposas, pero a ninguna madre.

Días de vergonzosa mezquindad. Porque me dio por espiarla. Al volver de la oficina, entraba en el callejón por el norte y no por el sur, esperando sorprenderla con el mortero. Una vez aparqué a una manzana de distancia y recorrí el resto a pie. En aquella ocasión no estaba en el patio delantero.

Así volví a pillarla. Aquella tarde salí del trabajo a las dos y estacioné el coche cerca de casa, en la travesía más próxima. Llegué andando y la vi de lejos. Estaba

arrodillada junto a la torre de losas y empuñaba una maza con las dos manos. Golpeaba una losa con objeto de partirla, para la chimenea. Grité y corrí hacia ella. Soltó la maza, reprimió un grito y corrió hacia la casa. No la vi en el salón. Mi padre estaba junto a la chimenea con la llana en la mano.

—¿Dónde está mi mujer?

Encogió los hombros con inocencia.

Fui al piso de arriba. Se había encerrado en el cuarto de baño. Oí el rumor de la ducha. Entré en su dormitorio. Todo estaba preparado para el acontecimiento más importante de su vida. Hacía una semana que tenía hecha la maleta para ingresar en el hospital.

Estaba encima de una banqueta y le eché un vistazo. Peines, un cepillo, un espejo de mano. Un reloj despertador. Zapatillas. Una carpeta con material para escribir cartas. Una pluma estilográfica. Batas. Un salto de cama. Un estuche de manicura. Colonia. Pañuelos, alfileres. Las mil minucias que pueblan la vida de una mujer. Amontonados en el rincón estaban los regalos que le habían dado en una fiesta: juguetes, biberones, mantas, ropa de bebé, un juego de plato y cubiertos de plata, todo en miniatura. Su dormitorio tenía una recámara con mirador que pensaba convertir en cuarto infantil. Allí vi una cuna, una cómoda estrecha, un cochecito, un caballo mecedora, una muñeca. El rosa era el motivo dominante, el rosa de las chicas, cortinas rosa, cintas rosa.

Pues que fuera una chica. Pero, chico o chica, ¡que le dieran una oportunidad, que le dejaran vivir! Era el momento de tener unas palabras. Se abrió la puerta del cuarto de baño y apareció Joyce. Me miró como si no se sorprendiera. La ducha le había limpiado el maquillaje de la cara, sus labios eran de un rojo pálido y el pelo húmedo le colgaba como un trapo de fregar.

—¿Y bien? —dijo.

—Quiero hablar contigo.

—¿De veras?

Empezó a cepillarse el pelo.

—Quiero que dejes de trastear por ahí. Se acabó el levantar pesos. Se acabó el partir piedras.

—¿Eso es todo?

Tuve ganas de zarandearla.

—He llegado a una conclusión. O lo dejas o me voy de casa.

Sonrió y se sacudió el pelo mojado.

—Puedes irte cuando desees.

—¿Es ésa tu respuesta?

—Sí, querido.

Salí de la habitación ceñudo. Ella lo había querido. Sólo ella era la responsable.

Pero no me fui. Nadie deja a una mujer en ese estado. Hace falta mucho tacto. No hay que hacer declaraciones altisonantes. Hace falta mucha paciencia, pero no te vas.

La venganza del cuerpo fue inevitable. Dos noches después pagó las consecuencias de su imprudencia. A las doce y diez entró en mi habitación. Me bastó ver su cara blanca como el papel y sus ojos como platos para comprender que había llegado el momento. El doctor Stanley había dicho que las primeras contracciones aparecerían alrededor del 25. Estábamos a 12. Pero el doctor Stanley no había previsto los atracones de mortero y piedras partidas.

Apoyada en la jamba de la puerta, con una mano en el bulto y la otra en la frente, dijo:

—Creo que ya viene el niño.

Me levanté de la cama de un salto. Apretaba los dientes a causa de los dolores y miraba el reloj mientras practicaba la respiración rápida y corta.

—Nueve minutos. Y empeoran.

La acompañé a la cama. Le transpiraban las sienes y tiritaba. La mano que yo sostenía estaba caliente, húmeda y temblorosa. Miramos juntos el reloj. Diez minutos después tuvo otra contracción. Duró treinta segundos. La soportó apretando los puños y los dientes. Recordé las advertencias de los libros.

—¿Has roto aguas?

—Llama al doctor Stanley. Llévame al hospital.

Bajé corriendo y llamé al médico. Se puso una enfermera. Le transmitiría mi mensaje y me llamaría. Joyce seguía tendida en la cama. Llamé a mi padre.

—Viene el niño.

Despertó en el acto.

—¿Dónde? —Se incorporó—. ¿El niño? —Bajó de la cama—. ¿Cómo?

Anduvo en la oscuridad con los calzoncillos largos. Joyce se quejaba. Mi padre se puso el peto. Volví al dormitorio. Joyce tenía los ojos cerrados.

—¿Has roto aguas?

—Dame un cigarrillo.

Mi padre entró ajustándose los tirantes del peto. Comprendió la situación de un vistazo.

—Tú. Baja y pon agua a hervir.

—¿Para qué?

—Haz lo que te digo.

No podía moverme. Yo sabía desde siempre que, en situaciones como aquella, la gente hervía agua. Pero ¿qué hacía con ella?

—Tenemos que llevarla al hospital.

—Maldita sea, pon agua a hervir.

Me agarró por la nuca y me empujó hacia la puerta. Mientras bajaba no dejaba de

decirme que era una majadería. El hospital estaba a diez minutos. Llené la tetera de agua, encendí el gas y subí corriendo. Mi padre estaba sentado en la cama, con la mano de Joyce en la suya.

—¿Has llamado al doctor Stanley?

—La enfermera lo está localizando.

—Llama al padre Gondalfo. Quiero que me bautice.

—Agua caliente —dijo mi padre.

Sonó el teléfono y bajé corriendo. Era el doctor Stanley.

—Ya viene el niño, doctor.

—Me parece un poco pronto. ¿Está de parto?

—Está sufriendo.

—¿Son regulares los dolores? ¿Los ha contado?

—Cada diez minutos. Está sufriendo.

—Será mejor que la traigan.

—De acuerdo, doctor.

Subí corriendo.

—Prepárate, cielo. Nos vamos al hospital.

—Agua caliente —chilló mi padre.

—Llama al padre Gondalfo —dijo Joyce con voz quejumbrosa—. Quiero que me bautice.

La tetera emitió un silbido que se convirtió en un alarido cuando el agua rompió a hervir. Llamé al padre Gondalfo. Prometió estar en el hospital en menos de quince minutos. Cogí la tetera y subí. Joyce estaba en su habitación, sentada en la cama, con un abrigo de piel sobre los hombros y calzada con zapatillas. Mi padre me quitó la tetera de las manos.

—Ve por el coche. Espera delante.

Corrió al cuarto de baño con la tetera. Fui tras él. Quería verlo.

—Ponte en movimiento —dijo—. El coche.

Me quedé donde estaba. No quería que utilizara con Joyce ninguna técnica de los Abruzos. Sacó una botella de brandy del botiquín y echó una ración generosa en un vaso. Añadió agua caliente y miró la mezcla a contraluz.

—¿Qué haces?

—¿Tú qué crees?

Se zampó el brebaje sin respirar. Tuvo que quemarle todo lo que encontró a su paso.

—¡Aaah! —exclamó—. Ya me siento mejor. Venga, muévete.

Baje corriendo, saqué el coche del garaje y aparqué delante de la puerta principal. Ya me esperaban en la acera. Los tres nos apelonamos en el asiento delantero. Mi padre pasó el brazo por el hombro de Joyce, que ya no sentía dolores.

No hubo contracciones por el camino. Nada de aquello presagiaba paternidad inminente y concebí la oscura sospecha de que todo era una falsa alarma. Más que paternidad parecía histeria; carecía de forma y perfil, como una explosión sin causa. Seguí adelante porque no podía estar seguro. Vi cautela en la cara de Joyce, compostura y preocupación. Mi padre encendió un cigarro.

—Todo irá bien —dijo.

La afirmación carecía de densidad, de sinceridad. Cuanto más nos acercábamos al hospital, más crecía el silencioso convencimiento de que todo era infundado.

Entonces lo dije. Tenía que decirlo.

—Puede que aún no sea el momento, querida.

Joyce lanzó un grito de decepción.

—¡Por favor! —exclamó—. Ni lo pienses. Me moriré si lo piensas.

Mi padre alargó la mano y me dio un tirón de pelo.

—Déjala en paz, tontaina.

—Sólo ha sido una idea.

—Pues púrgala. Al fin y al cabo, es cosa tuya.

—¿Mía? Pero si yo no he hecho nada.

Al principio no me di cuenta de a qué se refería. Lo miré y vi que sus ojos echaban chispas de indignación. Se había abierto un túnel en su mente. Entonces caí en la cuenta. Se estaba acordando de cuando vendí su hormigonera para comprar una bicicleta. Habían transcurrido casi veinte años, pero allí estaba otra vez el resentimiento, aflorando en el momento menos oportuno.

—Por favor, papá. Otra vez aquello no.

El temblor de su barbilla agitaba el cigarro. El rencor le impedía articular palabra.

Joyce se puso a sollozar.

—Qué desdichada soy.

El brazo de mi padre ciñó con más firmeza los hombros de Joyce.

—Cuando nazca el niño, te vendrás con mamá y conmigo —dijo con voz tranquilizadora—. Abandona a este sujeto. Sólo trae problemas. Debería mandarlo al reformatorio.

Yo aferraba el volante con manos de hierro y no decía nada. Entramos en la rotonda que había ante la puerta del hospital. En las escaleras de acceso destacaba la corpulenta figura del padre Gondolfo. Abrió la portezuela en cuanto pisé el freno.

—Ay, padre —dijo Joyce sollozando.

Mi padre bajó del vehículo. Entre los dos ayudaron a bajar a Joyce, que tenía los ojos húmedos de llorar. El sacerdote la tranquilizó poniéndole las grandes manos en los hombros.

Joyce lloró suavemente. Mi padre y el sacerdote se pusieron a hablar en italiano. Agitaron las manos, cabecearon, frunció el ceño, gruñeron, se burlaron, sonrieron,

rezongaron, pusieron los ojos en blanco, hicieron muecas, se bambolearon, me señalaron y finalmente cayeron en un meditabundo silencio mientras se miraban con perplejidad y aflicción. El gigantesco sacerdote metió la cabeza en el vehículo y me traspasó con sus ojos negros.

—Usted. Aparque el coche.

¿Por qué no? En una ocasión así, era solemne deber del padre aparcar el coche. Crucé la calle y me interné en el amplio aparcamiento del hospital. Cuando volví a la puerta, habían desaparecido. Entré en el vestíbulo. Habían tomado el ascensor y ya habían subido. Pregunté a la enfermera de recepción, pero no podía decirme nada. Me indicó que hablase con la enfermera de la planta doce.

También allí arriba andaban las cosas mal. No me enteré de nada. Mi padre y el sacerdote se habían esfumado. La enfermera jefe me informó de que el doctor Stanley estaba haciendo una revisión a Joyce. Era baja, de tórax grueso, cara rojiza y brazos musculosos. Estaba demasiado ocupada para hablar conmigo. Tenía el mostrador lleno de papeles y libros de contabilidad.

—¿En qué habitación está? —pregunté.

—No puede verla.

—Soy su marido.

—Creí que su marido era el viejo.

—Es el marido de mi madre. Mi padre.

Volvió a sus papeles. Entraron y salieron enfermeras. Y yo en medio, tratando de no estorbar. El teléfono sonaba incesantemente. Un interno informó a la enfermera jefe de que el 1231 quería zumo de naranja. La enfermera jefe sonrió con desprecio y dijo:

—Nada de zumo de naranja.

En la parte superior de la pared que tenía enfrente había una caja eléctrica con una pantalla en la que aparecía y desaparecía un número en rojo, el 1214. Centelleaba con urgencia. Nadie le prestaba atención, ni las enfermeras ni el personal interno.

—¿Está mi mujer en la 1214?

—No.

Señalé la pantalla con la cabeza.

—Alguien quiere algo en la 1214.

—Joven, vaya a la 1245 y siéntese.

Miré en todas partes buscando la 1245. Recorrí todos los pasillos. No la encontré. Las habitaciones estaban numeradas por orden y luego había unas cuantas puertas sin numerar. Abrí una puerta sin número y una mujer se incorporó en la cama y dijo: «Largo». Y al final busqué a la enfermera jefe.

—Parece que no encuentro la 1245.

Ya no le cupo ninguna duda de mi idiotez, porque la 1245 estaba allí mismo,

junto a su puesto. No me dijo nada; miró la puerta y me miró. Le di las gracias, pero no hizo nada por ocultar el pobre concepto que tenía de mí.

Mi padre y el sacerdote estaban en la 1245. Se pusieron rígidos en cuanto me vieron entrar. Mi padre me volvió la espalda. El padre Gondalfo esperó a que me sentara en un sillón de cuero.

—Un hombre y una mujer tienen muchos problemas —dijo— y a veces parecen insoportables. Pierden la cabeza. Es humano perder la cabeza.

—¿Dónde está? —dije—. ¿Qué le han hecho?

—Ahora se interesa —dijo mi padre con sorna—. Después de todo lo que ha hecho.

El padre Gondalfo pidió paz levantando las manos. Mi padre no le hizo caso.

—He visto a este muchacho perseguirla escaleras arriba. Ella tuvo que encerrarse en el lavabo. Ocurrió entonces, subiendo las escaleras.

—No saquemos conclusiones precipitadas —dijo el sacerdote—. Esperemos a ver qué dice el médico.

—Espero que no le haya pasado nada a mi nieto —dijo mi padre—. Te mataré si le ha sucedido algo.

Estaba harto de él.

—Cállate ya, papá.

Se quedó mirando al cura con expresión suplicante. Por fin habían caído las máscaras. Por fin se había puesto de manifiesto mi mezquindad. El peto y los zapatos rotos que llevaba tampoco mejoraban la situación.

Entraron Joyce y el doctor Stanley. La primera estaba tranquila, como purgada, y más en estado que antes.

—Abríguenla y llévenla a casa —dijo el médico sonriendo.

—¿Está todo bien? —preguntó mi padre.

—Perfecto, perfecto. Vuelvan dentro de una semana aproximadamente.

—Estoy muy avergonzada —dijo Joyce.

—Ocurre continuamente. Olvídelo.

—No ha roto aguas entonces —dije—. Fue lo que nos alarmó.

—Tú y tu rotura de aguas —dijo Joyce.

Parecía cambiada, como si la hubieran reprendido. Básicamente era bochorno. Quería estar lejos de allí. Cuando nos dirigimos hacia los ascensores, el médico nos siguió. Joyce se envolvió en el abrigo de piel y escondió la cara. No teníamos mucho que decirnos. Nos íbamos del lugar sin criatura, con las manos vacías. Esperamos el ascensor en silencio. El sacerdote parecía una torre, mi padre un vagabundo. Yo me situé detrás de un rótulo, donde no me viesan las desdeñosas enfermeras. Me sentía tan avergonzado como Joyce. Parecía que no tuviéramos otra diversión que entrar y salir de aquel hospital. Siempre estábamos importunando a aquel médico.

Seguramente lo habíamos despertado. No había traído ningún niño al mundo. Nosotros volvíamos a casa. El procedimiento parecía infinito, prolongado hasta la eternidad. La semana siguiente lo repetiríamos desde el principio.

Llegó el ascensor y nos metimos todos: la embarazada, el marido, el suegro y el consejero espiritual. Cinco en total, contando al viejo ascensorista. Era un ascensor imponente, como un salón de baile. Con capacidad para treinta personas sin apreturas. Pero como estábamos todos juntos, despidiéndonos del sonriente médico, había poco espacio para respirar. El bulto protegido por el abrigo de piel parecía llenar todo el espacio. Bajamos en tétrico silencio, apelotonados. Sólo cuando llegamos a la planta baja recuperamos cierto sentido de la libertad.

—He olvidado la bolsa —dijo Joyce.

Todos me miraron. ¿Y por qué no? ¿Quién más había?

Volví a la planta doce en el ascensor. La bolsa estaba junto al mostrador de la enfermera jefe. La recogí del suelo.

—Un momento.

—Es de mi mujer. No va a quedarse. Se le olvidó.

—¿Cómo se llama usted?

Se lo dije.

—Es el apellido del viejo.

—Es mi padre.

—¿Es usted su marido?

—Sí.

Silencio.

—¿Puedo llevarme la bolsa?

—Es suya, ¿no?

Volví a la planta baja. Me estaban esperando en la escalera de la entrada.

—Trae el coche —dijo mi padre.

Fui por el coche. Mi padre y Joyce se instalaron en el asiento de delante. El padre Gondalfo había acudido con el coche de la parroquia. Le dimos las gracias por las molestias.

—Es la voluntad de Dios —dijo a Joyce—. Con el mejor fin. Así tendrás tiempo de terminar la catequesis.

Nos despedimos. Se alejó hacia el aparcamiento, haciendo crujir la grava con cada paso. Arranqué. Joyce iba callada, desbordante de tristeza y una sabiduría nueva. Le di un beso.

—¿Cómo te sientes?

—Muy cansada. Y muy idiota.

Mi padre dio un profundo suspiro.

—Hacer un hijo lleva su tiempo.

Paz en mi casa, quietud, período de tranquilidad total. Joyce volvió a cambiar. Se alejó de las patrañas, de las novelorías, crónica de una maternidad, una mujer a la espera. Se acabó el partir piedras y preparar mortero. Nunca la había visto tan hermosa. Andaba con paso solemne y el aroma que dejaba tras de sí era distinto. Iba a misa todas las mañanas. Por las tardes iba a la rectoría de la parroquia para recibir la catequesis. El padre Gondolfo estaba acelerando las cosas, pero fue porque ella insistió. Al atardecer la acompañaba yo a la iglesia. Allí rezaba el rosario, recorría las estaciones del vía crucis o simplemente se quedaba sentada, con las manos unidas en el regazo.

Para mí fue una temporada extraña. Me sentaba con ella, incapaz de rezar, de expresar ningún sentimiento relacionado con Cristo. Pero los recuerdos llegaron en tropel, imágenes de la infancia, de la época en que aquel espacio frío y melancólico significaba mucho para mí. Joyce había supuesto desde el principio que yo volvería a la fe católica con ella. Parecía lo más lógico. De un modo u otro yo recuperaría los antiguos sentimientos, alargaría los dedos de mi alma y asiría la abundante y magnífica alegría de creer.

De un modo u otro yo había sabido siempre que estaba allí, que para acercarme a ella me habría bastado murmurar el deseo, y en aquel punto y hora me habría cobijado la inmensa paz del útero de Dios. Y era el perfume del incienso, el crujido de los bancos y reclinatorios, los haces de luz que se filtraban por los vitrales, la tibieza del agua bendita, la risa de las velas, el impresionante transporte a la antigüedad, la pasmosa percatación de que antes que yo habían estado allí infinitos millones de personas, y se habían ido, y de que después de mí llegarían y se irían muchos más millones, durante un millón de mañanas. Estos pensamientos tenía yo sentado junto a mi mujer. Estos pensamientos más la creciente convicción de que me había equivocado, de que no era fácil volver a la religión de siempre, de que la Iglesia no había cambiado pero yo sí. Y los años de incredulidad me habían cubierto como una montaña de arena. No era fácil volver a la superficie. No era fácil emitir una débil llamada y creer que se me oía. Estaba sentado junto a ella y sabía que iba a ser muy difícil. Es más, sabía que iba a ser casi imposible.

Estaba sentado junto a ella y tenía la impresión de que había otra forma de pensar. Porque allí mis pensamientos eran distintos. Fuera, al otro lado de las pesadas puertas de roble, pensaba en impuestos y seguros, en fundidos en negro y fundidos encadenados, calculaba las proporciones de los Manhattan y los martinis, sospechaba que mi agente era un traidor, que mi amigo era desleal, que mi vecino era idiota. Y pese a todo podía estar sentado junto a ella delante del altar, las exquisitas y pequeñas manos de Joyce enfundadas en cabritilla verde, y podía adorarla por la belleza de su

voluntad, la lucha de su corazón, la poderosa fuerza que la impulsaba a ser buena y humilde y a dar gracias a Dios. Podía estar sentado junto a ella con los labios demasiado secos por falta de palabras, yo, el hacedor de palabras, y las páginas de mi alma estaban en blanco, sin escribir, y las pasaba una tras otra en busca de una oración rimada, de una frase cualquiera que expresara el hecho de que en aquel lugar no pensaba en impuestos ni en seguros, y mi agente, mi vecino y mi amigo adquirirían una existencia un tanto incorpórea, se impregnaban de espiritualidad, de belleza; eran entidades y no seres, eran almas y no unos canallas.

Sin embargo, a pesar de todo, no estaba preparado. Católico de nacimiento, se me hacía muy cuesta arriba volver. Puede que esperase demasiadas cosas; el gozoso tembleque del reconocimiento, el deslumbrante esplendor de la fe que renace. Fuera lo que fuese, yo no podía volver. Ante mí estaba el camino y los postes indicadores señalaban claramente la dirección de la paz de espíritu. No podía tomar aquel camino. No podía creer que fuera tan fácil. Estaba seguro de que detrás de la siguiente cuesta habría problemas.

Joyce fue bautizada cuatro días antes de dar a luz y adoptó el nombre de Joyce Elizabeth. La ceremonia se celebró al atardecer, en la pila bautismal de la iglesia de San Bonifacio. Su madrina fue la vecina de enfrente, la señora Sandoval. Era una sesentona alta y augusta. El padre Gondalfo la había elegido porque vivía cerca de nosotros y porque nosotros no conocíamos a ningún católico en la ciudad.

La felicidad de Joyce casi daba miedo. Cuando el padre Gondalfo leyó el ritual, primero en latín, luego en inglés, las lágrimas corrieron a raudales por sus mejillas y aterrizaron en el bulto. Era una felicidad demoledora que casi le hacía sufrir. Yo estaba al fondo, con mi padre, mirando, escuchando los sollozos de Joyce, que retumbaban en el vacío de la iglesia como un batir de alas.

Todos estábamos profundamente conmovidos. Mi padre se secaba las mejillas con un pañuelo azul extragrande. La señora Sandoval sonreía con entereza, sin avergonzarse de sus lágrimas. La ceremonia fue larga, porque el sacerdote ofició un bautizo completo, que le borró no sólo el pecado original, sino también todos los que hubiera cometido hasta entonces. Joyce lloraba sin parar y el padre Gondalfo también acabó por atragantarse, e interrumpió la ceremonia parpadeando para sacar un pañuelo de debajo de la sotana y enjugarse los ojos.

—No deberíamos llorar —murmuró—. Es un momento de alegría.

Joyce sufrió otro ataque de llanto al oír aquello. Mi padre y yo la condujimos a un reclinatorio, donde se arrodilló con dificultad, con la cara hecha un mapa de maquillaje, rímel y lágrimas.

—Perdonad —dijo llorando—. Lo siento muchísimo, pero no puedo evitarlo. Soy muy feliz.

—Tienes la cara sucia —dije.

Dejó de llorar al instante. Abrió la polvera y se limpió la cara. Sin decir palabra, volvió a la pila bautismal y se reanudó la ceremonia. En silencio, abatió la frente, unió las manos, sintió la purificación del alma. Y luego se acabó. Se acababa para Joyce, pero no para mí.

Nos reunimos fuera de la iglesia. La señora Sandoval hizo un regalo a Joyce, una medalla de plata de San Cristóbal. Joyce estaba muy contenta con su madrina. Fueron del brazo hasta el coche de la señora Sandoval. Cuando éste se alejó, la despedimos agitando la mano.

Había llegado el momento que tanto temía. Miré a mi mujer. Había estrellas en su pelo, estrellas en unos ojos que, bañados en lágrimas minutos antes, ahora irradiaban júbilo. No tenía sentido que su conversión adquiriese de pronto importancia, pero así estaban las cosas. No era la Joyce de antes. Ni siquiera era la Joyce de hacía una hora. La química del cambio ya no tenía remedio. Lo palpaba, lo sabía, lo veía. Lo que yo percibía era una madurez, una feminidad ajena al embarazo; una tradición, mejor dicho, una identificación con la Santa Madre Iglesia, con la veneración del catolicismo por las mujeres, y que elevaba a Joyce a la misma categoría en que yo situaba a la Virgen cuando era pequeño. Nos miramos y en aquel momento también ella se dio cuenta de que yo había percibido el cambio, aquella transformación completa de su personalidad. Nos miramos y en aquel momento los dos supimos que aquella noche sería un punto de referencia en nuestra vida, y que nuestra vida en común era un tema muy importante y muy serio. Pero era también un momento triste, porque a mí me gustaban las estupideces de la vida, las banalidades, las payasadas, y eso había quedado atrás.

La manaza y el pesado brazo del padre Gondolfo se posaron en mi hombro.

—Bueno, ¿estamos preparados?

Quiso decir: ¿estaba yo preparado para confesarme?

Quise responder: No, padre. Pero dije:

—Sí, padre.

—Bien. Mañana comulgaréis juntos. La misa será por vosotros. Luego os casaré en el altar mayor.

—Muy bien, padre.

Volvimos a la iglesia. El sacerdote hizo una genuflexión y se dirigió a uno de los tres confesonarios que jalonaban la nave lateral. La entrada estaba cubierta por gruesas cortinas moradas. El padre Gondolfo desapareció en el confesonario del centro. Encendió la luz. Joyce, mi padre y yo fuimos por la nave central y entramos en un banco que quedaba a la altura del confesonario.

Me arrodillé e hice examen de conciencia. Habían pasado quince años desde la última confesión. ¿Qué pecados había cometido en década y media? Recordarlos era

un trabajo hercúleo. Era tan inmensa la cantidad que no me lo podía tomar en serio. Peor aún, no había contrición. No me arrepentía de nada. En lo referente al bien y al mal, lo había probado todo. Que la absolución estuviera en las manos del sacerdote me parecía absurdo. No podía entrar, no iba a entrar en el confesonario. Cuando era joven, mi sangre sintonizaba con la voz de la absolución. Lleno de alborozo, caía de rodillas, expulsaba mis tribulaciones, me sentía limpio y me iba con la poderosa musculatura de los corazones puros. Busqué en el pasado. No encontré nada.

Pasaba el tiempo, quince minutos, media hora, y el sacerdote esperando con paciencia. El forcejeo con la conciencia me agotaba. ¿Cómo podía confesarme culpable de algo de lo que no me arrepentía? Me senté con cansancio junto a Joyce y mi padre.

—No puedo —murmuré.

Mi padre se sobresaltó.

—Por favor, inténtalo —dijo Joyce sonriendo.

—No puedo. Sería hipocresía.

Mi padre consultó con Joyce.

—¿Qué le pasa?

—No quiere ir —murmuró Joyce.

—Tiene que ir —dijo mi padre en voz alta.

Negué con la cabeza.

—No puedo, papá.

—¡Ve!

—Te digo que no puedo.

—Eres un chico malo. ¡Vamos, muévete!

Me agarró por la nuca y quiso empujarme hacia el confesonario. Me sujeté al banco y me negué a levantarme. La cara se le puso roja del esfuerzo. De repente se puso en pie y se acercó con viveza al confesonario. Lo observamos sin dar crédito a nuestros ojos. Volvió la cabeza y nos miró con expresión desesperada. Entró en el confesonario.

Después supe que no se confesaba desde hacía cincuenta y cinco años. No me explicó por qué lo había hecho. Yo estaba seguro de que no pensaba confesarse, de que jamás se le habría ocurrido una cosa así. Pero desde su punto de vista lo había hecho por mí, por su nieto, porque alguien tenía que confesarse.

Prácticamente se confesó discutiendo con el cura. En italiano, una conversación ruidosa, algo confusa e intensa. Cada vez que el padre Gondolfo decía algo, mi padre le replicaba con brusquedad. El sacerdote levantó la voz. Y se pusieron a hablar con las manos, porque se veía la agitación de las cortinas. Al final se impuso la voz del confesor. Ya no se oía a mi padre. El sacerdote habló con amabilidad, de manera convincente, con un murmullo tranquilizador. Cuando salieron, parecían cansados y

sudorosos. Mi padre se arrodilló en el banco más próximo. El padre Gondalfo sonrió y le dio unas palmadas en el hombro. Mi padre se cubrió la cara con las manos, para eliminar todas las interferencias mientras recitaba la penitencia. El padre Gondalfo me miró con ojos desalentadores. Me levanté y salí a la calle. Me estaba esperando en los escalones de la entrada.

—¿Qué ha ocurrido?

—No he podido.

—¿Quiere que busque a otro confesor? Puedo llamar al padre Shaw. ¿Ayudaría eso?

—Creo que no.

—Estoy muy decepcionado. Sin duda ya sabe usted lo que esto significa.

Lo sabía: significaba que no estaba en estado de gracia. Significaba que no podía comulgar con Joyce al día siguiente. Significaba que no podía recibir los sacramentos, uno de los cuales era el matrimonio.

—Lo siento, padre. Seguiré intentándolo.

Se acercó a Joyce y a mi padre cuando los vio salir de la iglesia. Nos despedimos. Mi padre no quiso mirarme a la cara. Fuimos hacia el coche. Así la mano de Joyce.

—Estás enfadada conmigo.

—Estoy decepcionada, como es lógico.

—Dame un poco de tiempo. Lo haré uno de estos días.

—Eso es lo que no entiendo. Si has de volver al seno de la Iglesia uno de estos días, ¿por qué no ahora?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Me voy a dar un paseo —dijo mi padre.

Lo vimos alejarse hacia la esquina. Andaba con paso rápido y ágil. Se detuvo bajo la farola para encender un cigarro. La nube de humo voló hacia nosotros, perfumando el aire de la noche. No hablamos por el camino. Cerré el garaje y entramos en la casa. Subimos a los dormitorios en silencio. Titubeé delante de mi puerta, con la esperanza de que Joyce dijera algo. Entró en su dormitorio sin volverse. Me quité la chaqueta y me tendí en la cama. No podía sentir ningún pesar por lo que había hecho, ningún remordimiento. Me exasperaba no sentir ni siquiera una punzada de pesadumbre. Me sentía herido e infeliz.

Entonces apareció en la puerta, con un libro en la mano, el globo blanco flotando bajo el camisón. Me miró desde las alturas sonriendo.

—Me gustaría leerte algo —dijo.

Y leyó:

—«Oh padre, oh madre, oh esposa, oh hermano, oh amigo, hasta hoy he vivido ante vosotros según las apariencias. En adelante seré de la verdad. Sabed que en

adelante no obedeceré otra ley que la ley eterna [...] Apelo a vuestras costumbres. Debo ser quien soy. Ya no puedo ir contra mí mismo por nadie. Si sois capaces de amarme por lo que soy, seremos dichosos. Si no lo sois, buscaré la forma de merecerlo. No ocultaré mis preferencias ni mis aversiones».

—Emerson —dije—. ¡Ah, hombre extraordinario!

Se inclinó para darme un beso.

—Buenas noches —murmuró.

¡Bendito fuera el vientre que llevaba a mi hijo!

Lloré de felicidad.

Jugábamos al ajedrez la noche que sucedió. Lo esperábamos de un momento a otro, nuestra vida se había congelado para aguardar la llegada del niño, y ocurrió aquella noche. Mi padre había terminado la chimenea. Había trabajado a marchas forzadas, pues era fundamental tenerla acabada y lista para el nuevo Fante, como un regalo envuelto y atado con lacitos rosa. Toda la casa estaba a la expectativa. El esperado estaba a punto de llegar y se apoderó de nosotros una rara nostalgia porque no se encontraba ya allí. La jornada laboral había agotado a mi padre y se había ido a dormir.

—Llámame si pasa algo —había dicho.

A las diez pusimos un tablero de ajedrez entre nosotros y moví yo.

—Tu reina peligra —dijo Joyce.

Puse el alfil delante de la reina para protegerla. Le tocaba mover a ella. Jugaba rápido, pero esta vez parecía costarle; demasiado, pensé, y la miré a la cara preguntándome qué la demoraría.

—Mueve.

No me escuchaba; me miraba con fijeza a los ojos, con el rostro arrebolado, la respiración forzada, y entonces la cara se le puso muy roja y comprendí que estaba pendiente de alguna actividad inusual en su interior.

—Ha reventado algo —murmuró.

—¿Reventado? ¿Qué ha reventado? Yo no he oído nada.

—No lo sé. Pero he oído claramente un crac.

Escuchamos. Se llevó la mano a la boca.

—Cariño mío. He roto aguas.

—Vamos al hospital.

Vaciló antes de levantarse.

—Por favor —dijo sonriendo—. No mires. Tápate los ojos.

Me los tapé mientras se levantaba y cruzaba la habitación. La oí subir corriendo las escaleras, sin aliento, diciendo: «Madre mía», «Ay, ay, ay», «Qué desastre». Cuando calculé que ya no podía verla, llamé al médico. Joyce trasteaba en su cuarto, la oía taconear de un lado a otro. Subí corriendo. Estaba sentada en la cama, hojeando *Ya viene tu bebé*.

—Deberíamos ponernos en marcha. He llamado al médico.

—Esta vez quiero estar segura. Totalmente segura.

—Es de verdad. Sé que es de verdad.

—Escucha. —Y me leyó—: «El parto empieza por un dolor en la región lumbar. Al principio es una especie de pinchazo o dolor de riñones, y va subiendo hasta que alcanza un nivel máximo que se mantiene durante unos segundos y luego decrece

poco a poco...».

Precisamente lo que sucedió en aquellos momentos. Se puso rígida, el libro se le cayó de las manos y se quedó mirando el bulto. Acercó las manos y lo palpó.

—Contracciones de útero —dijo—. Página 158. Léelo.

Recogí el libro, pero tenía demasiadas manos, demasiados dedos. No podía sostenerlo. Se me cayó al suelo. El dolor que sentía Joyce se agudizó y luego se fue reduciendo. Dio un ligero silbido.

—Ya estoy lista.

Esta vez fue fácil. Ya habíamos hecho un ensayo general. Salimos al pasillo en silencio, escuchamos los ronquidos de mi padre y bajamos la escalera. No lo habíamos acordado, pero sabíamos que era mejor no despertarle. Ya en el patio trasero, se detuvo al pie del naranjo artificial y me abrazó.

—Has estado maravilloso —dijo—. No volveré a quejarme nunca.

—No nos detengamos, cariño.

—Hay tiempo. Quiero que sepas que me he portado muy mal estos nueve meses. He sido una imbécil total. En realidad, tener un niño es una bagatela. Es facilísimo.

—Aún no lo has tenido, querida. Vamos.

Tiré de ella hacia el garaje. Subió al coche y se sentó pegada a su portezuela, muy lejos de mí. Rebuscó en el bolso y sacó el tabaco; me ofreció un cigarrillo.

—¿Te lo enciendo? —preguntó.

—Por favor.

—Hay hombres que prefieren encenderlo ellos.

Fue una observación curiosa, pero no hice ningún comentario. Recorrimos el trayecto con calma, como quienes saben por experiencia lo que hacen. En realidad no había ninguna prisa. La noche era cálida y se percibía el perfume de los grandes magnolios blancos que flanqueaban Normandie Avenue. Al llegar a un semáforo volvió a sentir dolores. Más agudos que antes. Vi que aferraba con fuerza la manija de la portezuela.

—Aguanta —dije.

Tenía la frente húmeda. Ponía los ojos en blanco a causa del sufrimiento. La abultada panza parecía aplastarla contra la portezuela. Era como una colmena en la que revolotearan y zumbaran las mil intensidades del dolor. Cuando remitió la contracción, dejó escapar un débil silbido de alivio.

—No es nada —dijo—. Duele un poco, sí, pero no es como decía mi madre, ni mucho menos.

—Llegaremos en cinco minutos.

—Estoy muy contenta. Por fin vas a librarte de mí. Odio cargarte con todo esto.

—No es ninguna carga.

—Toda mi vida he sido una carga. Es la suerte de las mujeres. No somos buenas,

en el fondo no.

—Estás diciendo tonterías.

—No son tonterías. Mírame, soy una vaca, eso es lo que soy. Grotesca y sin interés. Nadie podría quererme. Y tú no deberías decirme nunca más que me quieres. Porque sé que te resulta imposible. Y yo no merezco tu amor. ¡Qué bueno has sido! ¡Qué paciente! No sabes cuánto te lo agradezco. Perdóname por todo.

Se echó a llorar. A causa de la redondez y la piel tirante de su abotargado rostro, las lágrimas resbalaban y le caían en el regazo. Sintió otra contracción y apretó los dientes y los puños hasta que cesó.

—No soy valiente —dijo jadeando—. Pero tampoco quiero serlo. Sólo quiero meterme en un agujero, donde no me veas, para sufrir y sufrir, porque no te merezco. Me alegro de sufrir. He sido una idiota. Me lo merezco.

Yo me sentía muy desdichado. Estaba con las piernas abiertas, la barriga colgando y la cara como un balón manchado de lágrimas, y durante unos segundos olvidé que aquello era temporal, y el tema de su sufrimiento vibró también en mi interior, y me puse a pensar que era el más infeliz de los hombres por haberme vinculado de por vida a aquella palpitante masa de carne. Seguí conduciendo con los ojos húmedos de llanto, llorando por mí mismo, hechizado por el heroísmo y la insobornable lealtad de que daba muestras. ¡Cuánta razón tenía Joyce! Cuánto había soportado y cuánta nobleza había en mí. Estaba escrito que ella sufriera, era bueno que conociera el dolor, así pagaría el pésimo trato que me había dado durante aquellos meses. ¡Y qué perspicaz se había vuelto, ahora que había llegado el día de la expiación! Qué atenuado presentaba el difícil equilibrio de su criterio moral. ¡Gracias a Dios, por fin había tomado conciencia de su perversa conducta!

Cuando llegamos al hospital, entré en el camino curvo que conducía a una bóveda de piedra bajo la que las ambulancias entregaban a los enfermos. Joyce se quedó en el coche mientras yo hacía el ingreso. En recepción firmé papeles que eximían al hospital de toda responsabilidad en el caso de que le ocurriese algo a mi esposa, y la mujer que me atendía pidió por teléfono enfermeras y una silla de ruedas. Cuando volví al coche vi que dos enfermeras ya habían ayudado a Joyce a instalarse en la silla y la habían arropado con mantas. Empujaron la silla y entraron en el ascensor. Fui a aparcar el coche y volví al hospital con la maleta de Joyce. Subí a la planta doce.

A esas alturas conocía bien la planta doce. Cuando se abrieron las puertas del ascensor y salí al pasillo, eché a andar con la soltura de quien reconoce el paisaje. Al final del limpio pasillo alfombrado de caucho vi a las dos enfermeras y a mi mujer en el momento de cruzar una puerta. Joyce volvió la cabeza y me vio fugazmente. La silla de ruedas se detuvo y las enfermeras aguardaron en el umbral. Dieron la vuelta a la silla para que Joyce pudiera verme. Alargó los brazos hacia mí, sonriendo.

Tuve que reprimir la llamada de alegría. Era imposible que hubiese nada más hermoso en el mundo. Aquellas manos tendidas hacia mí, aquellos dedos bondadosos, hacia mí tendidos; la boca, los labios abiertos, a mí ofrecidos, irradiando hacia mí amor y una belleza misteriosa que derretía el alma, y yo casi iba corriendo con la maleta en la mano, como si no la hubiera visto en diez mil años, como si la hubiera recordado cada segundo y por fin estuviéramos juntos para siempre, mi angustia se había disipado por fin, y todas las cosas de mi vida, todas mis posesiones, mis ambiciones, mis amigos, mi patria, mi mundo, no eran nada, menos que granos de arena en comparación con la belleza y la alegría de aquel dulce y doloroso momento. La abracé y me eché a llorar. Caí de rodillas, desbordante de una felicidad asquerosa y bárbara que casi me mataba con su terrible fuerza. Habría entregado el último aliento en aquel instante, tan feroz era la alegría que me inspiraba mi mujer.

—Vamos, vamos —dijo una enfermera—. Basta ya.

Me puse en pie y besé a Joyce.

—Es mi marido —dijo sonriendo—. ¿Verdad que es un encanto?

Las enfermeras no parecían impresionadas. Le dieron la vuelta, le remetieron las mantas y entraron en la habitación.

La puerta se cerró ante mí. Tenía el número 1237. Era un buen presagio, ya que contenía mi número de la suerte. Miré el reloj. Eran las once y cinco. Eché a andar por el corredor y pasé por delante de muchas puertas. Entonces oí un alarido escalofriante. Procedía de una habitación próxima a los ascensores, un grito de dolor proferido por una mujer. Instantes después llegaba a la habitación de la que había salido el grito. Detrás de la puerta se oía gemir y sollozar, como si alguien llorase con la cara enterrada en la almohada. Era un llanto patético y quejumbroso, y me dejé preocupado, pues sabía que también podía sucederle a Joyce.

En la sala de espera había otros dos futuros padres. Tenían cara de agotados, el cuello de la camisa desabrochado, la corbata aflojada. Parecían salidos de una interminable pero incruenta pelea de bar. Tirados en sendos sillones de cuero, despeinados y con un cigarrillo humeando entre los dedos, no me prestaron atención. Elegí una revista y me senté. Un futuro padre se puso en pie y empezó a pasearse. Fumaba la colilla más pequeña que se había visto, tan pequeña que en vez de aspirarla la besaba, y ella le quemaba los labios. El otro futuro padre se levantó y se puso a pasear también. Iban de un lado a otro sin percatarse de los demás, con la furia de los enjaulados, la frente fruncida, prisioneros de las tensiones de su palpitante cráneo.

A eso de la medianoche apareció en la puerta una de las enfermeras que habían atendido a Joyce, la más alta. Los otros futuros padres pusieron cara de perros apaleados y clavaron en ella sus ojos inyectados en sangre. Pero me buscaba a mí.

—Ya puede ver a su esposa.

Los dos hombres me miraron boquiabiertos mientras yo cruzaba la habitación y salía por la puerta. Como si no me hubieran visto hasta entonces y no se explicaran que hubiera estado en la sala con ellos.

Acompañé a la enfermera alta.

—No puede quedarse mucho —dijo—. Su esposa necesita descansar.

Joyce llevaba una bata de hospital que se anudaba en la espalda. Le habían recogido todo el pelo y hecho un moño en la parte superior de la cabeza. En la cabecera de la cama había dos barrotes. Sonrió. Tenía la cara ardiendo y las lágrimas le salían a borbotones. Encerré su mano entre las mías.

—¿Cómo estás?

—Estupenda. Me han afeitado y me han hecho un enema.

—¿Son buenas barberas?

—Ha quedado muy bien. Te gustará.

Me alegró verla con aquel aire de disculpa. Pero había poco que decir. Nos apretábamos las manos, nos sonreíamos como tontos y nos mirábamos. La enfermera alta abrió la puerta.

—Tiene que irse ya.

Besé a Joyce y salí al pasillo.

—¿Cuánto tardará?

—Mucho —dijo la enfermera—. Lo mejor es que se vaya a casa y duerma un poco.

—No podría. No estaría bien.

—No sea tonto. El médico no vendrá hasta las ocho de la mañana.

—¿Quiere decir que ella sufrirá mientras tanto?

—No sufre. Y usted no puede hacer nada aquí. Absolutamente nada.

Pero nadie se va y deja sola en una habitación a su mujer embarazada. Me parecía insólito, una grosería y una falta de consideración. Aunque la enfermera estuviera en lo cierto, la tradición pedía que me quedase.

—Me quedaré hasta que termine —dije.

La enfermera se encogió de hombros y agitó las pestañas.

—De vez en cuando nos llega un padre sensato, pero son pocos.

Volví a la sala de espera.

Había un espécimen nuevo con los dos padres desastrados. Era mayor, iba recién afeitado y vestía un traje marrón como es debido. Emanaba dulces vapores de camaradería y comprensión, y escuchó con simpatía a los andrajosos, que le contaron sus tribulaciones por turno. Uno dijo que su mujer llevaba trece horas de parto.

—Trece horas, cuarenta y dos minutos exactamente —dijo mirando el reloj.

El mayor chascó la lengua con resignación. El otro guardó el reloj, se sentó, se mesó los cabellos y reanudó su sufrimiento. El otro padre se humedeció los secos y

agrietados labios, y sus empañados ojos corrieron en busca del hombre mayor, que se volvió hacia él en aquel momento, desbordante de amabilidad y experiencia, para oír su historia.

—Mi mujer lleva ahí dieciséis horas y doce minutos —dijo con sonrisa de autorreproche. Aquello le daba una ventaja de tres horas sobre el otro padre, que bajó la cabeza avergonzado. Probó fugazmente el sabor de la victoria, sí, pero la serenidad del hombre mayor no tardó en arrebatarla.

—Cuando nació Billy, nuestro hijo mayor, la señora Cameron estuvo cincuenta y tres horas de parto.

El récord de la señora Cameron era tan aplastante que los dos padres andrajosos perdieron inmediatamente el interés por el hombre mayor, que entonces pasó a concentrar en mí sus amables sonrisas. Pero yo había oído suficiente. Aquellos hombres se consolaban fanfarroneando sobre el sufrimiento de sus esposas. La enfermera tenía razón. Resolví irme a casa.

Era la una y media cuando me fui a dormir. De la habitación de mi padre salían ronquidos silbantes. No sabía que Joyce estaba en el hospital. Pensé que era mejor no despertarlo. Fumé un cigarrillo en la oscuridad, sintiendo los aguijonazos de la culpa. ¿Había obrado bien? Puede que la tradición estuviera en lo cierto. La esposa de un hombre estaba de parto: ¿no debía él quedarse despierto y aportar alguna cantidad de dolor personal, como símbolo de su voluntad de participar en la herencia común? Al fin y al cabo, la enfermera alta no se jugaba nada en esto. Razonaba con fría mentalidad científica. Pero cuando pasasen los años, ¿no se llevaría nuestro pequeño una gran desilusión cuando supiera que su padre había dormido como un tronco mientras él realizaba la peligrosa travesía de la matriz a la vida en la tierra? Me revolví, me desvelé y estuve discutiendo conmigo mismo hasta las tres.

Entonces me vino a la cabeza un recuerdo hermoso y noble. Me levanté y saqué del armario la bolsa de viaje. Lo encontré en el bolsillo lateral, un manojo de albahaca, algo seco ya, atado con una cinta roja. No recordaba todas las instrucciones de mi madre, sólo que había que colgarlo en la cama, y eso hice, atarlo a la barra superior de la cabecera para que quedara colgando sobre la almohada. Y así me quedé, aspirando aquel aroma dulce y penetrante que, sin saber cómo, era el perfume del pelo de mi madre, y sus cálidos ojos me sonrieron y yo me eché a llorar, porque no quería ser padre, ni marido, ni siquiera hombre. Quería volver a tener seis o siete años, dormir en brazos de mi madre, y entonces me dormí y soñé con ella.

Me despertó mi padre. Eran las siete.

—Quieren hablar contigo.

Salté de la cama y bajé la escalera corriendo. Llamaban del hospital. La enfermera me notificó que Joyce aún no había dado a luz, pero que se encontraba

bien.

—¿Sufre?

—Siempre hay algún dolor.

—Voy enseguida.

—Sería conveniente.

Mi padre estaba escuchando junto a mí.

—Ya viene, papá. En cualquier momento.

Tembló el cigarro que tenía en la boca.

—¿Dónde está Joyce?

—En el hospital. La llevé anoche.

Subí corriendo y me vestí. Cuando salí en busca del coche, mi padre ya estaba allí, en el asiento delantero. Llegamos al hospital y subimos a la planta doce. Una enfermera condujo a mi padre a la sala de espera. Vi su cara blanca y asustada cuando eché a correr por el pasillo, hacia la habitación de Joyce.

Flotaba en un pequeño mar de dolores cuyo angustioso oleaje sacudía toda la habitación. Yacía completamente cubierta de sudor, tendida encima de unas sábanas húmedas, la boca torcida, los dientes apretados, los ojos como bolas de leche blanca. Al principio no me vio, pero en cuanto cerré la puerta levantó la cabeza de entre el sufrimiento, se aferró a los barrotes de la cabecera y se izó hasta quedar sentada. El globo blanco era una ampolla que palpitaba de tortura, demasiado pesada para la fuerza espontánea de sus dedos exangües. Jadeaba de agotamiento, aspirando el aire a dosis rápidas y breves, con los labios contraídos de dolor.

Entonces se dio cuenta de que yo estaba a los pies de la cama. Me vio y dilató los ojos de sorpresa. A mí se me partió el alma viéndola sufrir de aquel modo. No encontraba palabras de consuelo, sólo los clichés de costumbre, las vaguedades y trampas del lenguaje baldío, las desdichadas incongruencias. Mientras la miraba con un nudo en la garganta, sufrió una contracción. Levantó las rodillas y de su boca brotó un grito animal, como un aullido que se reprime. Tenía ritmo y podía medirse, como una cinta enrollable de sonidos que saliera por entre sus dientes. Cuando cesó el episodio y el dolor se agotó solo, dio un suspiro de alivio y se echó hacia atrás el pelo húmedo y revuelto, con la mirada fija en el techo. Entonces recordó que yo estaba allí.

—¡Qué cobarde soy! —dijo en son de queja.

—No digas eso.

Me puse a su lado. La cama era como una cuna para adultos, con laterales regulables. Al inclinarme para besarla, vi la rojez de su boca, los labios hinchados por la sensualidad del dolor. Vi la blanca avidez de sus ojos y su sufrimiento pudo más que yo. Pero había pasión en su boca y se aferró a mí con tal ferocidad que necesité todas mis fuerzas para deshacer el abrazo. Me dijo entre gemidos que me quería, me

quería, me quería.

Entonces volvió el dolor y la vi rodar en la cama, levantar las rodillas, estirar los dedos hacia los barrotes de la cabecera, desenrollar la cinta del padecimiento. Al ceder el dolor, los ojos blancos me buscaron como pájaros enjaulados y el dolor me alcanzó a mí también, y sentí una punzada en el estómago que casi me dobló por la cintura. Retrocedí hasta una silla y me senté. Joyce me miraba.

—Estás mal —dijo—. Todo esto es demasiado para ti.

—Estoy bien.

—Toma —dijo jadeando y estirando la mano hacia el vaso de agua que había en la mesilla. Pero el dolor se apoderó de ella antes de alcanzar su objetivo, y se encogió y retorció, y la cinta sonora brotó otra vez de su garganta. Yo estaba hecho trizas, pero no gritaba, me limitaba a gemir mientras sentía un revuelo devastador en las entrañas, los retortijones de las manzanas verdes.

—Cariño —dijo Joyce—. Llama al médico. Sé que estás mal.

—¿Yo? Me siento fabuloso.

Pero entonces me vi en el espejo de la pared, y tenía los ojos desorbitados, y estaba blanco como la cal, y enfadado y furioso conmigo mismo.

—No te preocupes por mí —dijo boqueando—. Me encuentro estupendamente. Los dolores han cesado de pronto. ¡Mírame! —Abrió los brazos sonriendo.

Cuando me volví para mirarla, el dolor se reanudó y la vi forcejear, ahora con los ojos enternecidos, llenos de lágrimas, y cuando se le pasó se cubrió la cara con las manos y sollozó suavemente.

—Dios mío —gritó—. No podré soportarlo.

Habría hecho cualquier cosa por ella, habría dado los dos brazos, los pies, las manos, mi vida, todo, lo habría dado todo para que no sufriese de aquella manera; pero allí estaba, incapaz de resistir un espasmo gástrico que al final me obligó a salir al pasillo, doblado en dos.

Vi acercarse al doctor Stanley y a una enfermera con una bandeja bien provista de frascos y agujas hipodérmicas.

Me miraron sin decir nada. El doctor Stanley seleccionó un tubo de pastillas de la bandeja y me puso una en la palma.

—Tómesela —dijo.

Me la tragué sin pensar.

—Mi mujer tiene mal aspecto, doctor.

Me sortearon y entraron en la habitación. Esperé. El dolor de estómago remitió. Reaparecieron al cabo de unos minutos. El médico se frotaba las manos.

—Está estupendamente.

—Le digo que sufre mucho.

—Tonterías. Le han dado escopolamina. No recordará nada. Vamos a llevarla a la

sala de partos.

Cuando la sacaron de la habitación, me aparté y me pegué a la pared del pasillo, temeroso de que mi presencia la molestara. Pero al pasar la camilla, vi que estaba dormida. Debían de haberle dado algo, porque tenía cerrados los ojos y su rostro era el vivo retrato de la belleza pálida. Fui por el pasillo, a su lado. En cierto momento emitió un quejido. Era el murmullo de quien goza por fin de una paz inefable después de horas en medio de la tormenta. También yo sentí que me apaciguaba. Ahora sabía que todo iba bien, que el niño no tardaría en nacer y que Joyce se encontraría perfectamente.

Volví a la sala de espera. Mi padre estaba sentado en un sillón, cruzado de brazos, sumido en un silencio recalcitrante.

—Pronto —dije.

—¿Qué? —susurró—. ¿Nada todavía?

—La han llevado a la sala de partos.

—¿Qué les pasa?

—Hacen lo que pueden.

Emitió un gruñido y supe que recelaba que yo andaba en tratos con el hospital para impedir que el niño naciera. Se quedó mirando al frente sin decir nada más.

Habían llegado más padres a la sala de espera, pero todos contaban los mismos cuentos de viejas que pasmaban a los hombres. Yo no podía estar allí. Dejé a mi padre y, con intención de tomarme un café, llamé al ascensor y fui al restaurante de la planta baja.

Estaba lleno de enfermeras, médicos e internos. Me acerqué al mostrador y miré el menú. Pero no me apetecía nada. En el fondo me sentía muy preocupado. Salí a la calle por la puerta lateral.

Era una mañana lúgubre, con niebla espesa y caliente.

Encendí un cigarrillo y anduve por la acera que rodeaba el hospital. Estaba flanqueada por altos setos de eugenia impecablemente cortados, un pasillo verde que conducía a un jardín con una fuente cuyos surtidores estaban entre grandes piedras rojas. Paseé alrededor de la fuente y las salpicaduras me besaron la cara con labios fríos. A través de la niebla entreví el perfil de una puerta neogótica. Era la capilla del hospital. Súbita e inexplicablemente me eché a llorar, pues allí estaba lo que buscaba, el fin del desierto, mi casa en la tierra. Corrí con ansiedad hacia la capilla.

¡Pax vobiscum! Era un lugar pequeño, no había más que un altar y una cruz. Me arrodillé, vencido por el dolor de contrición y sintiendo rugir una catarata en los oídos. No hubo necesidad de rezar, de pedir perdón. Todo mi ser se perdió en la marea de fondo, como olas que regresan a la orilla. Estuve allí casi una hora y cuando me levanté para irme reía a carcajadas. Pues era un momento para reír, para sentir una gran alegría.

Diez minutos después vi al chico. Estaba desnudo en brazos de una enfermera con mascarilla. No podía tocarlo porque los dos se encontraban detrás de un vidrio. Parecía arrugado y feo, como un gnomo bañado en yema de huevo. Con bigote habría sido igual que su abuelo. Chilló cuando me lo enseñó la enfermera. Conté diez dedos en las manos, diez en los pies y un solo pene. La verdad es que un padre no podía pedir más. Asentí con la cabeza y la enfermera cubrió con mantas aquel cuerpecillo horriblemente pequeño y se lo llevó a algún lugar de la compleja maquinaria del gran hospital.

En aquel momento sacaron a Joyce de la sala de partos. Sonreía con desánimo y parecía agotada.

—¿Lo has visto? —murmuró.

Le apreté la mano.

—No hables ahora, cariño. Duerme.

—Ha sido maravilloso —dijo suspirando—. Ningún dolor, nada.

Cerró los ojos y se la llevaron por el pasillo.

Mi padre seguía en la sala de espera, junto a la ventana. Le puse la mano en el hombro y se volvió. No tuve que decirle nada. Rompió a llorar. Apoyó la cabeza en mi hombro y fue un llanto muy amargo. Palpé los huesos de su espalda, los músculos viejos y reblandecidos, y percibí el olor de mi padre, el sudor de mi padre, el origen de mi vida. Sentí sus lágrimas ardientes, la soledad del hombre, la ternura de todos los hombres y la dolorosa belleza de la vida.

Lo así de la mano y fuimos pasillo abajo hasta el mostrador de la enfermera jefe. Se cubría los ojos con un ancho pañuelo rojo que humedecía de lágrimas y mientras él lloraba dije a la enfermera que mi padre quería ver a su nieto. Mi padre no la miraba, pero la enfermera no pudo soportar el espectáculo de su apenada alegría.

—Va contra las normas —dijo—, pero...

Cruzamos tras ella las puertas oscilantes, la mano de mi padre en la mía. Desapareció y un momento después estaba al otro lado del vidrio, con una mascarilla en la cara y el niño en las manos. Mi padre no lo veía, porque se tapaba los ojos con las manos y el pañuelo, pero supo que estaba muy cerca, y el respeto se apoderó de él, como si tuviera miedo de mirar la cara de Dios. Aunque hubiera levantado los ojos, los tenía tan anegados en llanto que no lo habría visto. Segundos después la enfermera se llevaba al pequeño y yo me llevé a mi padre por el pasillo. Estuvo llorando hasta que subimos al coche. La experiencia lo había dejado sin fuerzas. Parecía conmocionado mientras volvíamos, con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y las manos yertas en los muslos.

—Quiero irme a casa —dijo.

—Llegaremos enseguida.

—A San Juan. Con tu madre.

Miré el reloj.

—El Diurno de San Joaquín sale dentro de una hora. Es un rápido.

—Vamos por mis herramientas. Luego llévame a la estación.

Fuimos en silencio. Poco a poco recuperé las fuerzas. Detuve el coche delante de mi casa. Bajamos y se quedó mirando el empinado tejado a dos aguas, la entrada de arco.

—Es una buena casa —dijo.

—El suelo se comba un poco.

—Bah. Eso no es nada.

—Tenemos termitas.

—Todo el mundo tiene termitas.

—Pero no todo el mundo tiene una chimenea como la mía.

Sonrió y encendió un cigarro.

—Es una buena casa, muchacho. Espacio de sobra para que Santa Claus baje por la chimenea.

—Papá, ¿recuerdas la parcela aquella que estaba junto a las tierras de Joe Muto? ¿Crees que debo comprarla?

—Tú vive aquí y mantén a tu familia —dijo.

Entramos en la casa y lo oí cantar mientras hacía las maletas.



JOHN FANTE (1909-1983), hijo de emigrantes italianos de procedencia muy humilde, trabajó como guionista en Hollywood y dedicó su vida a la literatura aunque sólo alcanzó el pleno reconocimiento de crítica y público después de su muerte. Son constantes de sus obras la pobreza, el catolicismo en relación a la comunidad italoamericana y la incomunicación en la familia o en la pareja. Entre su producción literaria figura la tetralogía protagonizada por su álgter ego Arturo Bandini, compuesta por las novelas *Camino de Los Ángeles* (inédita hasta 1985), *Espera a la primavera, Bandini* (1938), *Pregúntale al polvo* (1939) y *Sueños de Bunker Hill* (1982), así como *Llenos de vida* (1952), *La hermandad de la uva* (1977), *Un año pésimo* (1985, inconclusa) y la colección de relatos *Al oeste de Roma*.

Su nombre ha evocado comparaciones con escritores como Knut Hamsun, Dostoievski, Nathanael West, Raymond Chandler (por su evocación de Los Ángeles), Raymond Carver y en especial Charles Bukowski, cuyo entusiasmo por sus libros — el padre del «realismo sucio» le consideraba uno de sus autores de referencia— fue decisivo para su redescubrimiento. Al igual que en el caso de Bukowski, la obra de Fante alcanzó la gloria en Europa antes que en su propio país, en el que fue reconocido póstumamente y premiado en 1987 con el Lifetime Achievement Award por el PEN. En los últimos tiempos, gracias a Bukowski y también a John Martin, editor de ambos, la obra de Fante ha sido reeditada y divulgada.

Notas

[1] La mención de *Hygeia* en la época en que apareció la presente novela remitía a un escándalo reciente que muchos lectores norteamericanos probablemente recordaban todavía. Era una revista de divulgación de temas médicos que publicaba la Asociación Médica Americana, una organización no oficial que no representaba a todos los médicos, pero que influía en la política sanitaria del gobierno. Hasta 1949, la AMA y sus publicaciones estuvieron dirigidas por Morris Fishbein, un personaje acusado reiteradas veces de déspota, farsante y corrupto. Procesado por difamación a fines de 1949 (junto con la cadena de periódicos de Hearst, de aquí la resonancia del caso), él mismo declaró durante el juicio que nunca había practicado la medicina y que en la facultad había suspendido anatomía. En 1950, ya con otro director, *Hygeia* cambió su hipocrático nombre por *Today's Health*, «La salud hoy». (N. del T.) <<

[2] El periódico más importante de Sacramento (la capital administrativa de California), notable desde sus comienzos por defender los derechos de los trabajadores y las minorías étnicas, la libertad de expresión, el fomento de las artes y la mejora y ampliación de los servicios públicos; en 1952 apoyó al candidato demócrata Adlai Stevenson frente al republicano Eisenhower. (*N. del T.*) <<

[3] La Paramount contrató a John Fante en 1945 para que escribiera un guión para una película que debía protagonizar Dorothy Lamour, pero no hay noticia de que llegara a rodarse; en realidad, en la filmografía de Lamour no hay ninguna película escrita oficialmente por Fante. Sin embargo, al dedicar un libro suyo a una amiga, en 1944, escribió en las guardas: «De esta puta de Hollywood, de este artista vendido [...] de este lameculos de la Paramount al que pagan por las perfumadas vomitonas que susurra Dorothy Lamour...». (*N. del T.*) <<